



# LOS CHICOS QUE COLECCIONABAN TEBEOS

JULIÁN M. CLEMENTE  
HELIO MIRA

Lectulandia

Antes de Internet, antes de los efectos digitales, antes de los blu-rays y los smartphones, existió otro mundo. Un mundo en que los tebeos se vendían en quioscos, en que nunca sabías qué historia encontrarías en su interior y en que cuatro chicos locos por los cómics emprendieron el camino que les llevaría a convertirse en adultos.

Julián M. Clemente se une al guionista y director de cine Helio Mira en una novela íntima, nostálgica y reveladora sobre la generación que creció leyendo, coleccionando, compartiendo y viviendo los cómics de superhéroes en la España de finales de los años ochenta, cuando no parecía haber nada más importante en el mundo.

**Lectulandia**

Julián M. Clemente & Helio Mira

# **Los chicos que coleccionaban tebeos**

**Una novela de la generación Forum-Zinco**

ePub r1.1  
lenny 24.10.14

Julián M. Clemente & Helio Mira, 2013

Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para tita Presen, tita Pura y papá, que me compraron el primer cómic y muchos de los que vinieron después.

Para Rubén, Susana, Víctor, Cristina, Alfonso, Rubén V. y Laura, con los que todo esto es mucho más divertido. Para Nacho González, que le cogí el «Batman en Marvel», para Miguel Bravo, que le tomé prestados los jerseys, y para Nacho Gorroño, al que le habré robado algo, pero no recuerdo qué.

Y para Mary, porque las chicas que coleccionan tebeos son las que más molan.

JMC

A mi amigo Miguel J. Tarancón. Chaval, te vas a partir al leer esto. A Fernando Molina, Pedro Angosto, Miguel Ángel Lozano y varios más cuyos nombres he olvidado.

A nuestro reptiliano librero preferido. Y a los que por suerte vinieron después (Javi y Manolo).

A Joaquín R. Caulín, Sergio Bleda y todo el resto del fandom albaceteño de la época.

Muy especialmente a José Fernando Gómez Ruiz, nuestro particular Charles Xavier, siempre convencido de que era posible convivir en un mundo que parecía odiar y temer nuestra afición. Por suerte, los años le han dado (y mucho) la razón.

Y a Encarna, genuina Promethea que me convirtió en el aficionado más suertudo del mundo.

HM

Dedicado a Pere Olivé

JMC y HM

## 2012

Dicen que, cuando tienes un hijo, todo cambia. Tienen razón. Nunca me había perdido el estreno de una película de superhéroes de cómic. Fue una tradición que inauguré hace doce millones de años, más o menos: en septiembre de 1989. Como un montón de críos de entonces, conté las semanas, los días y las horas para la llegada de *Batman*, la primera, la de Tim Burton. Y allí estaba, con el resto de colegas, los primeros de la cola aquel viernes. Confesaré algo: la película nos impactó de tal manera que conseguí convencer a todos de que repitiéramos en la siguiente sesión. Salimos de la primera y otra vez a la cola. ¿Sabes lo que es magia? ¡Que uno de tus héroes favoritos por fin tenga una película y sea la película del año, eso es magia! Ya, ya sé que si ves ahora el *Batman* de Burton casi da risa. Todo es de cartón piedra. El héroe está metido en un traje de plástico que no lo deja ni mover el cuello. ¿Y te has fijado en la caída del Joker en la escena final? ¡Es un dibujo animado! Pero, en 1989, no nos percatábamos de nada de eso. Nos flipaba, no sólo a nosotros. Le flipaba a todo el mundo. Busqué, como tantos otros, que la magia se repitiera en los años siguientes, aunque reconozco que mi fe empezó a flaquear con las nuevas visitas del Hombre Murciélago a los cines. Aplaudí de nuevo *Batman Returns* (¡mejor que la primera! Esa *Catwoman*...), todavía soporté, hasta con cierto agrado, *Batman Forever*, con todos sus colorines y chistes malos y villanos mal caracterizados, pero *Batman & Robin* la sentí como una ofensa, un despropósito sin pies ni cabeza. Muchos debieron opinar como yo, porque los superhéroes desaparecieron de los cines durante una buena temporada... Hasta que, con una película tan pequeñita y de la que cabía esperar tan poca cosa como *Blade* (un secundario de Marvel del que nadie se acordaba) supimos que otro mundo era posible. Y cuando llegó *X-Men*... cuando llegó *X-Men*, nos mudamos a ese mundo.

Fue entonces cuando recuperé la tradición de no perderme ni un estreno, aunque ya los años de instituto se hubieran quedado atrás. Quería ser el primero en descubrir si esa vez la habían cagado, pero siempre con la esperanza de que no fuera así, de que presenciara una obra maestra que se quedara grabada en mi cerebro y que volvería a visitar decenas de veces. El ritual se repetía cada vez más a menudo, conforme los personajes que me habían acompañado desde las páginas de los tebeos cuando era un chaval saltaban a la imagen en movimiento. La increíble aceptación que conseguían aquellas cintas no era más que la forma que tenía el mundo de mandarme un mensaje: «Vosotros teníais razón. El resto estaba equivocado». Narices, me planté en Nueva York para ver *X-Men* antes que nadie. Iba con la excusa de que estaba de vacaciones, de que había conseguido por fin un trabajo decente y de que tenía dinero para permitírmelo, pero en el fondo sabía muy bien que el motivo esencial no era otro que estar ahí cuando Patrick Stewart empezara a decir eso de «*Mutation. It is the key of our evolution...*». Me tragué dos sesiones seguidas, algo que no hacía desde que era un crío, desde *Batman*. Y al día siguiente, de vuelta a casa, feliz como un niño al que

los Reyes le han traído un juguete que es todavía mejor de lo que había soñado.

Ya estaba claro que los superhéroes habían vuelto para quedarse. Y yo no podía perderme ninguna. Vi *X-Men 2* por la tarde, con los amigos, y luego repetí por la noche, con la que ahora es mi mujer. Peregriné hasta el cine, desde el lecho del dolor en el que me había dejado la peor gripe de mi vida, para contemplar a *Spiderman* en acción y no me arrepentí lo más mínimo, aunque estuviera a punto de escupir las tripas. Me zampé el primer día de *Daredevil* y *Hulk*, en aquel año que iba a ser el mejor de la historia del cine de superhéroes; caí rendido al éxtasis friki que supuso *Spiderman 2*, quizá la mejor del medio, o la mejor de Marvel; caí desolado ante *Spiderman 3* y *X-Men 3*, que eran malas y fallidas, pero que yo además sentí como rupturas de un acuerdo no escrito entre ellos y nosotros.

DC y Warner se habían puesto las pilas. En 2005, llegó el *Batman Begins* de Christopher Nolan y fue como subir diez escalones de golpe, como saltar a la estratosfera. Ya no sólo eran producciones espectaculares que a veces conseguían ponernos los pelos de punta a todos los fans. *Batman Begins* fue la película del año hasta para los críticos más santurrones. «El Padrino de los superhéroes», llegaron a decir algunos. Pues claro que sí, cojones. Claro que sí. No hubo suerte, pese a todas las expectativas que nos hicimos muchos, con el *Superman* de Bryan Singer. ¡El director de *X-Men* y *X-Men 2* se había pasado a Warner para resucitar al Hombre de Acero! Sólo podía salir una obra maestra, pero la realidad mandó las expectativas al traste. Sí, había cosas que molaban, pero... ¿otra vez Superman contra la especulación urbanística de Lex Luthor? ¿Dónde estaba Brainiac, dónde estaban las grandes batallas que nos habían enseñado que se podían hacer? ¿Dónde? Bueno, siempre nos quedaba Nolan, pensé. Y *El caballero oscuro* volvió a darme la razón. ¿Sabes que, cada dos o tres semanas, siento el impulso irrefrenable de volver a verla? Si los blu-rays se gastaran, como se gastaba el vinilo, mi copia de *El caballero oscuro* debería estar más rayada que la del *Atom Heart Mother* de Pink Floyd, que me regaló un profesor de Historia del Mundo Contemporáneo que tenía en el instituto y que no he dejado de poner desde entonces.

Recuperé la fe hacia Marvel con *Iron Man*, la mantuve, pese a todo, con *Iron Man 2* y la revitalicé con *Thor* y no digamos ya con *Capitán América*: madre de Dios, llegué a emocionarme con esa película. Ah, y no me pareció tan mala *Green Lantern*. Creo que han sido muy injustos con ella. Los que la ponen a parir no han vivido la guerra. No han visto la serie de TV de los ochenta protagonizada por *El Increíble Hulk*. En uno de los capítulos salía *Daredevil*, que era un tío con un pañuelo en la cabeza, y salía *Thor*, que era un tío con un martillo que estaba ansioso por irse de cañas. ¿Quieres saber lo que es cagarse en tus héroes? Entonces, deja de criticar *Green Lantern* y ponte ese capítulo.

Y siempre, siempre, siempre, estuve allí, como mínimo, el día del estreno. Contra viento y marea. Contra celebraciones, compromisos familiares y contra trabajos de última hora. Estuve allí hasta para ver los truñazos enormes de *Elektra* y *Catwoman*,

que te quede claro. Y, si *Punisher War Zone* (que es cojonuda, por si no lo sabes), *Man-Thing* e incluso *Steel* se hubieran estrenado en cines, también hubiera estado allí. Bueno, estas dos últimas quizás no.

¿Qué tenía que pasar para que no estuviera allí el día del estreno de *Los Vengadores*? Viernes, 27 de abril de 2012. Señalé el calendario desde el mismo momento en que lo anunciaron. *Los Vengadores* era el final de una nueva fase del camino. Era... el Universo Marvel, con su interrelación de personajes, con su continuidad, con su relevancia, llevado al Séptimo Arte. Era además Joss Whedon, y yo sé que Joss Whedon Is My Master Now (lo llevo impreso en una camiseta, a ver qué te piensas). Él había hecho en televisión *Spiderman* y *La Patrulla-X* antes de que siquiera pudiéramos soñar con que algún día llegaríamos a verlos en movimiento. Se llamó *Buffy cazavampiros*, y que me caiga un rayo encima si no sigue siendo la mejor serie de televisión de todos los tiempos. Que le den a *Perdidos* y que le den a *Galactica* y que le den incluso a *Juego de tronos* y a *The Walking Dead*. *Buffy* sigue siendo LA serie. Pero estoy divagando.

27 de abril. Ni un terremoto ni un diluvio ni los alienígenas invadiendo la Tierra me hubieran impedido que yo hubiera estado ese día, a las cuatro y media de la tarde, en la sala de versión original del Kinépolis donde se estrenara *Los Vengadores*. Pero entonces ocurrió algo más grande que un terremoto, más grande que un diluvio y más grande que Galactus presentándose a mediodía en Plaza de España y pidiendo un cocido para comer.

—Cariño, estamos embarazados.

Era viernes, 19 de agosto de 2011. Imposible olvidarlo. Llevábamos buscándolo dos años, por lo menos. Y entonces ocurrió. El palito mostraba las dos rayitas. Como con un predictor no era suficiente para convencernos por más que juraran y perjuraran que un falso negativo era muy posible pero un falso positivo bastante menos, repetimos la prueba a la mañana siguiente, y otra vez a la siguiente, hasta que no había más vueltas que dar al tema. Sonia y servidor íbamos a tener un mininosotros. Echa cuentas: septiembre, octubre, noviembre, diciembre, enero, febrero, marzo, abril y mayo ya son nueve. A principios de mayo, seríamos padres. Bien, ya habría visto diez veces *Los Vengadores*. A partir de ahí, me podría jubilar del mundo. Ya no tendría que salir de casa. Te juro que es lo primero que pensé, lo primero que se me vino a la cabeza. Y lo segundo fue: joder, qué huevos tengo. Me sentía culpable de estar haciendo esos cálculos en los treinta segundos posteriores a enterarme de que el mundo, nuestro mundo, mi mundo, tal y como lo conocía hasta entonces, iba a cambiar por completo. Pero qué quieres que te diga: también sentí cierto alivio. Todo encajaba, como un plan maestro orquestado por Kang o escrito por Alan Moore.

Pasó el tiempo y, si esto fuera un tebeo independiente de esos tan aburridos de gente hablando, te contaría las sesiones de preparación para el parto, cómo Sonia parecía que se hubiera tragado un balón de baloncesto o lo inaguantable que podía

estar cuatro de cada cinco veces. El caso es que mis primeras previsiones habían sido muy optimistas. Hacia febrero, la ginecóloga ya nos dejó caer que nos olvidáramos de principios de mayo: lo más probable era que nuestro muchachuelo (la colita asomaba en la ecografía) saliera del horno a finales de mes. Una profeta estaba hecha la Mari Mar: a mediodía del 26 de abril, Sonia empezó a tener contracciones cada diez minutos, como un reloj, y allá que nos fuimos al Hospital 12 de Octubre. Antes de que se acabara el día, había soltado al bicho, como si tuviera prisa por salir. ¿Hipervelocidad, tal vez? ¿Sería mutante mi hijo? Ey, ¿sabes dónde habíamos estado de vacaciones ese verano? ¿Sabes dónde dábamos por hecho que había sido la concepción? En Tokio, a tiro de piedra de Fukushima. La broma de Godzilla me duró los primeros cuatro meses, hasta que Sonia amenazó con mandarme al sofá la siguiente vez que la hiciera. Y claro, el sofá no es cómodo. Tremendo lo rápido que había sido el parto para una madre primeriza, me decían todos en el hospital. Médicos y enfermeras miraban con admiración a mi señora, como si estuvieran contemplando a George Pérez después de acabar una splash page con doscientos héroes y villanos. Y la verdad es que el nene nos había quedado igual de bien que su mejor página de *Crisis en Tierras Infinitas*. Ni siquiera estaba arrugado, el jodio. Y pesaba tres kilos cuatrocientos gramos. Y no lloraba nada de nada. Mi cuñado me decía que no me había visto más feliz en mi vida, con mi hijo en brazos.

Nos pasamos los dos todo el día, Sonia y yo, más visitantes que cambiaban según el momento, en la habitación del hospital, embobados mirando lo que habíamos hecho. Estaba vivo, se movía (aunque tampoco mucho), era calvo, minúsculo, con los ojos cerrados, bien apretados, y con tres funciones claramente diferenciadas: dormir, comer y evacuar. Lo mirábamos, como quien mira el primer número de *New X-Men* de Grant Morrison nada más salir a la venta, sin poder apartar la vista y sin poder cerrar la boca de admiración ante lo que era, sencillamente, imposible pero cierto.

Los temas de conversación eran, por este orden, cómo duerme el niño, cómo come el niño, cómo vais a llamar al niño y vamos a dejarlos un rato tranquilos, que descansa la madre (y al padre que le den). Ahí teníamos un conflicto abierto. Nombres molones de chica hay muchos. Casi tenía convencida a Sonia de que Valeria es un nombre precioso, un nombre de guerrera de la Era Hiboria nada menos. Pero cuando hablábamos de lo que haríamos si fuera un niño... ahí empezaban los problemas. No me interpretéis mal. Igual que en el caso de que si fuera niña no iba a llamarla Sue (porque entonces tendría que tener tres hijos varones más para completar el lote con Reed, Ben y Johnny, o no tendría gracia), tampoco en el caso de que fuera un chico podía hacer la barbaridad de llamarlo Peter Parker, como había hecho Robert Kirkman con su hijo. ¿Cómo puedes hacer eso, por mucho que seas Mr. The Walking Dead? ¿No te das cuenta de la putada que le estás haciendo al crío? ¿Que si lo llamas Peter Parker va a tener toda su vida una mala suerte del copón? No, yo buscaba un nombre que, aunque mantuviera el toque friki, fuera un nombre como es debido.

—Caleb. ¿Qué te parece Caleb? Es muy bonito.

—Una porra. Lo que pasa es que te gusta porque suena como Kal-El.

Así que, durante los dos días siguientes al nacimiento, el tema del nombre mejor no tocarlo. Estamos todavía en ello, a ver si alguien nos regala un libro de ésos de nombres, jijiji, jajaja, a ti no se te ocurra ponerle un nombre raro de ésos de los tebeos, que te conocemos, ¿eh? Y así pasaba la mañana, la tarde y llegaba la noche, en una nebulosa en la que se confundían las horas y se perdía la noción del tiempo, venga a venir conocidos, venga a venir familia, que si el primo cual, que si los tíos de Zamora, que si éste que ni me acuerdo de cómo se llama. Intimidación, poca o ninguna. Mi suegra, que se llama Maricarmen y normalmente es una señora encantadora, calcada a la tía May, que nunca se mete donde no la llaman y siempre te hace un potaje para ponerle una mercería, se había transformado en la Abuela Bondad, la villana del Cuarto Mundo. La existencia de su nieto había alterado algo en su cerebro, te lo puedo asegurar. Se pasaba el rato explicándote todo lo que tenías que hacer y llamando a todas sus amigas para contarles lo guapo que era el nene, y que si te quieres acercar estamos en la 317 de Pediatría del 12 de Octubre, que seguro que a ellos les hace mucha ilusión que vengas, Pepita. Yo, y era algo que nunca antes me había pasado, quería estrangular amistosamente a mi suegra. Pero esa noche, la cuarta desde que entramos en el hospital, casi que acertó cuando me dijo:

—Tú vete a casa a descansar en una cama de verdad, que estás hecho polvo. Esta noche me quedo yo con mi hija y con mi nieto.

Y cualquiera le dice que no. Mejor hacer con milimétrica exactitud lo que manda que ponerte a discutir con ella. De verdad que ésa era mi intención. De verdad que había dormido unos diez minutos en las últimas 96 horas y necesitaba más un sueñecito en nuestra cama de 1,35 de matrimonio cariñoso que Los 4 Fantásticos un guionista cinematográfico como San Jack Kirby manda. De verdad que, nada más montarme en el coche, tenía previsto ir directo a casa y dejarme caer, con ropa y todo, encima de las sábanas y quedarme frito durante al menos las siguientes seis horas. Pero, ay, que uno es como es y no engaña a nadie. Fue salir a la M-30 y allí estaban. Iron Man, Thor, Capitán América, Hulk, la Viuda Negra y Ojo de Halcón me miraban, desafiantes. Te has olvidado de nosotros, galopín, decían desde aquel gigantesco cartel publicitario. Y eso que tenías la entrada comprada. Estreno: 27 de abril de 2012, recordaba la leyenda de la parte inferior. Mierda, pensé. Tienen razón. Me había olvidado por completo de ellos, te prometo que me había olvidado. En fin: dormir está sobrevalorado, qué carajo. Eran las nueve y media de la noche del lunes 30 de abril de 2012 y todavía conseguí pillar la sesión de las diez en el Kinépolis.

A la una de la madrugada, cuando salí del cine, me sentía conmocionado, como sólo se sienten quienes saben que acaban de contemplar un momento histórico, con mayúsculas. Joss lo había echo, Joss lo había hecho, Joss... Joder, Joss lo había hecho.

Mañana lo meditaría. Ahora, a sobar.

Pero, entonces, sonó el teléfono. Como un golpe, volví a la realidad y me olvidé de Los Héroes Más Poderosos de la Tierra para acordarme de Los Disgustos Más Grandes que Puedan Darte. Me olí que fuera del hospital. Algo pasa. Mierda, algo pasa. Pero no, no era del hospital, no pasaba nada con mi hijo o con mi esposa o ni siquiera con mi suegra. No pasaba nada con ninguno de ellos. Era Justo Manuel, un amigo del instituto, también lector apasionado y coleccionista de tebeos, como yo. También flipado del cine, y sobre todo por las adaptaciones de nuestros personajes favoritos, como yo. También soldado en aquella guerra, que duraba más de tres décadas y que no tenía visos de terminar, por conseguir que aquellos tebeos y aquellos personajes y aquellas películas se consideraran como lo que son: algo que había que conocer, sentir y amar. Justo Manuel había estado conmigo en aquel estreno de *Batman*, y en un montón de pelis más, porque básicamente era lo que hacíamos los viernes: comprar tebeos por la tarde e ir al cine por la noche. Al cabo de los años, cada uno estaba en lo suyo, pero habíamos mantenido el contacto y seguíamos quedando cada vez que yo iba por el pueblo y pasaba por la tienda de cómics. Una de las costumbres que habíamos cogido consistía en que, después de cada peli tocha, él me llamaba nada más salir del cine, entusiasmado o enfurecido (sin término medio), para comentarme lo flipado o lo cabreado que estaba, para darme su primera impresión, que es la que cuenta, porque luego la vas cambiando con el tiempo y la vas amoldando a sucesivas revisiones y reflexiones alrededor de esas revisiones. Se me olvidó entonces que el estreno de *Los Vengadores* había sido tres días antes y di por sentado que era ese mismo día, que él había ido, como yo, y que llamaba para comentarlo, como siempre. Contesté con una sonrisa en los labios.

—¿Qué pasa, perra? ¿Te ha molado o no te ha molado?

Pero Justo no llamaba para hablar de la película. No estaba ni entusiasmado ni enfurecido, sino hecho una mierda. Llamaba para avisarme de que otro amigo común del pueblo se había muerto esa tarde, y pasado mañana iba a ser el entierro.

## 1985-1986

Cuentan Gerald Jones y Will Jacobs en *The Comic Book Heroes: From The Silver Age To The Present* (lo mismo lo puedes conseguir por Amazon. Cómpralo. Es la leche) que 1986 fue «el mejor año de nuestra vida». No puedo estar más de acuerdo, aunque las razones que ellos dan son diferentes a las mías. Ellos alegan que 1986 fue el año de *Dark Knight*, de *Watchmen*, del *Superman* de John Byrne, del *Daredevil: Born Again* de Frank Miller y David Mazzucchelli o incluso de «*La Masacre Mutante*». Y es verdad que, si pones todos esos tebeos en el mismo año, ese año tiene que ser grande. Lo que pasa es que la mayoría de ellos no llegaron a España hasta un año más tarde, en el mejor de los casos. Así que 1986 no puede considerarse como el «mejor año» de mi biografía sólo por los tebeos que hubiera podido leer por aquel entonces. Pero 1986 sí fue el mejor año de mi vida. Y lo fue porque fue el año en el que todo empezó.

Fue también el primer año de instituto. Bueno, en realidad había entrado al Federico García Lorca en septiembre del 85, pero las Cosas Verdaderamente Importantes no empezaron a pasar hasta después de la Navidad. A efectos prácticos, en los primeros meses de instituto bastante tenía con enterarme de qué iba aquello y no chocarme con ninguno de COU, esas torres gigantes que estaban a punto de marcharse a la universidad. Hasta ese momento, había sido un niño raro, nada deportista, con pocos amigos y que siempre llevaba tebeos encima.

La afición venía de largo, claro, de mucho tiempo antes del instituto o incluso del colegio. En casa, a mi hermano y a mí nos compraban Mortadelos, Guerreros del Antifaz y cosas así todos los domingos, cuando íbamos con mis padres a misa y después a comprar el periódico. Podéis coger un tebeo, decía mi padre. Uno sólo. Era muy difícil elegir y, como Ramón era el mayor, él era el que acababa decidiendo. A mí me daba un poco igual: por entonces no había oído hablar de Spiderman, Los 4 Fantásticos, Batman o Superman, y muchos menos de Marvel o DC. De hecho, no recuerdo muchos superhéroes en aquel entonces pero es que... ni siquiera me habían enseñado a leer todavía. Me dicen, pero no puedo asegurarlo, que a pesar de no identificar las palabras llegué a aprenderme de memoria el texto completo de uno de esos cuentos troquelados que eran típicos de la época, que tenía forma de trenecito y contaba la historia de un maquinista. En casa vieron que eso de que el niño tuviera tebeos era educativo, que le venía bien para las clases.

El primer cómic que tengo el recuerdo de haber leído es «*Patomás mete la pata*», un tomo de la colección Dumbo que presentaba a personajes de Disney y estaba francamente bien. Visto en retrospectiva, no me sorprende que fuera precisamente ese tebeo el que se me metiera en la cabeza. El pato Donald es un ciudadano cualquiera, hasta que se convierte en Patomás: héroe local, azote de los Golfos Apandadores y protector de Patoburgo. Tenía un traje genial, un coche genial y un montón de

aparatejos con los que hacía de todo, antes de que a esas cosas las llamáramos gadgets. Patomás fue el primer superhéroe que conocí y me fascinaba tanto o más que los macarrones con chorizo de mi madre. Recuerdo que cogía papel de calco, copiaba todas las páginas y luego creaba una nueva aventura cambiando los diálogos. Pero alguien me dijo que para qué hacía eso si había más historias del audaz *alter ego* del pato Donald y seguro que eran mucho mejores que las que yo pudiera imaginar, y allá que me puse a buscar quien las tuviera. Había visto a Roberto Garzón, un niño pijo del colegio, que tenía otro tomo de Dumbo también protagonizado por Patomás, que se titulaba «*La bella dormilona*». Conseguí que me dejara ojearlo en el patio del colegio, pero nunca que me lo llevara a casa. Tampoco me invitaba a la suya.

No recuerdo mucho más de entonces, salvo aquello que hizo que me olvidara para siempre de Patomás. Una tarde, encendí la tele y descubrí a Spiderman.

Vale, la animación era acartonada y de derribo, de lo peor que pudieras imaginar. Vale, las historias no había por dónde cogerlas y ni siquiera el traje arácnido estaba terminado de dibujar (le faltaban la mitad de las redes)... pero en esas cosas no te fijas cuando tienes nueve años y la alternativa es un gato idiota persiguiendo a un canario. Aquellos dibujos eran, sencillamente, fascinantes. Nada de lo que había podido ver antes se parecía, ni por ningún asomo, a Spiderman. Explicaba al que me quisiera escuchar que ir de red en red era mucho mejor que volar. Tenía la cabecera de la serie metida en la cabeza. Me pasaba el día cantando el tema musical, con su doblaje latino (*Espaidermein, el hombre araña, Espaidermein, que teje la red, Espaidermein, no temas a nadie, Espaidermein, proteges el bien...* Menuda estupidez, ¿verdad?) y apuntando a todo el mundo con mis lanzarredes invisibles. Ya entonces no entendía cómo se las apañaba Peter Parker para colocar así los dedos, porque era realmente incómodo y si lo hacías muchas veces, tal y como salía en los dibujos, podía llegar a doler la mano.

Yo entonces pensaba que Spiderman era un personaje de televisión. Ni se me hubiera ocurrido pensar que era, en realidad, el protagonista de un tebeo... hasta que, por arte de magia, uno de esos domingos de ir a comprar el periódico lo encontré allí. Era *Spiderman, ¡El Hombre Araña!* n.º 26 de Comics Bruguera. Sobre una horrible pelea de criminales se recortaba la figura del trepamuros haciendo una negación con las manos. «¡Estoy harto de todo esto! ¡Que se las arreglen solos!», leyó mi padre.

—Esto es muy violento, niño.

—Pero es Spiderman. Yo lo quiero. ¡Y siempre dejas que sea Ramón el que elija!

—¿A ti te gusta? —dijo volviéndose hacia mi hermano, tres años mayor que yo, al que consideraba una voz adulta y experimentada.

—Es una chulada, papi.

Y así fue como nos llevamos para casa el primer cómic Marvel que llegué a leer, un verdadero clásico con guión de Gerry Conway y dibujos de John Romita, que contenía los *Amazing Spiderman* n.º 112 y 113 americano. Toda esa información no venía en el tebeo y si te la estoy diciendo ahora es porque la acabo de mirar en

Internet. Oye, aquí también pone que la edición de Bruguera salió en 1981, así que yo debía de tener nueve años. Nada de aquello importaba entonces, sólo Spidey luchando contra el Doctor Octopus y Cabeza de Martillo. Lo que más me impresionó de aquel número es que Doc Ock le arrancaba la máscara a Peter Parker y éste tenía que ir a hurtadillas hasta un museo de cera, donde conseguía otra máscara perteneciente a un muñeco. El detalle que se me quedó grabado es que en ese museo había figuras de otros superhéroes, en concreto de Thor, el Capitán América, Iron Man y La Cosa. Además, al final del tebeo, venía la mitad del sexto número de *Fantastic Four*, donde descubrí a Los 4 Fantásticos, al Doctor Muerte y a Namor, el Hombre Submarino, a los que pronto también contemplé en los dibujos animados que emitía la Segunda Cadena.

El interés infantil por aquellos personajes de colores fue creciendo hasta convertirse en verdadera afición. Un día descubrí que Bruguera ya no publicaba *Spiderman* ni *La Masa*, vete tú a saber por qué, pero que una nueva editorial había aparecido y sus tebeos molaban mucho más. Me compraron, en la librería del barrio donde se encargaban los libros de texto o se vendían los juguetes de Navidad, el *Spiderman* n.º 3 de Forum y leí por primera vez un Correo de Lectores. Aquel Doctor Átomos era un hombre sabio, que respondía las cartas que enviaba uno de Murcia y otro de Alicante y otro de Villarrobledo... ¡Pero si esto está aquí cerca! Y ese mismo verano, en la playa, cayó en mis manos *Los Vengadores* n.º 2, también de Forum, con el final de «*La trilogía de Nefaria*». Y ya no hubo manera de sacarme los tebeos de Marvel de la cabeza. Para entonces, a Ramón los tebeos le daban igual y era yo el que elegía cuál se compraba cada domingo. Casi siempre de Marvel, porque el día que se me ocurrió probar uno de Superman, después de que me hubiera enterado de que tenía una película y que esa película era alucinante, me aburrí mucho y me pareció que aquello era para críos. Además, los tipos esos de Zinco no tenían correos ni artículos de ningún tipo: salvo por la indicación del número americano que llevaba dentro, parecía un tebeo de Bruguera un poco mejor hecho. Debía de ser verdad lo que el Doctor Átomos y el Profesor Loki decían en los Correos. Marvel le daba sopa con ondas a DC. Donde estuviera Spidey, que se quitara el muermo de Superman y el pesado de Batman. No te confundas: ahora no pasaría por un marvelzombie, pero sí entonces. Era joven y fácilmente influenciable, compréndeme. Con esa edad, me creía cualquier cosa que me dijeran los mayores, no digamos si era algo que había escrito el Doctor Átomos o el Profesor Loki. Su palabra era ley. Todavía tendrían que pasar dos años más para romper con la tradición del tebeo de los domingos. Debía de estar ya en los doce, había salido respondón, y un buen día me planté y dije que no quería volver a misa, que aquellas cosas que contaba el cura eran un rollo patatero que no había quien lo aguantara.

—Pero, niño, al infierno que te vas.

—Me da igual. Además, dice Carlos el de Gimnasia que el infierno no existe, que es todo mentira para meternos miedo.

—Pues ya te puedes olvidar de los tebeos. Si no vienes a misa, tampoco te vamos luego a comprar tebeos. Y ya hablaré yo con el *hippy* ese de Carlos el de Gimnasia.

Aquello era grave. Significaba que, si quería seguir comprando tebeos, debía hacerlo con mi propio dinero: una paga de 100 pesetas semanales, más lo que me dieran los tíos o los abuelos cuando vinieran de visita. Era una gran responsabilidad, pero sería capaz de estar a la altura. Cualquier cosa menos ir a la iglesia. Creo que había aguantado tanto tiempo porque encima de la parroquia había una enorme sala donde se daba Catequesis, pero que también servía de club infantil. Ahí podías jugar al fútbolín, al parchís, a las cartas... o leer tebeos. Tenían unos cuantos, no sólo de superhéroes, sino también los típicos *Asterix*, *Tintín* y *Los Pitufos* (o, mejor aún, *Johan* y *Pirluit*, que era la serie de la que habían salido Los Pitufos). Los había visto en casa de algún conocido, pero no había tenido opción de leerlos, así que los devoré con esa capacidad de lectura que sólo tienes a los catorce años. Recuerdo que buscaba en ellos cosas que eran propias de los tebeos de superhéroes, pero que no tenían por qué faltar en los europeos. Si te das cuenta, *Asterix* y *Obelix* adquirirían superpoderes cuando tomaban la poción mágica de *Panorámix* y en *Johan* y *Pirluit* había cierta continuidad... pero todo era mucho más rudimentario que en los cómics americanos. Era como dar un paso atrás y aunque me divertían aquellos personajes nunca llegué a sentir la misma adicción que me ofrecían los tíos en mallas. Salía gratis leerlos y por eso seguí haciéndolo. Un día pasó algo que me hizo ver las cosas de los curas de otra manera. Yo estaba con *La cizaña*, aquel álbum de *Asterix* donde un tal *Detritus* engaña a toda la tribu y hace que se peleen entre ellos, y esa tarde le tocaba vigilarnos a Sor Angelines, una monja que era igual que Batman porque iba toda de negro, aparecía de la nada y te daba un buen susto. A mí me gustaba mucho más que nos vigilara Félix, que era un cura jovencito, con gafas, bien peinado y cara de buena persona, que la mayoría del tiempo estaba jugando al fútbolín y le daba un poco igual lo que hiciéramos mientras no armáramos follón. Debía tener el día libre o andaba en un entierro o haciendo cualquier cosa de éstas que hacen los curas cuando no dan misa. Sor Angelines era todo lo contrario que él. Nunca jugaba con nosotros ni al cinquillo y le gustaba mucho cotillear lo que leíamos. A los que estaban con *Enid Blyton* y *Los Cinco* les decía que muy bien, que eran historias muy bonitas y educativas, y a los que leíamos casi cualquier otra cosa nos preguntaba que cómo es que nos gustaba algo tan feo, con la cantidad de buenos libros que había en la biblioteca.

—¿De dónde has sacado esto?

—De aquella estantería, señora Angelines.

La conversación entre la monja y un chavalín de los pequeños era un ruido de fondo al que no prestaba atención, hasta que la siguiente retahíla que salió de la boca de ella provocó que levantara la cabeza.

—Este hombre está volando, Pedrito. Y eso no es posible. Solo los santos pueden volar cuando están en gracia de Dios. ¿Es que no te lo han enseñado en la catequesis?

—Es que es un cuento de Superman y...

—Y a callar, que todavía cobras.

Miré hacia el pobre Pedrito, el hijo de Don Pedro, que sería Pedrito toda la vida porque es lo que pasa cuando te llamas igual que tu padre, y el chaval se había encogido, rodeado por la oscuridad del vestido de Sor Angelines. ¿Que los criminales son cobardes y supersticiosos? Por eso dicen que Batman lleva una gigantesca y amenazadora capa. Pero en aquel preciso momento llegué a la conclusión de que había cosas que daban más miedo que un tipo vestido de murciélago. Sor Angelines le arrancó de las manos el tebeo de Superman y lo hizo pedazos delante de todos, que estábamos con la boca abierta.

—No quiero volver a veros leer cuentos chinos de éstos, que son todo mentira y luego os pasa como al niño que saltó de un edificio con un mantel colgado del cuello porque se creía que podía volar.

Aquello debió molestarme mucho, porque le dije algo que llevaba rumiando para mis adentros desde hacía tiempo:

—Pero en la Biblia pasan todo el rato cosas imposibles. ¿También son cuentos chinos?

La monja no dijo nada ni se movió. Parecía una estatua pintada de rojo, porque de ese color se le estaba poniendo la cara. Rojo y negro. Todavía se me aparece en las pesadillas. Al final, estalló.

—A ver, tú, el gordito. Pon la mano.

Y yo que me levanto y me empiezo a echar para atrás porque había sacado la regla de madera para pegarme con ella en la palma abierta, y eso dolía un montón. Me fui escabullendo hasta la puerta y, una vez allí, me marché corriendo y no paré de correr hasta llegar a casa. Si hubiera corrido así siempre, no me hubieran suspendido la Educación Física, que era algo que pasaba bastante a menudo. Y es probable que ni la monja ni nadie me hubieran llamado gordito.

Hasta un par de meses después no volví por el club infantil de la parroquia, siempre asegurándome primero que quien estaba era Félix y no Sor Batman. Seguí leyendo los tebeos que sobrevivieron a la estricta selección que llevaron a cabo después de lo que había pasado. Estuve allí hasta que los acabé todos. Y ni un minuto más. Desde entonces, sólo he vuelto a entrar una vez en una iglesia, aunque hubiera preferido no hacerlo, no por el sitio en sí mismo (cuando pasa la indignación juvenil, te das cuenta de que no es más que un edificio más), sino por el motivo que me llevaría hasta allí.

Sin tebeos de los domingos y sin el club de la parroquia, la única manera de leer cómics era financiármelos yo mismo. En los anuncios de Forum decían que cada primer, segundo, tercer y cuarto viernes de mes salía tal o cual colección, excepto *Spiderman*, *La Masa* y *Conan*, que eran quincenales y un verdadero problema para que cuadraran las cuentas. Al cabo de un tiempo, decidí olvidarme del bárbaro y del monstruo y quedarme con el *Hombre Araña*, además de *Los 4 Fantásticos*, *Los*

*Vengadores* y *Daredevil*. Cada una tenía su atractivo intrínseco, algo que las hacía diferente a las demás y, por lo tanto, imprescindible. No podías dejar de comprar ninguna de esas series.

*Los 4 Fantásticos* era, según había contado en alguna ocasión el Doctor Átomos en el Correo de Lectores, la primera serie de Marvel, aquélla con la que Había Empezado Todo. Pero, en el ecuador de la década de los ochenta, era la serie donde estaba John Byrne, dibujando y escribiendo una etapa alucinante. Había visto a Byrne en algunos de los primeros números de *Los Vengadores* publicados por Forum y, aunque en aquella época no me fijaba demasiado en el nombre de los autores, me quedé con el estilo de aquel tío. Volví a reconocerlo en diferentes cómics: algunos de Vértice en blanco y negro que encontré en tiendas de segunda mano, librerías de viejo en las que, por cinco pesetas, te dejaban cambiar un tebeo por otro y, si pagabas diez duros, podías comprarlo sin más. Su estilo de dibujo en *Los 4 Fantásticos* era más sucio de lo que estaba acostumbrado, sin esas líneas gruesas que tanto me gustaban, pero daba igual porque seguía siendo espectacular. Lo mejor, con todo, no era eso, sino las historias. ¡Qué historias! Byrne ya llevaba varios números en la serie, pero cuando de verdad me enganchó fue en el n.º 21. Era una aventura de tamaño doble, por lo que la partieron en dos: para leer el final, tenías que esperar a la siguiente entrega. Empezaba con Reed, Sue, Johnny y Ben viviendo una vida normal, en un pueblecito, como si nunca hubieran conseguido sus poderes... hasta que descubrían que algo iba mal: el Doctor Muerte los había engañado, los había conectado a un aparato y en realidad sus consciencias estaban dentro de minúsculas figuras encerradas en una maqueta. Era la primera vez que veía una historia que empezara de una manera tan extraña... ¡Empezaba por la mitad! Te contaban primero algo gordo y a continuación lo que había ocurrido antes. In media res, que dicen los finos. Me quedé sobrecogido y *Los 4 Efe* se convirtieron, de manera instantánea, en uno de mis favoritos. Los meses siguientes no fueron menos alucinantes: La Cosa cambiaba de aspecto hasta parecerse a como era en los primeros tiempos, algo que yo sólo había visto en los complementos de los tebeos de Spiderman de Bruguera; Los Inhumanos se trasladaban a vivir a la Luna porque no podían soportar la contaminación de la Tierra... ¡Y Rayo Negro arrancaba del suelo su ciudad con sólo pronunciar una palabra! Irrumpía Galactus, el Devorador de Mundos, que estaba a punto de morir, y se llevaba de heraldo a Nova, la novia de La Antorcha Humana. No era el único villano en apuros: un buen día el Doctor Muerte regresaba, pero esta vez para pedir ayuda a sus enemigos. Quería recuperar el trono de Latveria, que estaba al borde de la destrucción por culpa de su nuevo gobernante. Era una manera distinta de enfocar al que ya reconocía como el peor villano de Marvel: podía poner en peligro a la humanidad, pero sus súbditos lo querían y respetaban porque gracias a él vivían bien. Me acordé, de repente, de lo que nos había dicho un día doña Susana, la profesora de Sociales, y que entonces no acababa de entender.

—Yo sé que Franco hizo muchas cosas malas, pero también muchas buenas.

Doña Susana nos explicó que el tal Franco mandaba en España cuando casi ni habíamos nacido. Yo nunca había oído hablar de él. No quería preguntarle a mis padres, que estaban muy moscas con lo de dejar de ir a misa como para sacar al señor ese. Pero sí le pregunté a Carlos, el profesor de Gimnasia, el que decían que era un *hippy*.

—Oye, Carlos, ¿y el tal Franco quién era?

—Un señor con voz de pito que mataba gente y construía pantanos.

Fue suficiente para entenderlo. Franco era como el Doctor Muerte. Mataba gente, pero no se rebelaban contra él porque podía ser peor, porque estaban cagados de miedo o porque algunos vivían muy a gusto así. Al fin y al cabo, hacía pantanos. Y España era como Latveria, aunque con Seats y Talbots en lugar de carros tirados por caballos, que para el caso poco importaba. Vaya mierda, yo que quería vivir en Nueva York, en plena Quinta Avenida, a poder ser.

Allí era donde estaba la mansión de Los Vengadores, que entonces creo que era de las colecciones más flojas que seguía. Ya no estaba Byrne, ni ese tío que hacía tantos detallitos y que también me gustaba mucho (George Pérez, cuyo nombre acabaría también aprendiéndome). Pero lo que me incomodaba de verdad era que, de la noche a la mañana, Chaqueta Amarilla se había vuelto un cabrón que conspiraba contra sus compañeros y pegaba a su mujer. Aquel Chaqueta Amarilla no se parecía al que yo había leído hasta entonces. Estaba todo muy forzado y el dibujo tampoco molaba. ¿Por qué seguía comprándola? Pues porque eran Los Vengadores y era tener a todos por el precio de uno. Estaba el Capitán América, estaba Thor, estaba Iron Man... ¡un montón de héroes que me gustaban! Además, las cosas pronto empezaron a mejorar.

Con Daredevil me pasaba justo lo contrario que con Los Vengadores: el personaje no me llamaba demasiado la atención y siempre estaba pensando en dejarla, pero lo que me flipaba era todo eso que se había montado Frank Miller. El Doctor Átomos contaba en los correos que el tío era un revolucionario y que nadie ordenaba las viñetas como él, que diseñaba las páginas como un todo y cosas así que no acababas de entender, pero que se te quedaban en la cabeza. A mí el dibujo no me parecía gran cosa: de hecho, pensaba que era muy feo. Pero las aventuras me enganchaban un montón. Daredevil había tenido una novia cuando estaba en la universidad que luego se había vuelto mala. Se llamaba Elektra y ahora mataba gente para Kingpin, pero Daredevil seguía queriéndola. Entonces Bullseye, otro de sus enemigos, la asesinaba. Cogía uno de sus cuchillos, la atravesaba con él y la dejaba agonizar delante de la puerta del héroe. Esas cosas nunca pasaban en los tebeos a los que estaba acostumbrado. Si alguien moría, aunque fuera la novia del héroe, no lo hacía de aquella manera, como en las películas de por la noche. Le disparaban con un rayo o se le rompía el cuello o algo así que no fuera sucio ni pareciera de verdad. Nunca con un cuchillo. En los tebeos que yo leía no había cuchillos, salvo en *Daredevil*. Por eso no podía dejar de comprar *Daredevil*, aunque no fuera tan chulo como todos los

demás.

El más chulo de todos era Spiderman porque... joder, porque era Spiderman, el superhéroe más molón de todos. Me tenía particularmente enganchado el romance entre el trepamuros y la Gata Negra, porque nunca había visto nada semejante en ningún otro cómic. ¡Spidey se estaba acostando con su compañera de aventuras y sin casarse ni nada parecido! Luego estaba el Doctor Octopus, que quería asesinarla a toda costa, y se pasaron así un montón de números. Parecía que nunca se acabaría aquella saga, pero de hecho yo no quería que lo hiciera... aunque, cuando lo hizo, fue mejor todavía: Spiderman desveló su identidad secreta a la Gata Negra en un tebeo, el n.º 58 de Forum, que me compré en el quiosco de Barajas en la visita que más adelante haría con mis padres a Madrid, cuando ellos pensaron que me encantaría ver los aviones despegar. En aquel quiosco también tenían libros, algo que nunca me había atraído demasiado porque... ey, mucha letra, nada de dibujo. Pero había un libro que sí quería tener sobre todas las cosas, y también se vino a casa. Fue el primero que leí hasta el final y me hizo comprender que no todo tiene que tener dibujos para molar un montón. V, de A. C. Crispin. Era la novela que adaptaba la serie de televisión del mismo título. En 1985, los alienígenas habían invadido España.

Sucedió una tarde de sábado, que estaba en casa distraído, creo que con uno de esos *Superhumor* tan gordos que de vez en cuando me regalaban. No eran superhéroes, claro, pero te reías un montón, y todavía me gustaba Mortadelo. Solía leer con la tele encendida, por si ponían algo chulo. En la Segunda cadena había deportes y probablemente seguiría así el resto del día, así que salté a la Primera Cadena, donde había una serie, o una película, con gente que hablaba y no parecía especialmente interesante. Se quedó así, en espera de algo mejor. Seguí leyendo, olvidándome de la pantalla, hasta que levanté la vista por casualidad y lo vi.

Era una tía muy guapa. La típica que me hubiera gustado que fuera mi novia. Sólo que se estaba comiendo un ratón enorme. A la mierda el *Superhumor*, ya no pude quitar la vista de encima. También había naves espaciales y pistolas chulas y gente huyendo y un viejo que dibujaba una V encima de un cartel con aquellos visitantes. ¿En qué narices estaba pensando para no haberme fijado en el principio de aquello? Daba igual, por lo menos había pillado el final.

El lunes, en el colegio no se hablaba de otra cosa. Diana comiéndose ratones. La clase se dividió en tres bandos: los que lo habíamos visto, los que no lo habían visto pero estaban deseando hacerlo y los que, lo hubieran visto o no, estaban cagados ante la idea de verlo.

—Pero si mola mogollón, Ángel Luis. Es lo mejor que han echado por la tele. Es mejor que *Galactica*, que resultó ser un rollo.

—Es que luego me sueño y tengo miedo.

Los cagones debían de ser pocos: las calles se vaciaban cada sábado por la tarde a la hora de V. No había nadie fuera, literalmente nadie. Lo sé porque iba corriendo a casa, como todos, y la ciudad estaba vacía por completo. Ni coches ni gente, nada.

Pronto dejaron de existir los bandos de los que no habían visto *V* y de los que les daba miedo. Se las apañaron para superarlo. Nos habíamos dividido entre los que estábamos enamorados de Diana y sabíamos que en el fondo la actriz tenía que ser buena chica, pero que le habían escrito el papel de mala y tenía que interpretarlo así, y los que afirmaban con la rotundidad de los ignorantes que Julie estaba mucho más buena. No sabían de lo que hablaban. En los anuncios de la tele, contaron que la *Teleindiscreta* de esa semana estaba dedicada a *V*. Tendría un montón de reportajes, y no sólo eso. ¡Pegatinas! ¡Un póster gigante! ¡Y un cómic!

Era febrero. Hacía un frío del carajo, pero salté corriendo al quiosco a por la revista.

—No nos queda. Se ha acabado esta mañana. Pero si quieres te la podemos guardar.

La *Teleindiscreta* se agotaba en los diez minutos posteriores a romper la cinta de embalaje que rodeaba el paquete. Antes de ir al colegio, media clase se plantaba allí para hacer cola y llevarse su ejemplar. En realidad, no había cómic de *V* en *Teleindiscreta*, pero sí una separata de cuatro páginas donde se hacía un resumen ilustrado del capítulo que se había emitido la semana pasada. Fue una sustancial mejora. En casa no había vídeo y, para no olvidar ningún detalle de cada capítulo, cuando acababa de verlos, cogía un cuaderno y escribía todo lo que había pasado, convencido de que jamás llegaría a contar con la suerte de un segundo visionado. Los posters de los lagartos empezaron a invadir mi habitación, como invadieron las habitaciones de todo hijo de vecino. A falta de posters de superhéroes, buenos eran los de los lagartos. Pero lo mejor fueron las pegatinas. Acabaron todas en los cristales de mi ventana. ¿Desde qué otro sitio podrían haberse visto mejor? Al principio era divertido, pero pasadas unas semanas ya no dejaban entrar la luz. Antes de que llegara el siguiente invierno, mi madre me obligó a quitarlas y a limpiar con alcohol los restos que dejaban. Me pasé toda la tarde haciéndolo. Creo que fue la primera vez que limpié algo.

El fenómeno *Teleindiscreta* duró tanto como el fenómeno *V* y se empezó a aplacar cuando la serie se convirtió en algo más convencional: después de que Donovan y toda su tropa echaran a lagartos por primera vez, éstos volvieron a por más, pero ya no era lo mismo. Los episodios empezaban y acababan: ya no se continuaban entre ellos. Encima el cambio de peinado que le hicieron a Diana era horrible y ya no quería que se reformara y se convirtiera en mi novia. *V* seguía vaciando las calles cada sábado a las siete y media, pero poco a poco se empezó a pasar la fiebre.

Mientras tanto, yo había seguido comprando tebeos y, cuando los lagartos dejaron de obsesionarme, volví sobre ellos con más fuerza si cabe. Me animé incluso a escribir por primera vez al correo de lectores. Estuve al menos dos semanas pensando qué podía preguntar, porque la verdad es que no se me ocurría nada. Releí ediciones anteriores para ver qué es lo que habían contestado a otros lectores y así descartar esas cuestiones. Vi que había un patrón que se repetía. Era importante empezar la

carta haciéndole la pelota al responsable de la sección, y a ser posible diciéndole que su rival te caía fatal. «Loki, qué grande eres. No como ese sosainas de Átomos». O en su lugar: «Átomos, usted sí que domina la materia. Ojalá le dieran todos los correos que lleva su compañero Loki. Él no está a la altura». Otra duda importante era a qué colección enviarla. Me decidí por Spiderman, que me tenía muy enganchado con aquello de la Gata Negra y lo que se comentaba de que Spidey tendría un nuevo traje. Después de otras dos semanas dándole vueltas a la misiva, la terminé de escribir y pensé entonces que muchos fans enviaban también un dibujo, así que saqué los rotuladores y me puse a hacer algo que me parecía muy original: yo mismo me imaginé cómo podría ser el nuevo traje de Spiderman. Aunque hubiera guardado ese dibujo, me daría una vergüenza terrible enseñarlo, así que te vas a quedar con las ganas, porque era horrible y en nada se parecía a lo que debía ser un traje de Spiderman. Creo que para hacerlo me fijé mucho en las plantillas del juego de dibujo de Superhombres y Monstruos de Geyper, uno de éstos en los que intercambiabas diferentes opciones de piernas, torso y cabeza hasta crear diseños absurdos. Ponías un papel sobre la plantilla en relieve, pasabas un carboncillo por encima y ya tenías el dibujo. Hasta había unos lápices para colorearlo.

Junté el dibujo con la carta que había escrito, que tenía nueve folios y sospecho que muchas faltas de ortografía, y lo envié todo en un sobre de tamaño grande a la dirección que figuraba en los tebeos: SPIDERMAN/EDICIONES FORUM. Córcega, 273-277. 08008 Barcelona. Y a esperar.

Esperé meses. Cada quince días, compraba el siguiente número de *Spiderman* con la esperanza de encontrar mi carta respondida. Y nada, no había manera. Encontraba nombres que me sonaban, porque pertenecían a lectores a los que Átomos había contestado muchas veces anteriormente. ¿Y por qué a mí no? No me rendí, porque los superhéroes nunca se rinden, y yo no podía ser menos. Volví a intentarlo dos veces más, con idénticos resultados. Para la cuarta, empecé a dar vueltas a si no sería mejor idea escribir a una serie menos importante, como *Daredevil*, pero tampoco sirvió de nada, así que me resigné. Mi nombre no estaba destinado a convertirse en el de uno de esos habituales de la sección, que para mí habían alcanzado la categoría de famosos.

Estaban mis cuatro colecciones mensuales, que en realidad eran cinco, porque *Spiderman* salía cada quince días. Aguantaba el ritmo de gasto, incluso después de aquel fatídico día de febrero en el que llegué al quiosco para comprar *Los Vengadores* n.º 25. Iba pensando que lo mismo harían algo especial porque... ¡Era el n.º 25! No había nada especial. Una portada con manos verdes saliendo del suelo. Lo único que había cambiado era el precio.

—Ahora los tebeos de Forum cuestan 100 pesetas, chaval.

—¿100 pesetas? ¡No puede ser!

—Pues vete acostumbrándote.

Que los cómics que compraba costasen 95 pesetas ya era de por sí bastante duro.

Un robo, para algunos chavales del colegio a los que no les llegaba la paga pero, una vez habías entrado en el juego, lo aceptabas como algo establecido, tanto como que tuviera que levantarme todos los días a punta mañana o desayunar Cola-Cao. ¡100 pesetas! Casi no cabía en el pequeño círculo donde se indicaba el precio, junto con el número en cuestión de la serie. Ya no me sobraría un duro de cada tebeo que comprara. Tampoco era tan grave, siempre que no subiera más. El problema es que ese mismo mes anunciaron nuevas colecciones. *Capitán América* y *La Patrulla-X* empezarán en marzo. *Iron Man* y *Alpha Flight* lo harán en mayo. ¿Qué hacer? A Iron Man y el Capi ya los tenía en *Los Vengadores*, así que podría vivir sin ellos. No sabía lo que era *Alpha Flight* y, antes de que pudiera descubrir que lo escribía y dibujaba John Byrne, MI John Byrne de *Los 4 Fantásticos*, ya me había comprado el primer número de *La Patrulla-X*, porque en los Correos de Lectores no dejaban de hablar de esa colección. Decían que era la mejor de Marvel, pero que hasta entonces no habían conseguido publicarla y por eso la llamaban «*La Maldita-X*», Bueno, pues tenían razón. Era el mejor cómic que había leído nunca. Conocía *La Patrulla-X* original, porque la había visto en algún tebeo viejo, pero nunca había oído hablar de Tormenta, Lobezno, Coloso o Rondador Nocturno. Fue contemplarlos en la portada del n.º 1 y querer saber más de ellos. Sólo había un problema. En el segundo número, terminaba la primera aventura del equipo... y luego pegaban un salto de un montón de episodios para saltar al funeral de Fénix. ¿Fénix? ¿Quién era Fénix? ¿Y cómo había muerto? El tebeo era un gran resumen de la historia del grupo, de cómo habían llegado hasta ahí. Más adelante, en el Correo de los lectores, leí la carta de un tipo que decía que aquella aventura había sido una mierda, con todos en el entierro y Cíclope recordando. Sin peleas, sin nada más. A mí me parecía imposible que alguien pudiera pensar eso. ¡Aquel tebeo era cojonudo! Era una guía por la historia de *La Patrulla-X*: allí estaba la clave de por qué molaba tanto. Estaba contado en primera persona, algo que no había visto nunca. Estaba dibujado por Byrne, y el Byrne de los buenos, de cuando todavía no se había enguarrado su estilo. Y estaba escrito por un tal Chris Claremont, del que no tuve noticia hasta entonces pero que, como explicaban en la entrevista que le hacían en el primer número, era el único guionista que hacía esa serie. Por las demás, los escritores iban y venían. En cambio, Claremont había escrito *La Patrulla-X* desde el principio y seguía haciéndolo. ¡Y que nadie se atreviera a quitarlo de ahí, que se la tendría que ver con los lectores! Sí, bueno, estaba *La Patrulla-X* antigua, que era de Stan Lee y Jack Kirby, como todos los demás personajes de Marvel, pero eso daba un poco igual. Lo verdaderamente importante era la nueva *Patrulla-X*. La trama era intrincada, los personajes adultos como no lo era ningún otro superhéroe; Tormenta era preciosa, una diosa de verdad, sin necesidad de hablar en plan antiguo, como hacía Thor. Y Kitty Pryde era el tipo de chica que no existía en mi colegio, pero que debía haber en alguna parte, y algún día encontraría una así y me casaría con ella. Ah, y luego estaba Lobezno, que era un asesino y un verdadero hijo de puta. Pero pertenecía al grupo, como si en tu pandilla

se metiera el más macarra de la clase y a todo el mundo le pareciera bien. No eran Los 4 Fantásticos, que formaban una familia. No eran Los Vengadores, que componían una especie de club lleno de reglas y de normas un poco estúpidas. Eran unos tíos que vivían juntos porque eran mutantes y los mutantes lo tenían muy jodido, porque no había nadie como ellos en el mundo, y los odiaban por ser diferentes. Pero era guay ser mutante, por mucho que se quejaran; por muy mal que lo pasaran por culpa de sus poderes, era realmente guay. Y entonces me di cuenta de que yo era uno de ellos. Yo también era diferente a todos los demás, yo también me sentía aislado, yo también estaba al margen de casi todos los demás chicos del colegio, no digamos ya de las chicas. Vale, no podía formar parte de La Patrulla-X porque no conocía a otros que también fueran así. Pero al menos podía seguir sus aventuras.

Mientras leía y releía los primeros números de Forum, empecé a darme cuenta de que había un gran vacío en mi estantería de tebeos, por no decir en mi corazón y en mi alma. No tenía los tebeos que se habían saltado, entre que el grupo se había unido y la muerte de Fénix. La mayoría de ellos estaban publicados por Vértice, en blanco y negro, mientras que los últimos eran ya de Surco, la sucesora de Vértice, y estaban a color. Todo eso había sido antes de Forum, antes de que yo estuviera allí, pero quedaban rastros de aquella época prehistórica en las librerías de viejo, busqué y rebusqué y me harté de buscar, pero sólo conseguí encontrar dos: los n.º 31 y 32 de Vértice, situados en medio de una saga en la que el grupo se había dividido: la mitad estaba en Japón y la otra mitad en Nueva York. Al final del segundo de ellos, los mutantes acababan en Canadá luchando contra Alpha Flight.

—Ah, éstos son Alpha Flight. Ahora lo entiendo todo.

A pesar del blanco y negro, eran increíbles, mejores aún que los de Forum. ¡Pero sólo tenía dos!

*La Patrulla-X* fue la quinta colección que compré. Pero las cuentas no salían: eso eran seiscientas pesetas al mes, teniendo en cuenta que *Spiderman* salía dos veces. Alguna tenía que caer, finalmente, corté el eslabón más débil. Miller ya no estaba en *Daredevil* y, aunque las historias seguían estando bien, no era lo mismo. Fue la que se quedó fuera de la ecuación. El resto, se salvaba. Poco duró esa decisión porque, mientras agonizaba el curso, añadí una nueva serie que no podía dejar pasar bajo ninguna circunstancia. Se llamaba *Secret Wars* y reunía a un montón de héroes y villanos de Marvel, que eran llevados hasta una galaxia lejana para que luchasen entre ellos, un capricho de un tío que se llamaba el Todopoderoso y que nunca antes había aparecido. No me paré a pensar si aquello tenía sentido. ¡Estaban todos los personajes que me gustaban! *Secret Wars* tenía que venirse a casa.

Otras cien pesetas más cada mes, madre mía. Tuve que vender un tebeo de *Spiderman* para hacerme con el primer número. Fue una aventura en la que salía el Rey Kull. Roberto Garzón, el niño pijo, lo quería tener porque le gustaba mucho Conan y decía que Kull era igual que Conan y hasta lo había creado el mismo autor,

un tal Robert E. Howard. A mí lo de los bárbaros no me gustaba y el tebeo tampoco era nada del otro mundo, así que accedí a vendérselo. Al día siguiente comprendí mi error, porque entonces tendría un hueco en la colección. Del n.º 31 saltaría al n.º 33. ¿Cómo era posible que no me diera cuenta? La ansiedad por hacerme con *Secret Wars* nubló mi juicio. Tardé varios años en recuperar el tebeo de *Spiderman*, pero ya llegaremos a eso...

Porque tener las colecciones completas era una titánica labor que requería todos tus esfuerzos. Los quioscos no tenían todas las series. El de la esquina de mi calle llevaba tres, otro llevaba una cuarta, otro llevaba sólo *Spiderman*, y a veces fallaba el reparto y te quedabas sin nada. Me di cuenta de que debía patearme la city de arriba abajo. En caso contrario, algo terrible ocurriría: me quedaba sin algún episodio o el cómic tenía un numerito escrito, porque el quiosquero quería llevar el control de lo que vendía y lo que no o las páginas estaban arrugadas, porque las habían manoseado veinte niños antes de que yo llegara o vete tú a saber qué. Había un único quiosco que llevaba *Los 4 Fantásticos* y además estaba en la otra punta del pueblo. Tenía que andar como quince o veinte minutos para llegar a él. Aquello era un peregrinaje, no el Camino de Santiago.

Ese sábado, como tantos otros, tocaba caminata. Bastaba acercarse al quiosco para saber si estaban los nuevos tebeos o seguía todo igual que la semana pasada. A más de dos metros, se vislumbraba el tapiz de colores que formaban todos los cómics ordenados en el expositor. Si el tapiz había cambiado, aunque sólo fuera un poquito, significaba buenas noticias. Si seguía igual, de poco servía que te acercaras y lo comprobaras cuidadosamente: era obvio que el camión del reparto todavía no había pasado por allí. Ese día, no sólo los colores eran diferentes, sino que alguien estaba pagando por llevarse una de las piezas que formaban el tapiz. Se volvió y mis ojos se fueron automáticamente hasta aquello que había comprado. ¡Era el número de *Los 4 Fantásticos* de ese mes y encima la portada era chulísima! Ponía ANNUAL en grande. Me acerqué, casi temblando, hasta el quiosco.

—¿Tiene *Los 4 Fantásticos*?

—Mira a ver si está en este montón. Pero creo que el único que tenía se lo acaba de llevar ése.

¿Quién narices era ése? ¿Otro coleccionista de tebeos? La opción de que existiera un alma gemela en un océano de extraños ni siquiera llegó a pasar por mi mente. ¡Se había quedado MI n.º 32 de *Los 4 Fantásticos*! A partir de ese día, no sólo tendría que recorrer cada quiosco: también tendría que ser el primero en hacerlo. Llevaba casi un curso de coleccionista, 1984-85, y debía tener un estante lleno de tebeos cuando me dijeron una frase que me ha acompañado toda la vida.

—Hijo, ¿para qué quieres tantos?

No entendía qué quería decir mi madre con aquello. Yo nunca le decía para qué quería ella todas esas vajillas y cuberterías, o esas revistas de ganchillo. ¿Por qué me preguntaba por los tebeos? Era evidente que a mis padres cada vez les preocupaba

más mi afición, obsesión lo llamaban ellos, por los dichosos cómics.

—Te pasas todo el día leyendo. Metido en tu mundo de fantasía. No te enteras de nada. Y encima, te vas a quedar ciego.

Decía mi padre, empleado de banca, y además experto oculista, por lo que parecía. La cosa no pasaba de ahí, de comentarios despectivos cargados de incompreensión, hasta que llegaron las malas notas. Estaba en octavo, el último curso de la EGB. Cuando terminara el curso, iría al instituto porque yo era un chaval inteligente y despierto que algún día haría carrera, no como esos borricos que harían la Formación Profesional. Era la moto que les habían vendido a mis padres y que ellos se habían tragado hasta el tubo de escape. Me sé de uno de esos borricos que fueron a la FP para luego meterse a albañil. Hoy es dueño de la mitad de su pueblo. Pero entonces lo del BUP vendía mucho. El niño tiene que hacer el BUP, hombre por Dios. Sólo había un problema: que me habían quedado cuatro para septiembre: Matemáticas, Lengua (tanto leer, ¿para qué?, me preguntaban), Sociales y Religión. Ya te dije que había dejado de ir a misa y además las cosas que decían los curas cada vez me parecían más absurdas y estúpidas. A don Dionisio le debió molestar mucho que en clase me pusiera a discutir sobre la Sagrada Trinidad y la Virgen María, y pensó que necesitaba un escarmiento. En realidad, la Religión no era mucho problema. Le ponía las cuatro chorradas que él quería leer, y aquí paz y después gloria, nunca mejor dicho.

El problema estaba en las otras, sobre todo Matemáticas. Así que ese verano fue un infierno y no sólo porque hiciera un calor horrible, sino porque cada mañana del mes que estuvimos en la playa tuve que ir tres horas a clases particulares de recuperación y luego a estudiar al apartamento. El mar ni lo olía, aunque por la tarde me escapaba y, con cuatro ahorrillos que tenía de lo que me habían dado los abuelos, iba pasando por los quioscos del paseo buscando tebeos que no hubieran llegado a casa y encontrando muchos de los que se me habían escapado. Una noche, mi padre me dijo que me fuera de paseo con ellos. No es que me apeteciera lo más mínimo, pero era eso o las Matemáticas.

—Mujer, no va a pasar nada porque el chico deje una noche de estudiar.

Fue aquella noche cuando descubrí que, a lo largo de todo el paseo marítimo, habían colocado un montón de puestos ambulantes. Los había con ropa, con artesanía de la zona, con radios y despertadores. Y también había unos cuantos que tenían libros y... Tebeos. Tenían montones de tebeos de saldo. Me llamó la atención uno muy grande, de Spiderman, que se titulaba «Enredadera». Me lo puse a ojear y me di cuenta de que era una adaptación de la serie de dibujos animados. Muy feo y encima muy caro: 150 pesetas. No acababa de ver ninguna otra cosa que me gustara y casi estaba dispuesto a pedir el dinero para comprarme el «Enredadera» cuando mi padre me señaló varios montones que no había visto.

Era alucinante. Montones de *Spiderman* de Bruguera. ¡Te llevabas cinco por trescientas pesetas, y diez por quinientas pesetas! Entonces no sabía que la edición

era horrible, que faltaban páginas, que estaban desordenados los episodios o que la rotulación era mecánica. Las portadas eran alucinantes, los interiores todavía más. Vi villanos y secundarios de los que no había sabido nunca, más que por los flashbacks de las ediciones modernas de Forum. Miré a mi padre, esperando que me recordara que había suspendido tres, que las clases particulares ya le estaban saliendo por un ojo de la cara y que, cuando aprobara, ya veríamos. Pero mi padre era mucho mejor tío de lo que ni siquiera yo me daba cuenta.

—Venga, cógete diez, que están tirados de precio.

—Pero ni tocarlos hasta septiembre.

Hasta mi madre debió darse cuenta de la expresión, cercana al éxtasis, que adornaba mi cara y tuvo que ceder. Aquellos diez tebeos tenían aventuras alucinantes. Entre otros, estaba el n.º 31. Spiderman contra la Gata Negra, aunque aquí la llamaran Gato Negro. ¡Era su primera aparición! Había visto cómo acababan en la cama, pero en aquella historia estaban peleados, aunque no entendiera muy bien por qué. El n.º 46, con la primera aparición del Lagarto. Lo más curioso es que aquél era un tebeo verdaderamente antiguo, porque lo dibujaba Steve Ditko, el primer artista que se había encargado de Spiderman y que entonces me parecía demasiado raro, aunque la historia me gustase mucho. El n.º 37. ¡El fin del Tigre Blanco! Contaba cómo se retiraba un héroe de Nueva York, después de ser gravemente herido por un terrorista. El n.º 40. ¡El Doctor Octopus ataca! Increíble: Doc Ock lavaba el cerebro a Spidey, que se unía a él en su carrera criminal. También me llevé el n.º 41, que era la continuación de la historia, aunque no se veía cómo Peter Parker recuperaba la memoria y tardaría unos veinte años en descubrirlo. El n.º 52, ¡En las garras de Kingpin! Se me quedó grabado lo que decía el malo en la cubierta: «Me creías gordo... ¡Pero soy todo músculo!». ¿Eso era verdad? ¿Hay gente que parezca gorda pero que en realidad sean fuertes? ¿Podría yo ser uno de ellos? ¡Al siguiente que me llamara gordo le diría que era todo músculo! Pero, sobre todo, estaba el n.º 28. La muerte de Gwen Stacy. Había leído sobre aquello en los tebeos modernos, pero nunca lo había visto con mis propios ojos. De verdad había sucedido. De verdad El Duende Verde había matado a Gwen.

Me quedé pillado por lo hipnotizante de las historias, pero también por lo bien dibujadas que estaban, tanto que no tenía muy claro si esas aventuras, realizadas en los años sesenta, no se situaban al mismo tiempo que las modernas, de los años ochenta, que estaba leyendo en las ediciones de Forum. Mi amor absoluto por Spiderman se cimentó en esos tebeos, por muy de Bruguera que fueran.

Los tebeos que compré en la playa iban directamente bajo la cama y sólo me atrevía a leerlos cuando mis padres salían a dar el paseo y pensaban que estaba estudiando. Hay que ver lo que se está esforzando el niño para sacar las cuatro que le han quedado. No lo defiendas, que son cuatro, y encima la Religión. Pero ¿quién suspende la Religión? A mi madre lo de las Matemáticas le daba un poco igual, pero que cateara con los curas... En fin, mi padre más o menos le seguía la corriente,

aunque sin montar un drama alrededor de aquello.

Fuera como fuera, agosto terminó, volvimos a casa, llegaron los exámenes y me salieron bien. Conseguí aprobar las cuatro y, por tanto, pasaría a BUP. Fue entonces, a mitad de septiembre y, aunque no faltara nada para que empezara el curso, cuando liberado de los libros de texto podía decir que tenía vacaciones. Mis padres tenían que ir a Madrid a una revisión médica. Y no sé si como recompensa por haber aprobado o porque mi hermano estaba de campamento y no tenían con quién dejarme, me dijeron que yo también iría con ellos.

De mi primera visita a Madrid me acuerdo sólo de tres cosas. Primero: estaba deseando comerme una hamburguesa de McDonald's porque no había probado nada así en toda mi vida, pero no me gustaron los pepinillos. Segundo: fuimos a ver *Gremlins* a un cine de la Gran Vía con una pantalla gigantesca. Me pareció la mejor película del mundo, aunque pasé bastante miedo con los bichos. Y tercero, y lo más importante de todo: visité, por primera vez, una librería especializada nada más salir de la peli. Era Madrid Comics, que entonces estaba en Gran Vía n.º 55, en un sitio llamado «Los sótanos». Como su nombre indica, había que bajar a una especie de centro comercial subterráneo y allí estaba, entre otras pequeñas tiendas. Como el niño cuando lo tuve en brazos por primera vez, como el primer *New X-Men* de Grant Morrison, como *Parque Jurásico* y como el Emule, era increíble pero completamente cierto. Una tienda llena única y exclusivamente de tebeos, con todos los números atrasados que me faltaban. Pero no sólo eso. También había cómics americanos.

—No puede ser. Son más pequeños que los españoles. ¿Por qué son más pequeños?

—Ése es el tamaño que tienen. En realidad, Forum y Zinco lo que hacen es ampliarlos de tamaño.

—¿De verdad?

—De verdad. Toma, llévate éste.

El dependiente de la tienda me estaba tendiendo el *Secret Wars II* n.º 1 USA.

—¿Sabías que han hecho una segunda parte de *Secret Wars*?

—Ostia...

Mi madre se empezó a poner nerviosa cuando solté el taco, pero a mí me dio igual. Yo sólo podía mirar aquella portada, con los principales héroes de Marvel, mientras el dependiente me contaba que el Todopoderoso ya no los enviaba a otro planeta, que ahora era él el que visitaba la Tierra. Yo sólo tenía una pregunta en la cabeza.

—¿Cuánto vale?

—Si te llevas diez tebeos españoles, te lo regalo. Nos han mandado un montón. Y además, es una mierda.

Esto último lo dijo más bajito, pero pude oírlo perfectamente, y creo que mis padres también. Daba igual. Me puse a contar los que me llevaba. Cinco de *Vengadores*, con el final de «*La saga de Korvac*», que todavía no conocía. Tres de

*Los 4 Fantásticos*, salteados, de antes de la llegada de Byrne, que me faltaban pero que tampoco me preocupaba demasiado. Dos de *Daredevil*, de los primeros de Miller. ¿Y el *Spiderman* n.º 32, el del Rey Kull? Jo, no lo tenían. Seguiría sin rellenar ese hueco en mi colección. Bueno, ya estaban los diez. De regalo, mi primer número de las *Secret Wars II* y unas tarjetitas de publicidad con portadas de Marvel. Alucinante.

—Oye, muchacho. ¿Qué se dice?

—¡Muchas gracias!

—De nada, ¿cómo te llamas?

—Nicolás.

—Yo, Lorenzo. Hasta otra.

Había ido a Madrid, y no sólo eso. Había comido una hamburguesa de McDonald's. Había visto *Gremlins*. Y tenía un tebeo en inglés que todavía no había salido en España. En mi primer día de clase, llevaba un cuaderno para tomar notas y el *Secret Wars II* n.º 1 para presumir, aunque realmente no le importara a nadie. O eso pensaba.

—¿De dónde has sacado este tebeo?

Ni hola ni muy buenas ni soy fulano de tal. Eso fue la primera cosa que me dijo Justo Manuel cuando nos conocimos. Me volví, esperándome encontrar con alguno de los cabritos que me hacían la vida imposible en el colegio y que planeaban continuar con el acoso y derribo en el instituto. Pero entonces me pareció que estaba mirando una mala fotocopia de mí mismo. Le faltaban las gafas de culo de vaso y probablemente le sobrarian todavía más kilos que a mí; tenía una camisa a rayas pasada de moda con demasiados lavados a sus espaldas y unos vaqueros rojos desteñidos. Sí, señor. Sabía reconocer a uno de los nuestros nada más verlo. Y Justo Manuel lo era más incluso que yo mismo. Si hasta ahora no me lo había cruzado nunca era porque habíamos ido a colegios distintos. Él vivía en la otra punta del pueblo, en un barrio que estaba por lo menos a veinte minutos andando desde mi casa. Eso era como ir a Roma y volver. Yo sólo pasaba una vez al cabo del mes por allí.

Y era para...

—Ostras, ¿tú compras *Los 4 Fantásticos*?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me faltan unos cuantos por tu culpa.

Entonces le conté la historia. Agachó la cabeza, como si le hubiera explicado que era el responsable de la muerte del tío Ben. Se quedó pensando un momento y luego me miró sonriente, mostrando un corrector dental.

—Si me dejas hasta mañana el tebeo de *Secret Wars II*, te invito a casa a que leas todos los que yo tengo, incluidos los de *Los 4 Fantásticos*.

Era una difícil decisión. ¿Podía confiar en él? Sólo sabía que se llamaba Justo Manuel, que vivía muy lejos de mi casa y que... Iba a venir todos los días a la misma clase que yo, por lo que tampoco desaparecería como si nunca hubiera existido.

—Está bien, pero cuídalo como oro en paño.

—No te preocupes. Prometo que me lavaré las manos antes de leerlo y que nadie más lo verá.

—Eso.

Haciendo honor a su nombre, Justo cumplió. Al día siguiente, me trajo intacto el primer y único tebeo americano que tenía.

—Está guay, pero no me he enterado de nada. En el colegio daba francés y no me aclaro con el inglés.

—Es el Todopoderoso, que viene a la Tierra y se monta una buena.

—¿Sabes si Forum lo va a sacar?

—¡Ni idea! El otro día me pillé el cuarto de *Secret Wars*, hasta que lleguen a la segunda parte...

—¿El que Spiderman hace quedar a La Patrulla-X como una panda de idiotas?

—No, el que los villanos les tiran una montaña encima y Hulk la aguanta, pero tienen que cabrearlo más para que no ceda.

—Ah, creo que todavía no lo tengo.

Había un montón de cómics que habíamos comprado los dos, porque nadie en su sano juicio dejaría de hacerse según qué series, como *Los Vengadores* o *Spiderman*. Pero había otros que yo tenía, y él no, y viceversa. Él se hacía, por ejemplo, *Thor* y *Alpha Flight*. Gracias a eso, pude descubrir a un tal Walter Simonson, que escribía y dibujaba *Thor* y que había hecho una historia alucinante en la que salía un tío con cara de caballo que podía sostener el martillo. Y no sólo eso. Justo también compraba una colección de Zinco, *Los Nuevos Titanes*.

—Pero tío, si esto es de DC.

—Sí, pero está muy bien. Lo dibuja George Pérez y es tan chulo como La Patrulla-X, por lo menos.

—¿No decía el profesor Loki que Los Nuevos Titanes son una copia de los mutantes?

—Bah, no tienen nada que ver. A lo mejor lo dice porque sabe que molan y así no se lo compran los que leen Forum. Lo único malo es que no tienen correos de lectores. Ah, tienes que ver esto.

Justo Manuel me enseñó un número que ya tenía de *Los Vengadores*.

—No, si éste lo tengo y lo he leído mil veces.

—Pero fíjate en esto.

Y ahí estaba, en el Correo de lectores. Un tal Justo Manuel Fernández, del mismo pueblo que yo. Con su parrafito lleno de respuestas a esas grandes dudas que siempre te surgen, como quienes serán los siguientes villanos que lucharán contra el grupo y para cuándo una nueva alineación, que la última ya estaba muy vista. Entonces caí en la cuenta.

—¿Este eres tú?

Respondió orgulloso, con un movimiento afirmativo de cabeza. Cabrón suertudo.

¿Cómo lo había conseguido? Le pregunté si había mandado muchas cartas. Sólo una. Le pregunté si había hecho algo especial, como añadir un dibujo. Me dijo que no. Pero no te pienses que me lo creí demasiado. ¿Por qué él sí y yo no? Cuán injusta es la vida, concluí.

La semana siguiente ya estaba otra vez mandando cartas. Al cabo de unos meses, por fin me contestó Átomos en el Correo de lectores de *Los 4 Fantásticos*. Había decidido juntar varias cartas mías que le habían llegado, a ésa y otras series, porque así mataba unos cuantos pájaros de un tiro. Y encima mi nombre estaba mal escrito. ¡Pero si siempre lo ponía todo en mayúsculas para que se entendiera mejor! A pesar de todo, ya tenía lo que quería: aparecer en un tebeo de Forum. Me podía dar por rendido, pero volví a escribir unas cuantas veces más y volví a aparecer, con el nombre bien escrito.

Había una serie en concreto, *Factor-X*, protagonizada por los miembros fundadores de La Patrulla-X, que Forum estaba tardando muchísimo en sacar. ¡Ni te imaginas las ganas que teníamos de leerla! Andábamos tan desesperados todo el día con *Factor-X* que yo empecé a mandar cartas al Correo de lectores, aunque todavía no hubiera salido el primer número ni se hubiera anunciado ni nada. Justo Manuel se empeñó en que aquello no servía de nada, que lo que teníamos que hacer era enterarnos de una puñetera vez cuándo lanzarían la serie por el método que fuera.

—¿Cómo?

—¿Y si llamamos por teléfono y lo preguntamos sin más?

Nunca se nos había ocurrido, pero era la solución más sencilla de todas. Con suerte hasta conseguiríamos hablar con Loki o Átomos, que seguro que se pasarían allí todo el día. Lo primero era dar con el número: nos pusimos a mirar y nos dimos cuenta de que en los tebeos no lo indicaban, hasta que nos acordamos de un anuncio que habían publicado en el que aparecía La Cosa levantando un baúl enorme y en el que explicaban que la redacción se había mudado. ¡Allí sí estaba el teléfono! 209 80 22, de Barcelona. Lo marcamos con un poquito de miedo. Al segundo tono, respondió una voz masculina que parecía bastante amable, así que nos tranquilizamos.

—Oiga, ¿se puede poner el Profesor Loki o el Doctor Átomos? Es importante.

—Ah, ¿y quién lo llama?

Me quedé parado, sin saber qué contestar. Hasta que dije mi nombre.

—¡Oh, tú eres el que manda tantas cartas! ¡Qué alegría me da conocerte! ¿Sabes que tenía mucha curiosidad? Me leo todas las cartas que llegan a redacción y me gustaría decirte que me acuerdo de ti porque tu caligrafía es de las más bonitas que he visto nunca.

No sabía qué contestar. ¿Mi caligrafía bonita? ¡Pero si escribía fatal! ¿Y quién era esa persona?

—No soy ni Loki ni Átomos, que ahora no están, pero a lo mejor te sirvo de algo. Yo soy Pere, Pere Olivé. Yo me encargo de hacer los letreros de todas las colecciones

de Forum, lo que nosotros llamamos logotipos.

Me había quedado mudo, mientras que Justo Manuel no dejaba de decirme en voz baja: «Factor-X, Factor-X, Factor-X».

—¿Qué cuando sale *Factor-X*? Espera, que lo pregunto. —La voz se alejó del teléfono, pero todavía pude escuchar con claridad: «Aquí hay un chaval que me pregunta por *Factor-X*. Ah, que en enero, pero que todavía no lo podemos decir. Vale, pues muy bien». Y otra vez que volvía a ponerse al aparato—. Mira, me dicen que todavía no lo tienen claro, pero que pronto lo dirán.

Le di las gracias y colgué. ¡No sólo me había enterado de cuándo saldría *Factor-X*, sino que había hablado con alguien de Forum! Años más tarde, conocería a Pere en carne y hueso. La persona más amable del mundo. Me dio un abrazo y dijo que se acordaba de mí, de mi llamada y de mi caligrafía, que era la más bonita del mundo.

Las cartas que había enviado surtieron también efecto, de manera que conseguí figurar el primero de todos en el correo de *Factor-X* n.º 2. «De puro adelanto, se ha pasado», decía Loki. ¡Ey, pero ahí estaba yo! Después de todo, la vida no es tan injusta, si no te rindes.

Era principio de curso, así que no había nada que estudiar y al contrario que en el colegio teníamos todas las tardes libres, así que nuestra rutina consistía en ir a casa de cualquiera de los dos y estar leyendo y hablando de cómics. Mis padres estaban contentos porque por fin me veían con un amigo más o menos fijo, aunque fuera por culpa de los dichosos tebeos. Aurora, la madre de Justo, era muy guapa y se portaba muy bien conmigo: otro motivo más para ir allí todos los días. Creo que estaba un poco colgado por ella. No se parecía a ninguna otra madre que hubiera visto jamás. Bueno, a lo mejor se parecía a Susan Richards, pero su marido no era precisamente Mister Fantástico. El tío no aparecía hasta por la noche y no llegaría a verlo hasta muchos meses después. Cuando lo hice, me quedé de piedra. Era un señor bajito con un barrigón enorme. Ahora entendía a quién había salido Justo, pero... ¿cómo podía haberse casado ella con aquel tío? No, no eran Reed y Sue, sino La Cosa y Alicia Masters.

El señor Fernández estaba todo el día de viaje y siempre traía algún regalo para Justo, que no tardó en aprenderse el truco.

—¿Qué quieres que te compre, hijo?

—No sé. Algún tebeo que no tenga.

—¿Y cuál no tienes? Si tienes un montón.

—Los *Extra Superhéroes*, las *Novelas Gráficas Marvel* y los *Superconan*. Sobre todo si encuentras el 9. Ahí es rey y mola cantidad. Y, si ves un *Pocket de Ases*, también me vale.

La Colección *Extra Superhéroes* era un mito que yo sólo conocía por las publicidades que aparecían en los cómics Forum. La editorial lanzaba uno cada dos meses y eran espectaculares: 96 paginazas de historia completa, protagonizadas siempre por personajes muy interesantes. Había uno de Lobezno, otro de Hércules,

otro de Ojo de Halcón... Se podían poner en la estantería, como si fueran libros. ¿El único problema? Valían la friolera de 250 pesetas, una auténtica barbaridad. Yo no me lo podía permitir, a no ser que me saltara algunos números de dos o tres colecciones.

Lo de las *Novelas Gráficas* era peor todavía. Eran álbumes enormes, en tapa dura y papel brillante, como los de *Asterix* o *Tintín*... ¡Sólo que eran de Marvel! Había visto anunciados unos cuantos títulos, como *Super Boxers* o *Piratas del Espacio* que no me decían gran cosa, aunque tuvieran buena pinta. Pero había dos novelas gráficas por las que suspiraba día y noche, sólo con saber los títulos y haber visto la portada. Una de La Patrulla-X, titulada *Dios ama, el hombre mata*, y otra que se llamaba *La muerte del Capitán Marvel*. A este personaje lo había visto en un par de ocasiones, en *Los Vengadores*. No sabía gran cosa de él, salvo que molaba, y tenía que ser muy triste verlo morir. En la portada, estaba en brazos de un esqueleto vestido con una túnica. Pero lo mejor era que lo rodeaban casi todos los héroes. Yo flipaba con esas historias en las que se juntaban un montón de ellos, así que tenía que tener aquélla, por muy mal rollo que me diera el título.

Y luego estaban los *Pocket de Ases*. De éstos sí que tenía alguno. Eran unos libros de bolsillo que había publicado Bruguera en sus últimos años, pero que todavía se encontraban con facilidad. Contenían seis o siete aventuras de un personaje concreto, sin que importara demasiado la procedencia. Los había de Spiderman, de La Masa o de Los 4 Fantásticos, pero también de Superman y Batman, o de dos tíos de los que nunca había oído hablar: El Hombre Enmascarado y Mandrake. Lo sabía porque, en la parte de atrás de cada tomo, venía el listado de todos los números, que sólo servía para hacérmelo pasar mal porque... los quería todos, al menos todos los de mis personajes favoritos, y solo tenía un par de Spiderman y uno de La Masa. Contenían historias que nunca había leído, y las de Spidey me gustaban mucho: salían un montón de héroes y había un viaje a la Tierra Salvaje, donde se encontraba con un ejército de dinosaurios que luego atacaban Manhattan. Creo que me flipé con los dinosaurios por culpa de aquel tebeo.

Un día, sin embargo, se me pasó por completo el interés en los *Pocket de Ases*. Justo tenía un tebeo de Vértice en blanco y negro que llevaba la aventura de Spidey en la Tierra Salvaje. Cuando le eché un vistazo en su casa, descubrí un detalle que nunca me había parado a pensar: los bocadillos tenían mucho más texto que en el *Pocket de Ases*. Me puse a comparar ambos sólo para descubrir la cruda realidad: para adaptar los diálogos al reducido espacio de aquellos libritos era necesario resumirlos, de manera que las frases llegaban a ser absurdas o no tenían que ver con lo que de verdad ponía. Hasta entonces, no me había importado que el *Spiderman* de Bruguera estuviera desordenado o se comieran páginas. Era casi divertido tratar de leerlos de la manera correcta. Pero aquello me descolocó. Se me había caído un mito: ya no quería saber nada de los *Pocket de Ases*.

En cambio, los *Extra Superhéroes* y las *Novelas Gráficas Marvel* seguían

escalando hasta lo más alto de mi lista de cómics que tenía que tener. Un día, el padre de Justo se presentó en casa con su habitual regalo, un paquete envuelto en papel de colores que contenía el *Extra Superhéroes* de *La Visión* y *La Bruja Escarlata* y la novela gráfica de *Star Slammers*.

—¿Quiénes son estos tíos raros?

—¿No lo ves? Se los ha inventado Walter Simonson, el de Thor.

Di un respingo cuando me dijo eso. El *Thor* de Simonson me tenía enganchadísimo. Había metido al Dios del Trueno en una saga épica, que nunca se acababa y en la que un demonio gigantesco, llamado Surtur, se disponía a llevar Asgard hasta el Ragnarok, el apocalipsis de los dioses vikingos. Si aquellos *Star Slammers* estaban la mitad de bien que Thor, podía ser la leche. Y el *Extra Superhéroes*... no me llamaba la atención, porque yo el que quería ver era el de *Lobezno* o el de *Patrulla-X* y *Micronautas*, pero entonces vi que salía Magneto, el enemigo de La Patrulla-X, y que le decía a Mercurio y a La Bruja Escarlata que... ¡Él era su padre! ¡Y además la historia acababa así!

—¿Todos los *Extra Superhéroes* molan tanto?

—Ni idea. Es el único que tengo.

Estábamos maquinando la manera de que el padre de Justo tuviera una lista con los *Extra Superhéroes* y *Novelas Gráficas* que tenía que comprar, no fuera que un día se nos plantara delante con *Killraven*, en lugar de *Dios ama, el hombre mata*, o trajera *La bella y la bestia*, en lugar del *Lobezno*. Pero, antes de que pudiéramos redactarla, ocurrió algo que hizo que nos olvidáramos de ella durante una buena temporada.

Era sábado por la mañana, estábamos en casa de Justo y su madre nos llamó a la cocina.

—Chicos, ésta os la tenéis que saber, ¿verdad?

Estaba escuchando la radio. En el pueblo se cogían las emisoras típicas de Onda Media: La Ser, La Cope, Radio Cadena y, por supuesto, Radio Nacional. Pero también se cogía, y muy bien, Radio Centro, una de las pocas cosas que encontrabas en FM. Era una emisora pirata que ponía todo tipo de música, no sólo lo que se escuchaba en los 40 Principales. A mí no me gustaban Los 40, que sólo se emitían por la tarde en la Cadena Ser. Se pasaban el día gritando y lo mismo te ponían una de Bruce Springsteen o de Madonna que el último éxito de Miguel Bosé. En cambio, en Radio Centro tenían unos locutores estupendos, que hablaban normal, sabían un montón y te contaban cosas de los cantantes, además de que ponían música todo el día de un estilo diferente a cada hora. A mediodía, había un programa que se llamaba «Güisqui con Soda», con música española, pero de la buena. Gabinete Caligari, Siniestro Total, Aviador Dro, Alaska, cosas así. Por la tarde, de cuatro a siete, llamabas por teléfono para pedirles la canción que quisieras y, si conseguías que no comunicara, te la ponían a los veinte minutos como mucho, y hasta podías dedicarla. Los fines de semana tenían «Los sábados de la Centro» y «Los domingos de la Centro», que se podían llamar diferente, pero básicamente eran el mismo programa y

en el que hacían un poco de todo. Entre otras cosas, tenían concursos en los que regalaban discos.

—Regalamos el single de «*So Far Away*», del *Brothers In Arms* de Dire Straits, al primero que respuesta bien a esta pregunta: ¿Quiénes componen Los 4 Fantásticos? Te vamos a dar una pista: son personajes de tebeo, ¿eh?, no los miembros de un grupo de rock. ¡Llama ya! Un single de Dire Straits pueeeede ser tuyo.

¡Un concurso de Los 4 Fantásticos en la radio! Y la respuesta no podía ser más fácil. La madre de Justo estaba marcando una y otra vez, pero comunicaba todo el rato.

—Ya tenemos la primera llamada, ¿cómo te llamas?

—Adrián.

—Adrián, ¿te gusta Dire Straits?

—Mucho. Me encantan.

—¿Y los tebeos? ¿Eres lector de tebeos?

—Bueno, alguno he leído.

—Entonces, dinos. ¿Quiénes son Los 4 Fantásticos?

—Pues... «La Mujer Invisible»...

(mierda)

—«La Antorcha Humana»...

(mierda, éste se lo sabe)

—El Hombre Roca y... El Hombre Llama.

—Uy... ¡Casi, casi, Adrián, pero no es correcto! Gracias por participar. Recuerdo la pregunta, ¿quiénes son los miembros de Los 4 Fantásticos? ¡Te puedes llevar este disco!

Y empezó a sonar el «*So Far Away*».

—¡Tengo línea! ¡Tengo línea! ¡Ponte tú, Justo!

—Seguimos aquí, en Radio Centro. ¿A quién tenemos al otro lado?

—Hola, sí, ¿soy yo?

—¿Cómo te llamas?

—Un tal Justo Manuel Fernández.

—Hola Justo, gracias por estar en «Los sábados de la Centro». Tú seguro que sí sabes la respuesta. Por lo menos dime que sabes cuántos son Los 4 Fantásticos.

Justo estaba muy nervioso y le sudaban las manos. Parecía que se iba a quedar mudo.

—Son... ¡Son 4!

—¡Correcto! Eso seguro que lo sabe todo el mundo. Ahora, ¿cómo se llama cada uno de esos cuatro?

—Reed Richards, alias Mister Fantástico; Sue Richards, la Mujer Invisible; Johnny Storm, la Antorcha Humana, y Ben Grimm, que es La Cosa.

—Oye, ¿sabes qué?

—¿El qué?

—Ya que estamos, no sabrás dónde viven, ¿verdad?

—En el Edificio Baxter, que está en el n.º 42 de Madison Avenue en New York.  
Se hizo un silencio en las ondas.

—Pues Justo, casi mejor que no te pida su teléfono, porque lo mismo hasta me lo das. ¡El premio es tuyo! Tú has leído muchos tebeos, ¿verdad?

—Bueno, sí...

—No cuelgues, que te tomamos nota y sólo tienes que pasarte por la emisora a recoger tu regalo, ¿vale?

Aurora se puso a aplaudir y a dar saltos, como si su hijo hubiera batido el récord de los cien metros lisos en los Juegos Olímpicos. Lo abrazó y le dio un beso, y luego hizo lo mismo conmigo. Me puse más colorado que La Antorcha. Ella decía que Justo había acertado y por eso el premio se lo podía quedar él. Sólo quedaba ir a recogerlo. Por teléfono, nos dieron la dirección y nos dijeron que estaban todo el día, que nos pasáramos cuando quisiéramos, aunque mejor a partir de las doce, que era cuando acababa el programa.

Siempre había imaginado Radio Centro como un lugar enorme, que debía estar en uno de los mejores edificios de la ciudad, con un gran cartel en la puerta, como tenía la Ser y la Cope, y me imaginaba grandes estudios llenos de micrófonos y relojes y discos y cuadros en las paredes con todos los locutores. Acerté en que tenía paredes. En todo lo demás, me equivoqué.

La emisora estaba en el casco antiguo, en una casa antigua de una calle estrecha.

—¿Es esto?

—Obispo Zorita n.º 24. No nos hemos equivocado. Mira, pone Radio Centro.

No era un cartel con el logotipo de la emisora, ni siquiera una de esas placas que se ponen los médicos y los abogados en la fachada de la casa. El nombre sólo lo ponía en el hueco del telefonillo. Estaba escrito con un rotulador, aunque la letra no se entendía bien.

—Ah, pues sí que es aquí.

Era un edificio blanco encalado viejo, viejísimo, que probablemente no había sido rehabilitado nunca, salvo por la fachada, que la habrían pintado alguna vez, aunque ya estaba gris y tenía algunos desconchados. La puerta era grande, de madera, y también las escaleras para subir a la primera planta, que era donde estaba la emisora. Estaba oscuro, pese a la iluminación automática, que era escasa y le daba un toque siniestro al lugar. Llamamos al timbre y no sonó nada, pero sí se encendió una luz roja.

—Debe de ser para que no suene en antena —dije.

Nos abrió un tío que nos sacaba dos cabezas, extremadamente delgado, con el pelo revuelto, ojos de no haber dormido demasiado bien y un cigarro en la mano. No era como los cigarros que fumaba mi padre, sino que estaba arrugado y era oscuro. Nunca había visto un canuto hasta entonces.

—Vosotros sois los del concurso, ¿no? Soy Alfredo, pasad.

Alfredo, Fredo Rosón para los oyentes, nos acompañó hasta una habitación pequeña que estaba cargada de humo donde había una gran mesa de madera que debía haber hecho algún carpintero local. Encima tenía dos tocadiscos, una pletina de cassette Sony, con su amplificador y todo, y una mezcladora, incrustada en el centro en un hueco recortado a medida con un micrófono que salía de ella. La pared estaba cubierta por un enorme magnetófono Revox y una estantería con un montón de discos, aunque muchos de ellos estaban amontonados por todas partes. Tenían lo que sonaba todo el día: estaba el *Whitney Houston* (que se llamaba igual que ella), *Promise* de Sade, *Wide Awake In America* de U2, el single de «*We Are The World*», el *Brother Where You Bound* de Supertramp... De música española, sólo reconocí un disco de Duncan Dhu y el de La bola de cristal, porque había visto el programa en la tele. Fue la primera vez que vi el *Dibujos animados* de Nacha Pop o *La mafia del baile*, de Loquillo. Pero, si uno de aquellos vinilos amontonados me llamó la atención, ése fue el de *Bailaré sobre tu tumba*, de Siniestro Total, con su calavera dorada sobre fondo negro.

—Aquí es donde hacemos la magia... ¡Esto es Radio Centro!

—Ah, vale.

El «Ah, vale» era mío. Yo no estaba demasiado impresionado con todo aquello. Una vez, mi padre me había llevado a los estudios de la Ser a ver cómo retransmitían un partido de fútbol y no tenía nada que ver con aquella radio de andar por casa. Lo que me sorprendió, más allá de la precariedad de medios y lo cutre del lugar, fue la política del yo me lo guiso yo me lo como. Una única persona era técnico de sonido, pinchadiscos, productor, locutor y director del programa; y, por si fuera poco, portero, vigilante y señora de la limpieza, aunque de esto, por lo que se podía ver, ejercía más bien poco.

—Vuestro regalo, chicos —dijo, poniendo encima de la mesa aquel pequeño tesoro. Dire Straits sonaba en todas partes a todas horas. Le gustaba absolutamente a todo el mundo. Y «*So Far Away*» también se había convertido en una de mis canciones favoritas. En la portada del pequeño disco podían verse las cuerdas de la guitarra de Mark Knopfler, aunque era una imagen mucho más cerrada que la que aparecía en el LP, que se titulaba *Brothers In Arms*. En la estantería había muchos singles de aquéllos. Luego nos enteramos de que las discográficas lo mandaban gratis a la emisora: sólo tenían que pincharlo. A veces, como en ese caso, llegaban varias unidades y las repartían entre los locutores o las sorteaban en antena.

—Oye, ¿cómo es que sabéis tanto de cómics?

Justo trató de hacerse el modesto, pero no le salió, porque lo que él dijo...

—Pero si no es nada. Todo el mundo sabe quiénes son Los 4 fantásticos, cuáles son sus identidades civiles o dónde viven.

No era exactamente una información que se comentara todos los días en el bar.

—¿Y os gustan más tebeos, además de Los 4 Fantásticos?

—Todo lo de Marvel. Los Vengadores, Spiderman, Daredevil...

—Y también algunas cosas de DC —añadió Justo—. Yo soy muy de *Nuevos Titanes*.

—Vaya par. Mirad, echad un vistazo a esto. Sacó un montón de revistas de un cajón y las puso encima de la mesa. Estaban muy desordenadas y había unos cuantos *Muy Interesante*. Pero también había un ejemplar de *Zona 84*, que Alfredo puso delante de nuestras narices.

—¡Esto es porno!

Justo estaba tan nervioso como entusiasmado. En la portada se veía un enorme culo femenino. «Buscamos la belleza estética allí donde se encuentre y la excitación por lo fantástico, aun a riesgo de irritar a mentalidades timoratas. (¿Suena a justificación?...»)», leí yo en voz alta cuando se me pasó el tembleque inicial.

—¡Qué va a ser porno! Hay tetas y culos, ¿y qué? Eso son cómics cojonudos. Los de Marvel ya se fueron a la mierda. El capullo de Stan Lee le dio la patada en el culo a Jack Kirby y se quedó con todo, cuando era Kirby el que se había inventado a los personajes. ¿Sabíais que Kirby fue el creador de Spiderman?

—No, no teníamos ni idea.

—Pero también hay cosas de Marvel que molan. La Patrulla-X está de puta madre. ¡El Claremont ese es la leche!

—¡El mejor! —respondí yo, entusiasmado. Bueno, quizás aquel tipo no estuviera tan loco como parecía.

Alfredo tenía diecisiete años, dos y pico más que nosotros. Parecía inconmensurablemente adulto, provocador y sabio. Un genio loco que se pasaba el día en la radio, bebiendo cerveza y fumando porros. Había empezado el instituto, pero decidió dejarlo después de que le quedaran ocho para septiembre el primer año (sólo había aprobado la gimnasia. Él, como yo, pertenecía al club de los que nos suspendían Religión por hacer demasiadas preguntas incómodas al cura). También había intentado hacer el módulo de Electrónica de Formación Profesional, pero se aburría en las clases y tampoco aguantó demasiados meses. El novio de una prima lejana tenía uno de los bares más famosos de todo el pueblo y había montado la emisora pirata, junto con otro socio. Un día, ella llevó a Alfredo a que viera cómo se hacía un programa y ya nunca más salió de allí. No era demasiado bueno con el micrófono, pero ponía música chula y, lo que es más importante, le gustaba tanto aquello como para ir los sábados y domingos por la mañana temprano. Era el único que estaba disponible para abrir a las nueve, porque el resto de los que trabajaban en la emisora salían por la noche y no se levantaban hasta mucho más tarde. No le pagaban un duro por hacer el programa, pero había llegado a un trato con los dueños: si conseguía publicidad, podía quedarse con la mitad de lo que pagaran los anunciantes. El tío se había pateado los barrios, de tienda en tienda, hasta tener una buena cartera de clientes y él mismo les grababa las cuñas. A lo tonto, se sacaba unas diez mil pesetas al mes, que era una auténtica barbaridad para alguien de su edad, que vivía en casa de su abuela porque sus padres se habían muerto cuando era pequeño y

tenía los cómics metidos en un desván, en grandes cajas de cartón junto con novelas de a duro, periódicos antiguos y una inmejorable colección de discos. Allí estaba toda la música que sonaba en Radio Centro: mucho pop y mucho rock anglosajón, fundamentalmente. Pero también clásicos de los sesenta y los setenta. Cada día nos ponía una cosa distinta, por lo que en poco tiempo descubrimos el rock progresivo de Pink Floyd, King Crimson y Supertramp, el punk de los Sex Pistols y los Clash o grupos más duros, como AC/DC, Iron Maiden y Scorpions. Estaba ahorrando para cuando los Scorpions vinieran a España, porque no pensaba perderselo. Y en aquel entonces estaba obsesionado con un concierto de Bob Dylan, At Budokan, que lo pinchaba a todas horas en su casa. Años más tarde, me enteré de que la crítica había puesto a parir aquel concierto diciendo que era uno de los peores que se habían grabado jamás. No me lo podía creer, porque nos encantaba ese concierto. Alfredo, que quería ser de mayor una mezcla entre Dylan y Jim Morrison, a ser posible sin morirse antes de cumplir los treinta, se lo sabía de memoria y había aprendido a chapurrear cosas en inglés sólo por las letras de las canciones. En especial, estaba encabezonado de uno de los temas de Dylan que nunca había sido famoso, «A simple twist of fate». Decía que era la mejor historia de amor de la música, sencilla, trágica y aleatoria, como la vida misma. Sólo que con violines de fondo. La abuela allí no se metía, era el territorio de Alfredo. Con unos colchones cubiertos por mantas de colores, un sillón orejero que debía tener no menos de veinte años (y en el que siempre dejaba sentarnos a cualquiera de nosotros), un equipo de música gigantesco y unas ventanas diminutas como escenario, entrar allí era penetrar en un universo paralelo, donde todo era menos cutre que afuera.

—Mira, ponemos el *Dark Side of The Moon* y sólo con el olor del porro te quedas tan a gustito.

Ni Justo ni yo fumábamos, aunque una vez lo intentamos y casi nos ahogamos. Yo me pasé una semana con la garganta hecha polvo. No repetí. Pero a ninguno nos molestaba que Alfredo lo hiciera y era cierto que el humo era relajante, aunque lo que de verdad te enviaba a otra dimensión era la música. Nunca había escuchado Pink Floyd, pero llegué a obsesionarme con aquel disco, a aprendérmelo casi de memoria. No sólo lo escuchaba en casa de Alfredo: él me lo grabó en una TDK de las cromo y lo ponía en casa a todas horas. La mayoría de las veces me dormía nada más empezar a escucharlo. Al poco tiempo pegaba un brinco, cuando llegaba la canción de los despertadores. Y, después, volvía a dormirme. Mejor que una nana.

Quizás fuera porque nos viera como alumnos adolescentes de la Escuela del Profesor Xavier a los que convertir en hombres-X hechos y derechos, quizás fuera porque se sentía en el mundo tan solo como nos sentíamos nosotros, Alfredo nos acabó invitando a los pocos días a pasar por su casa, donde había todavía más revistas de culos y tetas, como las llamaba Justo. Mucho *Zona 84*, pero también *Cimoc*, *Cairo* y *El Víbora*, y una montaña entera de *El Jueves* («¿Cómo? ¿Que no habéis leído *El Jueves* en vuestra vida? ¿Pero de qué puto agujero habéis salido vosotros?»). De

Marvel, y eso fue lo que hizo que para mí Alfredo se convirtiera en la fuente de sabiduría y su casa en una máquina del tiempo a un pasado glorioso, tenía muchos tebeos de Vértice.

Cuando yo había empezado a comprar tebeos, Forum era la editorial que publicaba Marvel en España. Vértice lo había hecho hasta principios de los ochenta y, durante dos o tres años, Bruguera había sacado unas cuantas colecciones, aunque yo sólo tenía noticia de las de *Spiderman* y *La Masa*, a través de los saldos que había comprado en la playa. De Vértice tenía todavía menos cosas: los dos números de *La Patrulla-X* que guardaba como un tesoro, algún número de *Capitán América* y *Vengadores* de su «Línea 84» y uno de *Peter Parker: Spiderman*, que me daba un poco de miedo porque salía Carroña, un tipo que era un muerto viviente y tenía una babosa gigante. Además, después de Vértice y en los primeros años de Forum, también había existido Surco, una editorial que publicaba las colecciones que no tenía Forum, entre ellas, *La Patrulla-X*. Por esa época, mis padres habían tenido que volver al médico a Madrid. Esta vez no fueron conmigo porque tenía colegio, pero me trajeron un paquete de diez cómics de Surco que habían comprado en El Corte Inglés por 300 pesetas. Había números de *Power Man*, *Los Micronautas*, *Star Wars*, *Rom*, *Motorista Fantasma* y *Ka-Zar*. Eran tebeos de Marvel, porque salían algunos de los personajes que conocía, pero el estilo me parecía diferente a lo que estaba acostumbrando y había cosas un poco aterradoras. El *Motorista Fantasma* era un esqueleto en llamas que conducía una moto y luchaba contra fantasmas; *Ka-Zar* parecía un Tarzán como otro cualquiera, pero se metía en un sitio subterráneo donde había un hombre que no sabía que en realidad era un robot. Lo descubría y se volvía loco. Y *Rom* luchaba contra un niño que se había convertido en demonio y mataba a sus padres. Fue hojeando esos cómics tan extraños cuando descubrí, gracias a las publicidades que encontré en ellos, que Surco había publicado *La Patrulla-X* entre Vértice y Forum. Apenas seis números, el último de los cuales contenía la muerte de Fénix. Pero no había tenido oportunidad de llegar a ver ninguno de ellos, mucho menos el sexto.

En definitiva, era consciente de que había existido una Marvel anterior a Forum (¿cómo no serlo, si en el Correo de Lectores se pasaban el día preguntando por la correspondencia de Vértice, Surco y Bruguera con la edición americana?), pero apenas había podido ver unos miserables restos de aquel legado. Alfredo en cambio tenía Vértices para dar y tomar. No sólo los de tamaño normal, que conocía tanto en color como en blanco y negro, sino también unos que eran todavía más antiguos: libritos con las primeras aventuras de los héroes Marvel, en los que habían redibujado las viñetas para que entraran dos por página. Aquello sí que me chocó, mucho más que el niño-demonio de *Rom* o las revistas de tetas y culos.

—Eran de mi padre. Tenía un montón de series. Seguro que si las vendiese me sacaría una pasta, pero prefiero quedármelos: están de la leche. Las pastas son la polla, parecen pinturas del Goya ese. Mirad esto. *Los Vengadores* n.º 44. Hay una

guerra entre extraterrestres, y Los Vengadores están en medio. Pero lo mejor es cómo dibuja el tío este. Es tan bueno que parece europeo.

Alfredo no nos dejaba llevarnos a nuestras casas ninguno de sus tebeos («se caen a cachos. De aquí no salen», insistía), pero sí que fuéramos allí y los leyéramos. Fue un curso acelerado en cómic clásico. Descubrimos historias de las que sólo habíamos sabido por flashbacks o comentarios del Correo de Lectores. Por ejemplo, la historia esa de Los Vengadores que tanto le gustaba a Alfredo era «*La Guerra Kree-Skrull*», de Roy Thomas y Neal Adams. Sólo se había publicado así, en pequeñito, y era uno de los mejores cómics que habíamos leído en nuestra vida.

La otra gran novedad que trajo Alfredo a nuestras vidas fue la del VHS. Ni Justo ni yo teníamos nada parecido en casa. O veíamos lo que fuera cuando lo echaban por la tele o nos lo perdíamos para siempre jamás. En el pueblo habían abierto dos videoclubes, uno en cada punta. El más cercano de casa se inauguró en navidades y tenía en el escaparate una televisión enorme donde tuvieron puesto *Superman* a todas horas y durante todas las fiestas. Siempre había un montón de niños pegados al escaparate, que se podían tragar la película entera, sin sonido ni nada. No hacía falta, porque ellos mismos ponían los diálogos y la música y los efectos especiales. Justo y yo habíamos pasado por allí y nos quedamos a verla hasta que se acabó, porque ninguno de los dos teníamos video en casa ni conocíamos a nadie que lo tuviera, hasta que apareció Alfredo con un montón de películas grabadas. Una vez a la semana al menos nos apañábamos para alquilar alguna cinta o para ver algún VHS pirata que no sabíamos cómo había conseguido. Las cintas pirata se distinguían de las otras porque no se veían tan bien, porque se movía la imagen y porque de repente alguien se levantaba y te dabas cuenta de que lo habían grabado con una videocámara dentro del cine. Solían ser grandes estrenos que nunca llegaban al pueblo o lo hacían mucho más tarde, así que cada vez que aparecía alguna había fiesta en casa de Alfredo. Para que te hagas una idea: así fue como vimos por primera vez *El retorno del Jedi*. Lo divertido de todo es que la tele no estaba en el desván, sino en el comedor donde también estaba sentada la abuela Teodora. Aquella mujer, vestida de negro de pies a cabeza, delgada como un palo y más arrugada que una pasa, pero con unos ojos verdes que te hacía preguntarte cómo había sido de joven, doscientos años atrás, nunca se movía de allí, por lo que se tragaba con nosotros cualquier peli, ya fuera *Terminator*, *Los Goonies*, *Regreso al futuro*, *Rambo II* o *Rocky IV*.

—Pero ¿por qué no saca la metralleta y le pega dos tiros? Tanto puño, tanto puño...

La abuela Teodora no comprendía que John Rambo no tenía nada que ver con Rocky Balboa, aunque el actor fuera el mismo. Es lo que tienen las sesiones dobles. Y no dejaba de meterle prisas a Sarah Connor.

—Pero corre, chacha, que te va pillá el del ojo rojo.

—¡Que te calles, abuela!

—Ay, hijo, una no puede decir ná.

Con las películas pasaba como con los tebeos. Las había que molaban y las había que no. Las había que, de alguna manera que no entendíamos demasiado bien, estaban conectadas con el tipo de cómics que leíamos y nos gustaban. En nuestra cabeza, el futuro apocalíptico que habíamos leído en aquella saga de La Patrulla-X en la que un Centinela mataba a Lobezno era el mismo de los Terminator; Indiana Jones había luchado contra los nazis junto al Capitán América y es probable que Marty McFly viviera en el mismo barrio que Peter Parker. Así que siempre estábamos hablando de lo mismo.

—¿Verdad que sería la hostia que hicieran una película de Spiderman o de La Patrulla-X?

—¿Cómo van a hacerlas, hombre?

—La hicieron de Superman.

—Pero a Superman lo conoce todo el mundo. Nadie sabe quién es Cíclope o Tormenta. Además, tendría que tener unos efectos especiales del copón.

Justo y yo estábamos convencidos de que un mundo mejor era posible, un mundo en el que fueras al cine a ver tus cómics favoritos. Alfredo era mucho más escéptico. Aún así, un día apareció con...

—La hostia. Una película de Spiderman. Se llamaba *El desafío del dragón* y eran dos episodios pegados de una serie de la tele. Pese a que teníamos quince años, pese a la ilusión que nos hizo ver a aquel tío disfrazado del Hombre Araña, pese a lo que flipamos cuando se subía por las paredes, lo tuvimos claro.

—Pero si esto es una de karatekas. Menuda mierda.

Fuera lo que fuera lo que pudiera ofrecer el cine, siempre era menos de lo que encontrábamos en las viñetas. Nos tragábamos un montón de pelis, a veces dos y tres el mismo día, aprovechando que en el videoclub, si alquilabas el viernes, no era necesario devolverlas hasta el lunes. Había algunas que nos hubiera gustado quedárnoslas.

—¿Cuánto debe de costar una cinta de *La guerra de las galaxias*?

—Me ha dicho Marce, el del videoclub, que son 20.000 pesetas.

—Pero ¿cómo van a ser 20.000 pesetas? Eso es una barbaridad.

—Pues eso es lo que me ha dicho.

En 1986, entre las pocas pelis que podían competir con lo que ofrecían los cómics estaban las de *La guerra de las galaxias* y cualquier cosa que hubiera hecho Steven Spielberg, sobre todo *En busca del arca perdida*. Los dos mundos estaban hermanados, no sólo porque John Williams les pusiera la música a ambos o porque Harrison Ford interpretara nada menos que a sus principales héroes, Han Solo e Indiana Jones, sino porque en nuestra cabeza formaban un todo, como si cualquier tarde Luke Skywalker fuera a perderse en un planeta lleno de ETs o Indy descubriera el día menos pensado un AT-AT enterrado en Egipto. Marvel publicaba tanto los tebeos de *La guerra de las galaxias* como los de *Indiana Jones*. Ahí teníamos un encuentro pendiente de contar, pero que en nuestra cabeza ya había ocurrido.

Y luego había otras películas que las hubiéramos quemado al amanecer. Las había que prometían el cielo, con carátulas llenas de monstruos y títulos sugerentes, y luego engañaban miserablemente, hundiendo nuestras esperanzas. ¿*Tiburón II*? ¡Con lo que molaba la primera! Poco a poco, nos dimos cuenta de que necesitábamos tragarnos como mínimo cinco películas malas para descubrir una que de verdad nos gustara y, cuanto peor fueran las que hubiéramos visto ese fin de semana, con más fervor regresábamos sobre los cómics. Vale, eran de papel, no se movían. Pero no había trampa ni cartón. Las naves surcaban de verdad la galaxia. Spiderman de verdad se balanceaba por Nueva York. Mister Fantástico de verdad se estiraba. Nada de eso, o casi nada que fuera remotamente equivalente, podías encontrar en las pelis.

Cuanto más tiempo pasábamos con Alfredo, más nos abríamos Justo y yo a cómics que en la vida hubiéramos tocado. En aquella época, él estaba loco por Richard Corben, un tipo que dibujaba tías con tetas enormes y dinosaurios. Fue lo segundo lo que me abrió los ojos como platos cuando me enseñó *Mundo mutante*, un libro en el que el título era más pequeño que el nombre del autor. Otra cosa que nunca esperaba encontrarme, a no ser que fuera algo de Julio Verne o parecido.

—Este tío se lo merece.

El dibujo de Corben conseguía impresionarme. Pero sus cómics no me enganchaban. Podía leerlos, disfrutarlos y olvidarme inmediatamente después de ellos. Eran buenos, incluso muy buenos, pero no los sentía como míos. El ejercicio de inmersión en los gustos ajenos tenía dirección de ida y vuelta. Alfredo no quería saber nada de los tebeos modernos de *Spiderman* o *Los Vengadores*, pero se enganchó, y de qué manera, al *Daredevil* de Frank Miller, al *Thor* de Walter Simonson, a *Los 4 Fantásticos* de Byrne («¡Son mejores que los de Kirby!», se atrevía a proclamar, entusiasmado) y, por encima de todas las cosas, a *La Patrulla-X* de Chris Claremont. Mientras que Justo lo quería saber todo de *Los Vengadores* y había empezado una febril búsqueda de números atrasados de *Iron Man* y *Capitán América*, sólo porque ambos pertenecían al grupo, mis entusiasmos estaban con los mutantes. Era el mejor cómic que pudiera existir, así de sencillo.

En la colección heredada de Alfredo había algunos libritos de Vértice protagonizados por La Patrulla-X original. Me los dejó y salté sobre ellos como quien descubre las Tablas de la Ley pero, nada más leerlos, me di cuenta de que algo no funcionaba: no eran como los tebeos que escribía Claremont. De hecho, eran bastante malos, con una organización llamada Factor 3 intentando hacer la vida imposible a los mutantes, pero no porque los odiara ni nada por el estilo. En realidad, no estaba claro ni siquiera por qué. El dibujo tampoco era gran cosa, y el que las viñetas estuvieran alteradas para encajar dos por página tampoco servía de mucho. Me di cuenta entonces de que, en el episodio del funeral de Fénix, Claremont me había engañado: en esa historia, Cíclope recordaba su pasado en La Patrulla-X, uniendo las aventuras del viejo grupo con las del nuevo, que eran las que había escrito él. Leyendo tan enorme flashback, se apoderaba de ti el convencimiento de que todas las

historias tenían que estar al mismo nivel de profundidad y drama que las de Claremont, incluidas las antiguas. Pero no era así. Acababa de descubrir que no era así.

Cada vez se volvió más evidente que La Patrulla-X que nos interesaba, la que teníamos que tener completa al precio que fuera era la nueva, la de la «Segunda Génesis», la de Chris Claremont como guionista y Dave Cockrum primero y John Byrne después como dibujantes. Y ahí teníamos una asignatura pendiente. Forum tan sólo había publicado el final de aquella época dorada. Nos faltaban todos los demás episodios: desde el n.º 20 al n.º 35 del volumen 3 de Vértice, salvo el n.º 31 y el 32, que eran los dos que había podido conseguir por mi cuenta, y los seis números a color que había llegado a publicar Surco antes de perder los derechos en favor de Forum. El primero lo encontró Justo, con la portada arrancada, en una librería de viejo. Lo compró por 30 pesetas y se lo cambió a Alfredo por uno de *Los Vengadores*, también de Vértice, que a él no le gustaba. Daba igual que faltara la cubierta... ¡la historia era alucinante, muy del estilo de los dos que ya teníamos en blanco y negro! Era el final del combate con Proteo sobre el que habíamos leído en el flashback del funeral, pero que no habíamos llegado a disfrutar en toda su grandeza. Claremont nunca había escrito mejor, y Byrne nunca había dibujado mejor. Cada nueva página tenía una nueva sorpresa pero, si me hubieran pedido que me quedara con una, ésa era sin duda la paliza entre Cíclope y Lobezno. Había visto a superhéroes pelearse en multitud de ocasiones. Que si Thor contra Hulk, que si Hulk contra La Cosa, que si la propia Patrulla-X contra Spiderman en el tercer número de *Secret Wars*... pero aquello era distinto. Aquellos dos de verdad parecía que se odiaban y de verdad parecía que quisieran matarse, por mucho que luego dijera Cíclope que era un montaje para que todos se recuperaran de la batalla con el villano y por mucho que Lobezno dijera luego que Cíclope era un buen jefe y hasta un buen hombre.

—¿No te has fijado en esto? Esto es mejor todavía.

Alfredo se había flipado con la escena que venía a continuación de la pelea. Había una chica gordita a la que se le había pinchado la rueda del coche. Se acercaba un policía para ayudarla, pero entonces resultaba ser Proteo, que poseía su cuerpo. En otras historias ya había visto a villanos capaces de meterse dentro de otra persona. Pero Proteo era distinto, porque cuando lo hacía... La persona moría. No había marcha atrás. Y Claremont se aseguraba de que lo tuvieras claro: «Antes de que ella sepa siquiera lo que está pasando, Jennie Banks está muerta. Su cuerpo es sólo una envoltura hueca que Proteo posee, quitándose el cuerpo anterior como si fuera una chaqueta».

—Esto es la hostia. En dos viñetas consigue que te encariñes con ella. Y, a la tercera, la mata.

Me acordé de lo que había pasado con una chica del colegio a la que no conocía ni nada. Tenía mi edad, pero la habían puesto dos cursos por debajo del mío porque decían que era retrasada y que no aprendía nada. Se llamaba Beatriz y era muy alta y

muy grande, con unas gafas que la hacían mayor. Nadie quería acercarse a ella en el recreo y a mí me daba un poco de miedo. A Beatriz no la mató ningún villano, pero un día había salido a dar un paseo y por la noche sus padres se fueron a la Guardia Civil porque no volvía. Estuvieron varios días buscándola por el canal, que fue el último sitio donde la habían visto casi de noche. Nunca la encontraron, pero unos meses después un viejo que estaba de paseo vio allí unos pantalones y un jersey llenos de barro y hierba, los llevó al cuartelillo y los padres dijeron que eran los que ella llevaba ese día. Salió en los periódicos y lo mismo te acuerdas. Cuando a mí me contaron lo de la ropa me quedé hecho polvo, no sé muy bien por qué. Nunca había cruzado ni dos palabras con ella, aunque a lo mejor me sentía mal por eso mismo. Miré el dibujo de Jennie Banks y me vino todo aquello a la cabeza, como si Beatriz se hubiera encontrado con Proteo. Como si ahí afuera hubiera villanos de verdad, sueltos. Sabía que no existían ni Ultrón ni el Doctor Octopus ni Galactus. Pero había gente como Proteo. Daba miedo, pero también una profunda necesidad de leer los siguientes números.

Y ahí teníamos un problema: nos faltaban los cinco números que venían después. Y era un problema grave porque, según descubrimos por el Correo de Lectores del Profesor Loki, el sexto era muy difícil de conseguir. Al ser el último que sacaría Vértice, la tirada había sido más pequeña de lo normal y sólo se había distribuido en Grandes Capitales. Nuestro pueblo no estaba entre ellas. Un día, alguien nos dijo que tenía un libro de La Patrulla-X donde salía la Fénix Oscura esa. Estaba claro: era lo que buscábamos, fuimos a su casa, a ver la mercancía, dispuestos a ofrecerle lo que tuviéramos y lo que no tuviéramos con tal de que nos lo vendiera. Y era cierto, tenía un libro con La Patrulla-X de Surco. O, mejor dicho: un retapado. Aquello ya lo habíamos visto, aunque sólo en Forum: consistía en cinco números correlativos de una colección a los que le ponían un cartón alrededor como si fueran las tapas del libro y que vendían más barato al año o así de haber salido los tebeos. Un buen método para recuperar cómics que no te hubieras comprado en su momento. Así fue como estaba completando algunas colecciones de Forum, ya que me faltaban las primeras entregas. Por 250 pesetas, la mitad de lo que valían los cinco tebeos que estaban allí recopilados, te lo llevabas a casa. Otro gasto más. Había quien sólo coleccionaba retapados, porque eran más baratos y quedaban más bonitos en la estantería. Y había quien, después de haber descubierto los retapados, quiso encuadernar su colección de tebeos. Pero de eso hablaremos más tarde.

Aquel retapado de Surco tenía cinco números de La Patrulla-X, incluido el que ya habíamos conseguido. Pero seguía faltando el último. Bueno, al menos ya estábamos más cerca de él. Alfredo acababa de cobrar y le hizo una oferta que no podía rechazar.

—Mil pesetas. Te doy mil pesetas por el libro.

Los meses siguientes tendría que irle devolviendo la mitad de esas mil pesetas. Se me hizo un nudo en la garganta. Iba a ser horrible. Pero no importaba: si el chaval nos

hubiera dicho que nos lo cambiaba por un riñon de cada uno, se lo hubiéramos dado igual. ¡Era «La saga de Fénix»! El retapado primero se lo llevó Alfredo, que por algo era el mayor y quien había puesto las mil pesetas. Cuando lo terminó de leer por cuarta vez en dos días, me tocó a mí. Luego pasó por manos de Justo, que nos tuvo que reconocer que aquellos tebeos eran buenos, muy buenos. Por lo menos tan buenos como «*La saga de Wundagore*» de *Los Vengadores*, que también la dibujaba Byrne. Finalmente, el tebeo se quedó en casa de Alfredo porque era donde estaba a salvo de madres con afán limpiador. Nuestra pesadilla seguía estando en la última página del tomo, en lo que estaba escrito allí:

**PRÓXIMO: ¡FINAL DE UN RELATO ÉPICO - UNA OBRA MAESTRA DE 35 PÁGINAS!**

## **El DESTINO de FÉNIX**

El *Patrulla-X* n.º 6 de Surco. La meca inalcanzable, el tebeo de nuestros sueños. Sabíamos que existía, pero nunca lo habíamos visto ni conocíamos a nadie que lo hubiera visto. Todavía echo de menos aquellos días de eterna búsqueda en los que llegamos a pensar que jamás llegaríamos a leer la muerte de Fénix. No sabía entonces que buscarla era mejor incluso que leerla. Y leerla, te lo aseguro, iba a ser algo alucinante.

Nos habíamos plantado en abril cuando un día cualquiera Roberto Garzón, el niño pijo del colegio que había crecido para convertirse en el niño pijo del instituto, vino un día a clase con algo que nos haría querer ser sus mejores amigos.

—Mirad lo que tengo.

No dábamos crédito. Era el *Extra Superhéroes* de *Lobezno*. Casi se lo arranqué de las manos y empecé a hojearlo con mucho cuidado, no sólo por la mirada escrutadora de Roberto, sino también porque tenía entre mis dedos una pieza de coleccionista, un texto sagrado, una obra maestra que todavía no había llegado a saborear, pero que por fin estaba a mi alcance.

—Y tengo cuatro más. El de Ojo de Halcón, el de *Patrulla-X* y *Micronautas*, el de...

Roberto empezó a contarnos la historia más alucinante que había oído nunca. Más que la multiplicación de los panes y los peces. Cuando acabó, estábamos tan alucinados que sólo pudimos decir una cosa:

—Esto lo tiene que saber Alfredo.

Así que nos apañamos para convencer a Roberto de que se viniera con nosotros hasta detrás de la casa de cultura, a medio camino entre el instituto y la emisora, donde quedábamos a veces con Alfredo porque cerca había unos futbolines con máquinas recreativas.

—No te asustes, chaval, que no muerdo a nadie. ¿Quieres un porrino?

—No, no, yo no fumo.

—Anda, Roberto, cuéntale lo mismo que nos has contado a nosotros.

Y Roberto volvió a narrar su peripecia, esta vez todavía con más detalles, probablemente consciente de que nos tenía fascinados, de que había conseguido captar la atención de dos personas que hasta entonces casi ni se habían fijado en que existía. Él tampoco era muy bueno haciendo amigos y si antes no se había acercado a nosotros era porque su padre le decía siempre que no se juntara con según que chicos.

Todo había empezado dos días atrás, el sábado. La tita Angelines, la hermana de la madre de Roberto, estaba de visita en casa y se empeñó en llevarse al chaval a Pinilla porque quería regalarle dos jerseys por su cumpleaños, que había sido la semana pasada. Ya sabrás, por el chiste de Gila, que un jersey es lo que se ponen los niños cuando las madres tienen frío. Daba igual que empezara a hacer un calor de padre y muy señor mío, porque había una tienda que tenía unas rebajas de jerseys estupendas, mucho mejores que las del pueblo, donde iba a parar, y no podían perderselo, que esperar al invierno sería tirar el dinero. A Roberto los jerseys le daban igual, pero la mujer insistió tanto que a su madre también le acabó pareciendo muy bien, y él lo vio como una oportunidad de gastarse las mil pesetas que le había dado su abuelo, aunque no supiera muy bien en qué. Si esa ciudad era tan genial y maravillosa como decía la tita Angelines, algo encontraría que le gustara.

Saltamos ahora en el tiempo, porque nos da igual que Roberto fuera a aquella tienda y su tía le comprara los jerseys. Él nos lo contó con mucho detalle, pero es algo que ahora da igual. Lo importante vino cuando salió de la tienda y la tita comentó que, ya que estaban ahí, podían acercarse a saludar a su amiga Merceditas, que trabajaba en una droguería que estaba allí cerca.

—Mira, si quieres te puedes quedar mirando los puestos de libros del paseo del parque, que ya están puestos y tienen cosas muy baratas.

Y para allá que se fue. No esperaba encontrar gran cosa, sólo hacer tiempo hasta que volviera la tía, pero estaba muy equivocado. En uno de los puestos tenían sólo tebeos. Junto a los ya habituales saldos de Vértice y retapados de Forum había algo más. Montañas de la Colección *Extra Superhéroes* y de *Novelas Gráficas Marvel*, ambas en oferta. Cada *Extra Superhéroes* costaba 150 pesetas (cien menos que el precio habitual). Pero, si te llevabas cuatro, sólo eran 500 pesetas. Las *Novelas Gráficas* estaban a 250 pesetas (¡Más de la mitad por debajo del precio de salida!) pero, si te llevabas tres, se ponían en 600 pesetas. Roberto se puso a sudar de inmediato porque se acordó de lo que tenía en su bolsillo, que de repente estaba caliente, al rojo vivo: las 1000 pesetas de su abuelo. Si se gastaba parte de esas 1000 pesetas en un libro de verdad, seguro que sus padres estarían muy satisfechos. Si en cambio las tiraba a la basura para comprarse tebeos, seguro que lo castigarían. Pero eso ya lo arreglaría cuando llegara el momento. No podía dejar de mirar las portadas y los títulos. Debían estar casi todos, los doce *Extra Superhéroes* que había publicado forum antes de darse cuenta de que no era capaz de venderlos, que en los quioscos sólo le funcionaban las grapas de 100 pesetas como mucho. En el montón se encontró

con *El Hombre Máquina*, *La Visión* y *La Bruja Escarlata*, *Namor*, *Ojo de Halcón*, *Capa y Puñal*, *La Sota de Corazones*, *Los Vengadores Costa Oeste*...

—¿Cuántos quedaban de ése?

—No sé. Yo sólo me llevé uno.

—Justo, no interrumpas, déjalo que acabe.

Entre las *Novelas Gráficas* estaban todos esos títulos que no nos interesaban lo más mínimo: *Elric*, *Killraven*, *Superboxers*... pero también las dos que deseábamos por encima de todo: *X-Men* (La Patrulla-X): *Dios Ama*, *el Hombre Mata* y *La muerte del Capitán Marvel*.

Roberto había hecho cuentas y con las 1000 pesetas que tenía en el bolsillo podía llevarse cuatro *Extra Superhéroes* y dos *Novelas Gráficas*, o tres *Novelas Gráficas* y dos *Extra Superhéroes*. Maldita sea, porque podía haber abierto la hucha y haber cogido cien pesetas más. Si lo hubiera hecho, podría acceder a ambas ofertas y quedarse con cuatro *Extra Superhéroes* por 500 pesetas y tres *Novelas Gráficas* por 600. No había tiempo para torturarse por lo que pudiera haber sido, porque la tita podía volver de la droguería de su amiga Mercedes en cualquier momento. Pero no lo hizo, porque Mercedes y la tita eran dos cotillas de cuidado y tenían muchas cosas que contarse.

—Bueno, ¿te decides o qué?

Empezó a insistir el tendero. Y Roberto lo tenía difícil. Había cuatro *Extra Superhéroes* que le interesaban: *Ojo de Halcón*, *La Patrulla-X* y *Los Micronautas*, *Los Vengadores Costa Oeste* y, por supuesto, *Lobezno*. Entre las *Novelas Gráficas*, había otras tres que le llamaban la atención: las dos imprescindibles, pero también *Piratas del espacio*.

—No sabéis lo que molan. Son Piratas. Y van por el espacio.

Sacó las 1000 pesetas y se quedó mirándolas, esperando encontrar allí la respuesta, ¿cuál se quedaba en tierra? ¿Cuál?

—¿Te vas a gastar 1000 pesetas?

—Creo que sí.

—A ver qué tienes aquí... cuatro de éstos, tres de éstos... son... 1100 pesetas... Mira, si te lo llevas todo, te lo dejo en 1000 pesetas.

No se lo creía. No podía ser posible. Le puso el billete en las manos antes de que se arrepintiera. El hombre del puesto cogió una bolsa y metió allí aquel tesoro que Roberto había comprado a cambio de un retrato de Don Benito Pérez Galdós, fuera quien fuera aquel señor. Ahora llegaba la parte más complicada: ocultar la mercancía a los ojos de la tita Angelines. No tenía la mochila del colegio, así que no podía meterla allí. El sentimiento de ser un idiota volvió a aparecer. ¿Por qué no podía habérsela llevado? La tita se iba a dar cuenta de que, donde antes había una bolsa, ahora había otra más.

Y allí estaba la respuesta. En la bolsa de Domingo Viste con los dos jerseys de lana de cuello alto, que no se pondría hasta varios meses después, cuando ya

estuvieran pasados de moda. Abultaban tanto que nadie notaría unos pocos tebeos entre sus pliegues. Colorado como un tomate ante la perspectiva de que lo descubrieran, Roberto llevó a cabo la operación con éxito. Siguió mirando, como quien no quiere la cosa, antes de que apareciera la tía Angelines.

—Hay que ver lo loca que está Merceditas. Anda, Roberto, vámonos a tomar algo, que te compro un bollo.

Roberto todavía tuvo que ocultar su tesoro una vez llegó a casa, porque su madre se daría cuenta de inmediato de que había siete cómics más en su colección, y encima de los caros. Antes de que la tita pudiera cogerle la bolsa con los jerseys y descubrir la sobrecarga, había corrido al servicio y había escondido los tebeos en un armario. Por la noche se había quedado despierto, esperando que todo el mundo se fuera a la cama. Sólo entonces se atrevió a volver al lugar del crimen, recuperar las pruebas del delito y trasladarlas hasta un altillo de su habitación, desde donde las sacaría poco a poco para leerlas a escondidas y darnos mucha envidia a nosotros tres.

—Nos dejarás alguno, ¿verdad?

Justo había puesto su cara suplicante. Cada vez que la ponía, te entraban ganas de darle lo que necesitara. Yo me hubiera unido a él para entonar un dueto de súplicas y hubiera animado a Alfredo a que se apuntara también, pero él llevaba un rato con la mente ausente, como si no hubiera escuchado la parte final de la historia de Roberto. ¿Es que no tienes sangre en las venas?, estaba a punto de preguntarle. Pero él se adelantó.

—Todavía no me han pagado este mes, pero me sobran mil pelus. ¿Cuánto tenéis vosotros?

—Eh... creo que me quedan trescientas pesetas del cumpleaños.

—Y yo puedo intentar pedir algo en casa, pero no sé si me harán caso.

De momento, parecía suficiente.

—Vale, vosotros conseguid toda la pasta que podáis encontrar. Si hace falta, romped la hucha de la Primera Comunión. Yo voy a ver cómo me las apañó para que me dejen la furgoneta de la emisora.

—¿La furgoneta? ¿Tú sabes conducir? ¡Pero si no tienes todavía 18 años! ¿Y para qué quieres la furgoneta?

—Mañana por la mañana nos vamos a Pinilla.

Era lo más atrevido e ilegal que había hecho en mi vida. Saltarme un día de clase. Me acordaba de que, un par de años atrás, en el colegio, me quedé en casa una tarde, pero aquello era distinto. En la Primera Cadena se les ocurrió poner una película de Tarzán a las cuatro de la tarde, a la hora a la que supuestamente entrábamos. Llevaban anunciándola desde dos semanas atrás, así que todo el colegio sabía que iban a poner la película. Hasta entonces, las películas de Tarzán, las buenas, las que había hecho Johnny Weissmüller, solían ponerlas los sábados o los domingos por la tarde, después de los dibujos animados, pero nunca entre semana. ¿Es que se habían vuelto locos? Además, era nada menos que Tarzán y su compañera. Nadie se la podía

perder. Los profesores debieron vernos tan entusiasmados que ni entraron a discutir el tema. Todos daban por hecho que ese día no habría clase por la tarde, así que Don Sebastián, que era nuestro tutor, nos lo dejó muy claro:

—Mañana os podéis quedar en casa viendo Tarzán. Si alguien quiere venir, yo estaré aquí, aunque no daremos clase.

Y así fue como tuvimos medio día de colegio libre porque a un programador de la Primera Cadena se le ocurrió poner una determinada película a la hora en que los niños estaban en clase. No me hubiera sorprendido que la escena se repitiera en toda España.

Pero esto era distinto.

Íbamos a hacer pellas. Con todas las letras. No lo sabrían los profesores. No lo sabrían nuestros padres. Tendríamos, por tanto, que falsificar un justificante.

—En eso no se va a fijar nadie. Vas a ver como os lo preparo yo y ni se coscan.

Y además para el mismo día, a la misma hora, de dos chavales que estaban todo el rato juntos. Bueno, en realidad tres.

—¿Puedo ir con vosotros? Creo que quiero comprar algunos más.

Ese era Roberto que, a fuerza de contarnos sus aventuras clandestinas, se había flipado tanto como nosotros. Es curioso: hasta entonces, nos parecía un idiota vestido de mamarracho, siempre con las cosas caras que no llevábamos ningún otro. Que si los estuches de diseño, que si la mochila último modelo, que si las zapatillas de tal, que si el chándal de cual. Pero, después de pasar una tarde con nosotros, todo aquello estaba olvidado. Ya era uno más del grupo. Entre todos, rompiendo huchas de cerdito que estaban llenas de duros y pesetas y hasta rebuscando debajo de los sofás, conseguimos juntar 2400 pesetas. Hicimos un cálculo previo de que con eso podíamos comprar todos los *Extra Superhéroes*, y todavía nos sobrarían 600 pesetas para tres *Novelas Gráficas*. Pero era más complicado de lo que parecía: ¿en casa de quién se quedarían los tebeos? Estábamos de acuerdo en que fueran cómics itinerantes, que pasaran por las manos de los cuatro antes de volver al primero, y así sucesivamente. «Todo es de todos», decía Alfredo, con toda la legitimidad que le daba haber sido el que más dinero invirtiera en nuestra particular sociedad limitada. Y tan limitada. Sin embargo, Justo quería el *Extra Superhéroes* de *Los Vengadores Costa Oeste* para él. Nos lo dejaría cuando se lo pidiéramos, pero necesitaba tenerlo en su estantería, y lo mismo para *La muerte del Capitán Marvel*. En la ficha que venía en las páginas centrales de *Los Vengadores* n.º 2 decían que el Capitán Marvel era miembro del grupo. A título póstumo, pero miembro en definitiva.

—Vale, pero entonces yo quiero el de *Patrulla-X* y *Los Micronautas* y *Dios Ama*, *El Hombre Mata*.

Roberto estaba de acuerdo, porque él ya tenía todos esos y sólo estaba interesado en los que le faltaban, aunque la propiedad de los mismos fuera a ser compartida. Es más, dado que los que él había comprado tenían que permanecer ocultos, propuso incluirlos en el trato: hasta que encontrara la manera de colarlos abiertamente en su

casa, podríamos tenerlos nosotros. A Alfredo le daba igual no quedarse propiamente con ninguno, pero por eso mismo, y por las mil pelotas que había incorporado al bote común, establecimos que su casa era el territorio de nadie: donde podíamos dejarlos después de leerlos y hasta que los reclamara el siguiente. Sabiendo todo eso, y teniendo en cuenta los que ya tenía Roberto en su casa y los dos que le habían regalado a Justo, decidimos hacer una lista con todo lo que queríamos comprar. Saqué una libreta y empecé a apuntar:

### EXTRA SUPERHÉROES

La Patrulla-X y los Micronautas (para mí)  
Los Vengadores Costa Oeste (para Justo)  
Hércules  
Capa y Puñal  
Jack, la Sota de Corazones  
Magik  
El Hombre Máquina  
La bella y la bestia

—¿Seguro que queremos ése?

—Tú apúntalo y, si luego hay que quitar uno, lo quitamos.

### NOVELAS GRÁFICAS MARVEL

X-Men: Dios Ama El Hombre Mata (para mí)  
La muerte del Capitán Marvel (para Justo)  
Elric: La ciudad de los sueños  
Super Boxers  
Killraven  
El Estandarte del Cuervo

Ocho *Extra Superhéroes* y seis *Novelas Gráficas*. En total, 2,200 pesetas. Todavía nos sobraban doscientas. Todo encajaba.

Alfredo estaba muy seguro de sus dotes de falsificador de firmas paternas, pero el único problema no era ése. El verdadero problema, de hecho, consistía en que nos íbamos a meter con él en una furgoneta prestada e íbamos a irnos a un pueblo que estaba a cuarenta kilómetros, donde podríamos encontrarnos con algún conocido que nos preguntara cómo habíamos llegado hasta allí, por no hablar de que Alfredo no tenía carnet de conducir, por mucho que nos dijera que su padre lo había enseñado cuando tenía doce años y de vez en cuando ayudaba a los de la emisora a recoger paquetes. Se sabía la furgoneta como si la llevara todos los días y como era tan alto tenía pinta de mayor. Para nosotros, era como si nos montáramos en el Pájaro Negro

de La Patrulla-X. ¿Qué podía salir mal?

Al día siguiente, madrugamos como cualquier otro día y nos pusimos en marcha hacia el colegio con nuestras mochilas. Sólo que estaban vacías, preparadas para acoger los frutos de nuestra escapada. A las ocho y media de la mañana, la hora en que estaría empezando la clase de Historia de la Literatura, Justo, Roberto y un servidor estábamos detrás de la casa de cultura. A los diez minutos, se presentó Alfredo con la furgoneta. Me esperaba algo parecido a la del Equipo A, una serie que no me perdía nunca, por mucho que no le perdonara que fuera la que había sustituido a V. Pero no tenía nada que ver ni en el color (era blanca) ni en el tamaño (era bastante más pequeña) ni en la marca (una Renault un poco vieja). Tampoco se parecía a la nave de La Patrulla-X.

Antes de las nueve, estábamos en marcha y en tres cuartos de hora habíamos llegado al sitio, sólo para encontrarnos algo que no hubiera sido difícil prever: los puestos todavía estaban cerrados, con una tabla recubriendo los expositores. Tuvimos que esperar hasta las diez de la mañana, mientras las prisas y las dudas se acumulaban. A lo mejor ya había vendido los mejores. A lo mejor había retirado la oferta, porque se había dado cuenta de que era demasiado buena. O a lo mejor aquel puesto ya no estaba en la feria. Entre las pellas, el traqueteo de la Renault cochambrosa y los nervios ante la opción de que algo saliera mal, Justo acabó echando la pota en medio del parque. Se puso rojo como un tomate mientras le caían unos lagrimones, no sé si provocados por el vómito o por la vergüenza que le daba sentirse el eslabón más débil del equipo. Pero la anécdota quedó en el olvido en cuanto fue él mismo quien vio que estaban abriendo los puestos. Era muy temprano para que hubiera demasiada gente en el paseo, salvo por algunos jubilados. La mayoría se habría acostado tarde porque el pueblo estaba en fiestas patronales. Así que fuimos los primeros que nos plantamos en la caseta de los cómics.

—Hombre, tú otra vez por aquí.

—¡Y he traído a algunos amigos!

Estaba TODO lo que habíamos apuntado en la lista. No nos lo creíamos. Por si fuera poco, el tendero nos regaló un ejemplar de La Visión y La Bruja Escarlata.

—Pero si ya lo tenemos —saltó Justo.

—Cállate, que ya se nos ocurrirá algo —le dije yo.

No eran ni las diez y media de la mañana y ya estábamos de vuelta en la furgoneta. Yo iba delante, con Alfredo, mientras que Justo y Roberto se habían quedado en el asiento de atrás. Nos íbamos pasando los tebeos entre los tres y estábamos especialmente flipados con el de Hércules. ¡Salía Galactus, el Devorador de Mundos! ¡Y encima Hércules lo emborrachaba! No veía la hora de leerlo.

—Coño, enséñame eso.

La mirada de Alfredo pasó no más de tres segundos por aquella sorprendente imagen de Galactus quitándose el casco (¿Ése es Galactus? ¿Con esos pelos?), tomándose una copa con el León del Olimpo y partiéndose el culo a su costa. Pero

fue suficiente para que dejara de fijarse en la carretera y se diera cuenta de que estaba demasiado cerca del camión lleno de troncos que iba delante de nosotros. Mientras yo pegaba un grito, Alfredo empezó a frenar con la intención de separarse del camión, pero no fue suficiente. Oímos un *crack* que nos pareció estruendoso, aunque no era para tanto. La parte delantera de la furgoneta había chocado con la trasera del camión, lo que provocó que un par de troncos de los que transportaba empezaran a resbalarse. Un volantazo a la derecha y conseguimos esquivarlos, pero nos fuimos contra la cuneta, donde por fin se detuvo la Renault.

—La hostia puta, ¿estáis bien?

—¡Estoy bien, estoy bien!

—Y ahí atrás.

—Sí, sí, estamos bien.

—Y los tebeos están a salvo.

Para cuando comprobamos que, a diferencia de la furgoneta no teníamos ni un rasguño, había un tío muy enfadado y muy rojo pegando golpes al cristal de la ventanilla.

—¡Mecagontó, me habéis jodido el camión, niñatos de mierda!

Nos miramos entre nosotros y no sabíamos qué hacer. Al conductor le daba igual cómo estuviéramos. Sólo le importaba el camión.

—Ya salgo yo, quedaros aquí.

Alfredo se puso a discutir con él mientras nosotros esperábamos dentro. Justo cogió los tebeos y los escondió debajo del asiento del conductor. No se nos ocurrió hacer otra cosa mientras que aquel hombre, con un barrigón gigantesco, una camisa a cuadros y un pantalón vaquero lleno de manchas de grasa no dejaba de gritar a nuestro amigo.

—Bueno, ya vale, ¿no?

Era Roberto. Había salido del coche sin que Justo o yo mismo nos diéramos cuenta y estaba tratando de calmar al tipo.

—A que todavía te pego una hostia, niñato.

Parecía que la cosa no podía ponerse peor. Hasta que se puso: apareció un coche de la Guardia Civil. Durante las fiestas del pueblo, tenían órdenes de que estuvieran atentos porque había más borrachos al volante que de costumbre. Lo que no esperaban encontrarse era cuatro adolescentes que habían ido a comprar tebeos. Los guardias civiles sí consiguieron que el camionero se tranquilizase y dejara de amenazarnos. El problema vino cuando le pidió el carnet de conducir a Alfredo.

—Me lo debo haber dejado en casa.

No coló, claro. Y así fue como los cuatro acabamos en el cuartelillo y nuestros padres se enteraron de nuestra pequeña aventura.

—¡Qué vergüenza! ¡Que me tengan que llamar de la Guardia Civil para recogerte! A casa ahora mismo, y ya hablaremos.

Esto, y variantes de esto, fue lo que nos dijeron a cada uno. La gran diferencia

estaba en si la frase incluía tortazo o no. La mía lo tuvo. La de Justo también. La de Roberto, no. Luego me enteré de que se lo habían reservado para cuando llegara a su casa. Y que fue mucho mayor que las que nos dieron a nosotros.

A Alfredo no lo vino a recoger su abuela. Prefirió que no se enterara de nada, pero los agentes dieron con el dueño de la furgoneta, que también era el dueño de Radio Centro, y apareció a las pocas horas. Alfredo estaba despedido y además no cobraría el último mes: ese dinero se lo guardaba el dueño para arreglar la Renault. La Guardia Civil lo tuvo un par de días en el cuartelillo, pero acabó soltándolo sólo con una multa por conducir sin carnet. Sabían que Alfredo era el único familiar al cuidado de una señora mayor a la que todo el mundo conocía en el pueblo.

—Vete a tu casa. Bastante tendrá ella contigo para que encima vayas a juicio.

Quedaba un mes para los exámenes finales y a los tres que estudiábamos nos castigaron sin salir. Nuestros padres debieron hablar entre ellos y se pusieron de acuerdo en algunas cuantas cosas, todas malas noticias para nosotros. Ya andaban lo suficientemente moscas con el trajín que nos traíamos, de tebeos para aquí, tebeos para allá, y estaban convencidos de que suspenderíamos unas cuantas. Nada mejor que cortar por lo sano. Nada de tebeos hasta el verano y, si queríamos volver a leerlos, teníamos que aprobarlas todas.

Era julio, a diez días para que nos fuéramos a la playa. Estaba estudiando, o tratando de hacerlo, cuando Alfredo llamó al timbre. Mi arresto domiciliario ya se había relajado y había pasado a régimen abierto, con su toque de queda. Pero no había vuelto a verle desde entonces.

—Vengo a traerte esto.

Dentro de la bolsa estaban todos los *Extra Superhéroes* y las *Novelas Gráficas* que habíamos comprado aquel día. Las había conseguido rescatar de debajo del asiento del piloto de la Renault, que estaba en el taller.

—Pero tío, quedamos que las dejábamos en tu casa... Menos estos dos, que son míos.

—Mejor que te los quedes tú. Estoy sin curro y no creo que consiga nada nuevo en breve.

—¿Y eso qué más da? Ya te saldrá algo.

Alfredo resopló.

—No lo entiendes, macho. Iba a pedir una prórroga de la mili pero, si no tengo curro, no puedo hacerlo.

—Joder.

—Sí.

—¿Tú no quieres ir a la mili, verdad?

—Ni putas ganas tengo.

No podía sacarme de la cabeza que, si no hubiéramos ido a por los tebeos, nada de eso habría pasado. Pero no llegué a decírselo, porque la idea había sido suya. A lo mejor tenían razón nuestros padres, que debíamos de dejarnos de tanta tontería y leer

libros de verdad.

—Dame tu dirección, ¿vale?

Alfredo quedó en escribirme desde la mili. Y yo en contestarle. Estaba convencido de que ninguno de los dos lo haríamos. Que probablemente a su vuelta ni nos acordaríamos el uno del otro. Me equivocaba. En el año largo que estuvo en Cuatro Vientos, debimos mandarnos diez cartas como mínimo. Al principio, éramos sólo él y yo, pero luego Justo y Roberto también se apuntaron a la correspondencia. Era mejor que escribir al Doctor Átomos o al Profesor Loki. Aquello no sólo estaba lejos de acabar. No había hecho sino empezar.

## 2012

A Sonia y al nene les daban el desayuno a las ocho de la mañana, por lo que suponía que ya estarían despiertos. No sabía qué hacer. Típica situación arácnida. Tía May ha tenido un infarto y está en el hospital al borde de la muerte, pero al mismo tiempo ha aparecido mi nuevo Duende Verde en la ciudad. La familia frente al deber. El eterno dilema de Peter Parker. *The Amazing Spiderman* n.º 178. Mierda, ni siquiera era un buen tebeo.

—Pero si yo estoy estupendamente, y éste se pasa todo el día mamando y durmiendo. No seas tonto, vete.

—Puedo explicarlo. Seguro que lo entienden.

—No, déjate de explicaciones y de escaquearte. Tienes que ir al entierro. Era tu amigo. Sólo van a ser dos días, y aquí tengo ayuda de sobra.

—¿Dónde está tu madre ahora?

—Desayunando, en el bar del hospital.

—Me va a poner fino cuando se entere.

—No, no va a decir nada. Estas cosas pasan. Vete.

Y me fui. Primero a casa, a coger un par de mudas, un traje para el funeral y algo de lectura para por la noche. En la última escapada que había tenido a la librería especializada, antes de que Sonia estuviera en riesgo permanente de ponerse de parto en cualquier momento, me había traído algunas piezas interesantes, entre ellas el segundo tocho de *The Ultimates*. Tebeos cojonudos, muchas páginas, dibujazos alucinantes y con mucho diálogo. Perfecto para los posibles ratos en blanco que se pudieran presentar y sin riesgo a que se acabara antes de tiempo. Allá que fue.

Estaba saliendo por la puerta cuando sonó el móvil.

—¿Vas a venir al final?

Era Justo Manuel. Iba a llamarlo antes de ponerme en marcha para confirmar mi asistencia, pero con todo el jaleo de ir y volver al hospital se me había olvidado por completo.

—Sí, me pongo ahora de camino. En dos horas estaré allí.

—Yo llegaré por la tarde, que el bus no pasa hasta las seis.

—¿Vas en bus?

—No me queda otra. El coche de mi madre está en el taller.

—Coño, no, espera. Paso por tu casa y te recojo. Si es un desvío de veinte kilómetros. Y así saludo a Aurora, que hace mucho que no la veo.

Justo Manuel vivía en la que había sido casa de su abuela y a la que se había mudado con su madre, en un pueblo que estaba cerca del nuestro. Después de terminar la carrera, consiguió plaza de administrativo en el Ayuntamiento. La había pedido allí a propósito, porque en casa era imposible y el pueblo le gustaba: pasaba todos los veranos cuando era crío. Lo que sucedió entonces es que a su padre le dio un infarto y se quedó allí, en el sitio. Tanto viajar y tanto comer fuera no le habían

sentado demasiado bien al hombre. Aurora, la pobre, se había quedado más sola que la una y no tenía nada que hacer, así que se iba a ver a su hijo cada dos por tres, hasta que al final se acabó mudando con él. No porque se empeñara, sino porque el mismo Justo se lo dijo, que para qué iba a estar sin nadie pudiendo estar los dos juntos. Y total, él no tenía novia ni perspectivas de tenerla.

—Si aquí todas las tías son unas estrechas o tienen setenta años, mamá.

—No hables así, hombre. Lo mismo conoces a alguna.

Pero no lo hizo. En cambio, echó la mitad del sueldo en arreglar la casa. Cambiar los techos, las ventanas, las puertas, pintar las paredes. La primera vez que había ido, aquello me pareció la mansión del terror, lleno de rincones oscuros, habitaciones sin ventilación y escaleras que hacían cricri al pasar por ellas. Cuando había vuelto, seguía dando miedo, pero recordaba más al Hotel Overlook, el de *El resplandor*.

—Para qué me voy a comprar un piso, con lo a gusto que estoy aquí.

Y allí que seguía, quince años después. Cuando yo volvía por el pueblo, lo llamaba y se venía a pasar el fin de semana. Total, mi madre lo trataba como si fuera hijo suyo y a veces parecía que lo quería más que a mí. Es lo que tiene Justo, que todo el mundo quiere adoptarlo.

—Qué suerte tienes, cabrón.

—Y una mierda suerte. Sólo salgo ya con petardas. Todavía no sé cómo te ligaste a una tía tan guay como Sonia.

—Yo tampoco.

—Y encima no te da por culo con los tebeos.

—Bueno, a veces sí.

Sobre las doce de la mañana, cogí el desvío de la autovía. Hacía tiempo que no pasaba por allí y más que no veía a Aurora, aquella madre que me tenía prendadito veinte años atrás. Peinaba unas cuantas canas y le habían salido arrugas de expresión, pero conservaba cierta figura, no se había convertido en una de esas señoras que, al cumplir los sesenta, dejan de tener cintura. La veías y todavía podías reconocer que tenía que haber sido guapa a rabiar.

—¡Pero cuánto tiempo!

—Mucho, Aurora. ¡Estás estupenda! ¿Dónde anda éste?

—Está terminando de vestirse.

La vida del pueblo, donde el estrés consistía en tardar tres minutos andando al trabajo, pero aún así coger el coche, dormir largas siestas de dos horas y estar todo el tiempo tirado en el sofá habían hecho estragos en Justo, que ya en el instituto tenía una peligrosa tendencia a engordar. En los años de universidad, ya se había puesto lo que se dice hermoso y actualmente estaba inmenso, con triple papada y la cabeza a cero y brillante después de que sólo le hubieran quedado cuatro pelos que daban más vergüenza que otra cosa. Se parecía a Kingpin, el malo de Daredevil. Cualquiera día de éstos empezaría a usar un bastón y todo, de lo poco que andaba. Lo que no le veía yo es con un traje blanco así todo planchadito, la verdad. Ni tampoco pegándose con

ciegos ni contratando jamonas asesinas. Justo era más del tipo chándal del Decathlon, ya sabes, la tienda de deporte donde compran la ropa los que no hacen deporte. La figura de su hijo no era algo que preocupara a Aurora, a tenor de las comidas.

—Hoy he preparado filetes empanados. Tu comida favorita.

—Qué pena, no nos vamos a poder quedar.

—Tonterías. Os quedáis.

Y no había más que discutir. El mismo Justo lo tenía claro.

—No discutas con mi madre, tío.

—Hola, colega.

—Me alegro de que hayas venido.

Me hubiera quedado tan feliz hablando con los dos en la cocina, pero ella nos echó amigablemente de allí, por lo que pasamos al plan B. Cuando estás en casa de uno de los nuestros, hay una obligación protocolaria básica: escrutar su Batcueva, la habitación donde concentra su mundo de tebeos, películas, videojuegos, figuritas de plomo y vete tú a saber qué otras frikadas de las que nos gustan. En lo referente a su casa, los fanboys se dividen en dos modalidades. Están los que viven solos, que han expandido sus múltiples aficiones hasta el último rincón de la vivienda. En la puerta tienen un felpudo de Darth Vader o Spiderman. El recibidor lo adornan con una representación de aquello que más les gusta para que el visitante lo tenga claro desde el principio. He visto posters de Spiderman o de Lobeznó a la entrada de una casa, pero eso no es nada. Lo más impresionante que me he llegado a encontrar ha sido un traje completo a tamaño natural de un soldado de *La guerra de las galaxias*. Sí, como el del apartamento de Barney Stinson, el de *Cómo conocí a vuestra madre*. ¿Quieres un consejo? Si alguna vez te encuentras uno, ni se te ocurra usarlo como perchero. La cocina cuenta con una nevera atestada de imanes chulos y hay quien apuesta sin complejos por la tostadora, la yogurtera, la fuente de chocolate, el termo, la huevera y la sandwichera del Ratón Miki. He llegado a verlas por separado, pero también todas juntas, en una cocina que además contaba con los muebles en rojo y blanco para que no desentonara con los accesorios. ¿Quién encarga los colores de la cocina en función de los cacharros que va a meter dentro? Gente como nosotros. Si pasas al salón, olvídate del cuadro de la caza, de las figuras de Lladró, de las vajillas expuestas en aparadores y de sevillanas encima del televisor. Seamos serios. En un buen salón, si quieres que de verdad lo sea, si quieres que de salón ascienda a categoría de Sala de Peligro, debes poner una tele de cuarenta pulgadas como mínimo y un home cinema 7.1 de la leche, apoyados por un blu-ray, un disco duro de 2 TB y, al menos, una Playstation 3 o una Xbox 360. La Wii es opcional. Escoltándolo todo, estará tu colección de películas y los posters de tus favoritas. Si no tienes un cuarto dedicado, en exclusiva, a los tebeos, siempre le puedes hacer sitio en tu Sala de Peligro. Una colección digna de alguien que lleve en esto unos veinte años precisa de al menos diez metros de largo de estanterías, con sus respectivos altillos. Por muchas que pongas, nunca son suficientes. Los cómics acaban por tomarlo todo: el cuarto de

baño, el dormitorio, los armarios... y, si además de cómics lees libros, es cuando de verdad tienes un problema. Sobre todo cuando son sagas de fantasía heroica con muchos volúmenes de tamaño considerable. Y no digamos ya cuando a todo eso añadimos la nostalgia juguetera (hay quien restaura sus clicks de Famobil y necesita un cuarto para ellos), o el coleccionismo activo de coches en miniatura, soldaditos de plomo, trenes o muñecas de porcelana. De todo hay.

Ése es el tipo de casa que suele tener el aficionado con una cierta capacidad económica que vive solo. Hay pocos que reúnan ambas condiciones, pero te aseguro que más de los que podrías pensar, y sigue creciendo su número. Somos niños grandes que nunca dejamos las cosas que de verdad nos gustaban. Lo llevamos en la sangre, como Rorschach nunca abandonó las calles e igual que Bruce Wayne volvió a ser Batman cuando se hizo viejo, diez años después de haber colgado la capa. Puede que alguien tratara de venderte la moto de que los adultos no leen tebeos ni tienen un pasillo con los carteles de las películas de Steven Spielberg ordenadas cronológicamente. Puede que tú mismo te vendieras esa moto, que un buen día cogerías todos tus cómics y los subirías al desván o los liquidarías por cuatro duros. Es lo que hace la mayoría, los que no se toman esto demasiado en serio, o los que se asustan cuando se dan cuenta de que se lo están tomando demasiado en serio. Nosotros no somos así: con veinte, con treinta, con cuarenta años hemos seguido haciendo lo mismo que nos gustaba cuando teníamos diez, cuando teníamos quince. Y ven tú a decirnos que abandonemos la única constante, lo único que no ha cambiado a lo largo de nuestra vida.

Te contaré un secreto: hay aficionados que los hueles a cien metros y sabes que no tienen mucha vida propia, más allá de esto. Pero la mayoría nos hemos camuflado con el entorno. Hemos encontrado un curro de verdad, con sus pagas extras y su cesta de Navidad, una chica que como mínimo tolera nuestra excentricidad y como máximo incluso la comparte y unos hijos que tienen los padres más guays del colegio, porque hacen cosas y comparten cosas con ellos que jamás comparten los padres de sus compañeros. Ese aficionado suele tener el otro tipo de casa: la casa normal y corriente, sin demasiadas sorpresas frikis repartidas aquí y allá, pero que conserva un espacio reservado, un Sancta Sanctorum como la del Doctor Extraño, donde puedes encontrar todo eso.

La casa de Justo Manuel, que era algo así como la mansión de Charles Xavier estilo manchego, se integraba en la segunda modalidad. Su madre la había decorado con buen gusto. Más o menos como una señora de sesenta años, pero modernilla para su edad, pondría una casa. Dicho de otra manera: no encontrarías allí ni soldados imperiales en el recibidor ni tostadoras con orejas de ratón en la cocina ni el póster de *Tiburón* en el lugar más destacado del salón. Por no tener, no tenían ni siquiera la *Cinemanía* en el cuarto de baño. Si has cumplido treinta y cinco años y vives con tu madre, tienes dos posibilidades: o te pasas el día discutiendo o cada uno delimita su territorio. Justo había optado por la segunda opción. Se llevaba condenadamente bien

con Aurora y creo que era, precisamente, porque ambos tenían claro cuál era su sitio y que no debían meterse en el del otro. Un pacto de no agresión que debería ser la piedra fundamental sobre la que asentar cualquier relación: familiar, laboral, de pareja o de amistad. Tú no me jodes a mí, yo no te jodo a ti.

Por eso, cuando subías a la planta superior, todo cambiaba. Era el espacio del que se había adueñado Justo y con él, todas sus cosas. Todas. Montañas de tebeos, ordenados en cajas y por colecciones. Películas de importación, muchas de ellas sin abrir, alrededor de una gigantesca pantalla de plasma de 50 pulgadas. Vitrinas atestadas de bustos, estatuas y figuras articuladas de los personajes más inverosímiles.

—¿Te compraste el King Kong en el Empire State que hicieron de la peli de Peter Jackson? ¡Pero si la peli era una mierda!

—La peli sí, pero la figurita está de la leche.

Envidiaba en cierta forma a Justo Manuel, porque yo nunca había tenido la opción de comprar otra cosa que no fueran tebeos o algunas películas. Cuando era niño, porque no tenía dinero y entre comprar todos los meses Spiderman o ahorrar hasta verano para hacerme con una maqueta del Halcón Milenario había optado por lo segundo. Lo más parecido a un muñeco articulado que había tenido de crío eran recortables que yo mismo me construía a partir de un tebeo que tuviera repetido o que ya no me gustase. Pegaba el dibujo en un tablero de madera, lo recortaba con la sierra de marquetería y le añadía una peana. Bueno, ahora que lo pienso, muy articulado no puede decirse que fuera el resultado, pero daba el pego. Ya cuando era mayor y tenía trabajo y por tanto pasta para gastarme, también tenía a Sonia viviendo conmigo. En el salón de casa jamás hubiera entrado una figura de la Gata Negra con unas tetas enormes, pero a ella le gustaban los tebeos. He aquí el motivo por el que me llaman cabrón suertudo y tienen razón. No te pienses que Sonia es de los nuestros: de eso nada. No asocia cada suceso de su vida a una viñeta. Pero, antes incluso de que me conociera, ya había leído *From Hell*, y algo de *Hellboy*, y el *Maus*, y al menos la mitad de *Sandman*, que es ese tebeo que siempre le dejas a una tía con la que quieres ligar para hacerte el interesante, pero a ella le parece sobrevalorado.

—Este tío sólo se hace el intelectual y el profundo, pero es un cascarón vacío.

Lo decía cuando Gaiman era Dios, antes de que se hubiera desinflado el globo y tuviera que darle la razón. A Sonia me la presentó una amiga que ya desde el principio se olió que nos íbamos a gustar. La muy pillina me ocultó intencionadamente que, de vez en cuando, Sonia leía tebeos. Luego me dijo que mejor que no me contara nada, porque me iba a gustar por eso y había mil razones más por las que me debía gustar. Las tías son así. Tenía razón, ya estaba colgado de ella cuando conocí su cuarto y descubrí, sorpresa, sorpresa, que entre los libros de Isabel Allende y Manuel Rivas había unos cuantos tebeos buenos de verdad. Vi aquello y supe que no saldría de su vida.

Justo debía de gastarse la mitad de su sueldo en llenar el espacio disponible con el

que contaba en aquella planta y se había aplicado al máximo. Estaba tan atestado de trastos como pudiera estar la casona de mi tía Encarna en Murcia. Sólo que donde ella tenía vírgenes y santos, Justo había puesto a sus superhéroes favoritos.

—La que tienes montada aquí. ¿Cómo lo haces?

En nuestros tiempos hubiera sido imposible todo aquello o hubiera exigido de constantes viajes a las librerías especializadas de Madrid o Barcelona. Ahora ya no hacía falta. Internet había hecho el mundo más pequeño, sobre todo para los frikis. Justo lo encargaba todo a Estados Unidos, Reino Unido o Francia, a Amazon, Zavvi, a Book Depository, y todo le llegaba por correo, sin gastos de envío, y a precios bastante asequibles.

—Si sabes esperar, te digo que si pagas más de diez euros por una peli en blu-ray es porque quieres.

Aquella facilidad online había tenido como consecuencia que las escapadas al pueblo cada vez se espaciaban más en el tiempo. Ya no tenía que ir a la librería a por las novedades. Y el rito de la película de estreno de todos los viernes se había convertido en esporádicas visitas al cine, sólo cuando mereciera realmente la pena. En lo que iba de año, había ido a ver *La Amenaza Fantasma* en 3D, la segunda de *Motorista Fantasma* y *Los Vengadores*. Ya está. El resto que se hubiera estrenado y le interesara, lo vería en casa.

—Ir al cine es una mierda. Los niños no dejan de chillar, de mandarse mensajitos por el móvil y de jorobarte durante toda la peli. Y encima en casa las puedes ver en versión original.

Ésa era la excusa y podría estar bastante de acuerdo en ella: yo también había convertido la visita semanal en algo mucho más esporádico, en beneficio del cine en casa. Sólo que, al dejar de ir al cine, también había dejado de ver a la mayoría de los colegas. El contacto era fundamentalmente correo electrónico o facebook, casi siempre para mandarnos gilipolleces. Nos llamábamos la noche de los estrenos gordos, o al menos lo hacíamos casi siempre, porque me acababa de acordar de que Justo no me había dado señales de vida tras el de *Los Vengadores*. Lo había hecho para avisarme del funeral, pero no para comentar la película. Preferí no sacar el tema. Y de repente me vino a la cabeza la frase de Jack Kirby que usaba Dylan Horrocks en Hieksville: «Los cómics te romperán el alma». Tenía que ver con la manera en la que la industria había utilizado, maltratado y tirado a la basura a uno de sus mayores genios, pero se me venía a la cabeza en relación a Justo. ¿Hasta qué punto su vida era así porque se había encerrado en aquella casa y en las cosas que le gustaban? ¿Hasta qué punto todo hubiera sido diferente si no lo hubiera tenido tan fácil para meterse en un cuarto, con sus cómics, con sus películas, con sus figuritas, sin necesitar nada del exterior? Es como quien se construye el perfecto refugio antizombis. Estás a salvo, tienes toda la seguridad, toda la comida e incluso todo el ocio que necesitas. Pero acabas siendo demasiado parecido a los muertos vivientes, porque se te ha olvidado lo que significa estar en contacto con la humanidad. Cuando se ha ido el mundo a la

mierda, cuando los difuntos se han levantado del cementerio y se están comiendo por las piernas a los vivos, es justificable que hagas algo así. Cuando lo que hay afuera no es más que el mundo coñazo de cada día, es diferente. «Los cómics te romperán el alma». O te destrozarán la vida, si te descuidas. Ya no me quedaba ni una pizca de envidia y estaba deseando que nos marcháramos.

Durante la comida comprendí porqué mi amigo de la infancia había terminado recubierto por un permanente flotador de grasa gigante alrededor del cuerpo. Aurora no sólo no había perdido facultades culinarias, sino que las había mejorado. Un plato a rebosar de macarrones con lo que debía ser un kilo de carne picada y abundante tomate tuvo su continuación en tres filetes de pollo empanados que cubrían, cada uno de ellos, la mitad de la superficie del plato. Por si íbamos todavía ligeros, el postre consistía en un alucinante arroz con leche, recubierto con caramelo. No me entraba más, pero acepté el café antes de levantarme de la mesa. Con semejante bomba dentro de mi estómago, me iba a costar mantenerme despierto al volante.

## 1986-1987

Una vez cada dos meses, o así, tengo la misma pesadilla. Vuelvo a estar en el instituto, en alguno de los primeros cursos. Vuelvo a tener cuatro o cinco asignaturas suspendidas. Vuelvo a tener que presentarme a un montón de exámenes sin haber estudiado gran cosa ni tener demasiada idea sobre lo que me preguntan. Vuelvo a estar convencido de que, aunque consiga sacarme dos o tres, jamás conseguiré aprobarlas todas. En mi pesadilla, vuelvo a tener el Latín o las Matemáticas o la Química encima, como una montaña de piedras imposible de evitar. Entonces empiezo a despertarme y es todavía peor, porque el primer pensamiento que se me viene a la cabeza es: «Debería volver al instituto y sacarme las que me quedan». Al final, acabo acordándome de que no es necesario, que conseguí sacar todo el COU a tiempo, hacer una selectividad más que decente, entrar en la universidad y terminarla.

Estoy convencido de que ese sueño recurrente asienta sus bases en el verano de 1986. Encerrado en casa tras apenas estar una semana en la playa, otra vez con cuatro para septiembre y nula capacidad de concentración en los apuntes, a pesar de que no había casi ninguna otra cosa que hacer. Por más codos que hincase, no servía de nada. Estaba convencido de que suspendería, repetiría curso y mi padre cumpliría su amenaza, que esta vez iba muy en serio. Ya no era tan comprensivo hacia las viñetas como hacía apenas un año:

—Cojo todos estos tebeos de mierda y hago una hoguera con ellos.

Justo y Roberto se habían ido a la playa con sus respectivas familias, lo que fue otra manera de romper el vínculo con ese grupete de indeseables que iban por ahí, conduciendo sin carnet, sólo para comprar unos puñeteros tebeos. La ventaja, por llamarlo de alguna manera, es que la doctrina oficial decía que la influencia indeseable era la de Alfredo, que ya había hecho el petate y estaba fuera del mapa.

—Con ese delincuente no te vuelves a juntar.

Los otros, como yo, no eran más que dos inocentes descarriados. No pasaba nada si decidíamos vernos, como finalmente hicimos. Pero, hasta que llegara septiembre, sólo quedaba volver a las calles, con cuarenta grados a la sombra, a la búsqueda y rastreo de quioscos, tratando de no quedarme sin ninguno de los *Especiales Vacaciones* que había lanzado Forum. En total fueron cuatro, *Los Vengadores*, *La Patrulla-X*, *Spiderman* y *Conan*, aunque sólo compré los tres primeros por la paupérrima situación económica que me acompañaba. Si había conseguido las 200 pesetas que costaba cada uno era porque, a pesar de todo, algún familiar se debía haber apiadado de mí, que el verano fue muy duro sin dinero.

Aquellos extras eran toda una novedad, acostumbrados como estábamos al rígido formato de las 32 páginas. La primera sorpresa consistía en que se lanzaban fuera de colección: no tenían número alguno, sólo el indicativo bien grande en portada de «Especial Vacaciones». En su interior, se ofrecían los *Annuals* americanos, que en

aquel entonces eran algo verdaderamente especial: habían publicado alguno, partido en dos, dentro de las series mensuales porque eran muy largos y no cabían en un único tebeo, pero nunca había sido posible disfrutar un Annual de un tirón y, si a eso añadimos que además llevaban posters centrales, ya teníamos montado el único consuelo del verano. El de Vengadores, una historia con Los Inhumanos en la Luna, me decepcionó un poco, pero el de Spiderman, con el Doctor Octopus de villano, El Castigador de invitado especial y Frank Miller de dibujante, se posicionó en la primera lectura entre mis tebeos favoritos, y otro tanto consiguió el de La Patrulla-X, una aventura en la que se enfrentaban, nada menos, que a Drácula. La dibujaba un tal Bill Sienkiewicz, un tipo increíblemente realista del que enseguida deseé ver más cosas. Tardaría más de un año en hacerlo y entonces... había cambiado de estilo hasta hacerse casi irreconocible. Aunque yo también había cambiado de gustos. Me había sofisticado hasta el punto de que empezaba a ver a Marvel con bastante escepticismo, cuando no directamente con cierto disgusto. Pero me estoy adelantando a los acontecimientos.

Agosto debía estar agonizando y Justo había ido a mi casa nada más llegar de vacaciones. Roberto todavía estaba en Almería y allí se quedaría hasta el día antes de los exámenes. De vez en cuando se escapaba a una cabina y me llamaba para contarme que no lo soportaba, que sus padres lo habían metido por la mañana en una academia y por la tarde a estudiar, algo imposible con aquel calor húmedo que se metía hasta los huesos. Me resultaba muy familiar. No dejaba de acordarme de aquella larga saga de Los 4 Fantásticos, que había aparecido cortada en trocitos como complemento del *Spiderman* de Bruguera. Había tardado mucho en conseguir completarla, dado que se extendía a lo largo de muchos números y siempre faltaba algún hueco. A grandes rasgos, el argumento trataba acerca de la separación del equipo. Reed había perdido sus poderes, tras lo que había dimitido. Sin él para que tirara del carro, ni Ben ni Sue ni Johnny querían seguir adelante. Era el fin de Los 4 fantásticos y ahí estaba El Vigilante para presenciar en silencio aquel momento histórico.

Desde entonces, habré leído cuatro o cinco disgregaciones de Los 4 Fantásticos. Es uno de los tópicos al que recurren los guionistas cuando quieren dar un buen susto a los lectores. Pero aquella fue la primera vez que contemplaba algo así. ¡Si querían provocar mi sorpresa y mi tristeza, desde luego que lo consiguieron! Estaba convencido de que era el final de la serie, que no tenía sentido que siguiera habiendo un tebeo de Los 4 Fantásticos si éstos ya no existían como tales. Hay que ver lo inocentes que llegamos a ser los lectores de cómics cuando estamos todavía descubriendo el mundo y todo parece nuevo y nunca visto. En los siguientes episodios, se estiraba la agonía, igual que se estiraba Mister Fantástico hasta que había dejado de poder hacerlo. Había un cómic en el que La Cosa contaba la historia completa del grupo, que me recordó de inmediato al episodio posterior a la muerte de Fénix: de nuevo, muchas aventuras que nunca había leído y que probablemente nunca

haría, ya que formaban parte de la época de Vértice. Tiempo más tarde, encontraría algunas de esas historias en las cajas de tebeos viejos que tenía Alfredo en su casa.

En el segundo número tras la disolución del equipo y mientras cada uno estaba preparando todo para marcharse, un grupo de villanos de segunda atacaba el Edificio Baxter. Juntos conseguían vencerlos, aunque Reed ya no tuviera poderes. Pero, como decía él, eso no cambiaría nada: en la última página los cuatro, con sus ropas de calle, se quedaban mirando el cartel que habían puesto en la puerta:



La viñeta, con sus rostros apesadumbrados, me había impactado de lleno, se me había quedado grabada en la memoria y volvió como un torrente cuando el destino, a través de nuestros padres, disolvió nuestro particular grupo de superhéroes. Alfredo, Roberto, Justo y yo éramos como aquellos 4 Fantásticos, forzados a separarnos por más que no supiéramos hacer casi nada por nuestra cuenta.

Como nosotros, Los 4 Efe, cada uno por su lado, habían intentado salir adelante. Johnny Storm estaba compitiendo en carreras automovilísticas; Ben había recuperado su trabajo como piloto y Sue se fue a vivir a Los Ángeles, a hacer de actriz en Hollywood. Aquello sí que me arañó el alma: no sólo se habían separado como grupo, también parecía que el matrimonio entre Mister Fantástico y la Chica Invisible estaba al borde de la ruptura.

En el tebeo, finalmente, el Doctor Muerte tendía una trampa a Ben, Sue y Johnny hasta conseguir capturarlos. Reed, por su parte, repetía el viaje al espacio en el que todos habían conseguido sus poderes y así recuperaba los suyos. La saga concluía con un épico enfrentamiento en Latveria, tras el que Muerte era derrotado y el grupo volvía a estar completo y en activo.

Bueno, pues a nosotros nos pasó algo parecido. Ya no éramos Los 4 Fantásticos, ya no nos sentíamos un grupo de superhéroes con su propia base de operaciones, pero

bastó que desaparecieran las distancias para que volviéramos a juntarnos. Por eso no fue extraño que Justo fuera a mi casa nada más llegar de la playa, con un montón de atrasados que había conseguido encontrar allí. Había cosas más que interesantes en aquella bolsa, pero no era el momento de entusiasmarse por nada. En dos semanas, tocaban los exámenes de recuperación de septiembre. Si queríamos seguir con vida en octubre, teníamos que pasar curso como fuera. La única solución era centrarse y estudiar.

Fue lo que conseguí hacer en esos largos, larguísimos catorce días, que parecía que nunca se iban a acabar. Cuando llegó el momento, no faltaba el miedo escénico, consciente de lo que me jugaba (la idea de contemplar mis tebeos ardiendo en una hoguera venía una y otra vez a mi mente), pero conseguí mi propósito: aprobar al menos dos, lo que me permitiría pasar al siguiente curso, aunque tuviera que estar todo el año con los otros dos suspensos auestas y tratando de quitármelos de encima. Justo Manuel tuvo mejor suerte: él sí aprobó las cuatro, lo que en su familia fue un equivalente a enviar al olvido todo el incidente con la Renault y los *Extra Superhéroes*. En los días de los exámenes estábamos como en una nebulosa, acudiendo al instituto y pasando las dichas pruebas sin que fuéramos muy conscientes de ello. Fue un papel, pegado con chinchetas en el tablón de anuncios, lo que nos despertó.

---

## EL COBRA

La tienda donde habita la imaginación  
Revistas. Ciencia ficción. Fantasía. Cómic.  
¡Gran inauguración el 7 de septiembre!

---

Lo primero que vino a mi cerebro fue el recuerdo de Madrid Cómic. Era el paraíso. Podría haberme quedado allí horas y horas, días y días, mirando como un tonto cada uno de los cómic que tenían, pero sólo pude estar unos escasos veinte minutos, durante la visita a Madrid. La simple idea de que encontrara algo parecido en mi propio pueblo me provocó un vuelco al corazón. Los tiempos estaban cambiando: quizás Justo tuviera razón, después de todo. ¿Cómo sería aquella nueva librería? Por supuesto, debía tener todos los tebeos del mes: se acabaría el peregrinaje semanal por todos los quioscos, se acabarían los huecos en las colecciones, se acabaría el miedo a que alguien se hubiera adelantado y ya no estuviera allí el cómic que esperabas. Dejaba correr mi imaginación y soñaba con enormes posters en las paredes y pegatinas de regalo y quizás incluso muñecos de superhéroes. Los de *Secret Wars* se vendían en alguna juguetería cercana, pero se veían muy pocos y solían ser los más feos: Kang, Magneto y cosas así. Seguro que en El Cobra estaban todos. ¡Hasta podían tener cómic de importación! ¡Podría ojear los números de *La*

*Patrulla-X* y descubrir qué depararía el futuro! Por fin un sitio donde no te mirasen como un bicho raro cuando pidieras *Los Vengadores* o *Los 4 Fantásticos* o *Secret Wars* o aquellos tebeos de Zinco que tanta ilusión le hacían a Justo. Sería un sitio donde todo el mundo conocería tu nombre.

No podía ser más tonto al esperar todo aquello.

Los exámenes acababan, precisamente, el 7 de septiembre. El día antes nos habíamos encontrado con Roberto, que venía de Almería, donde se había pasado todo el verano delante del libro de Matemáticas. Hasta un cerebritito como él tenía un cate que recuperar. Se había esforzado tanto por hacerlo, se había currado tanto las clases particulares, que creo recordar que sacó un sobresaliente. Yo me conformaba con el aprobado. Por aquel entonces, empecé a esbozar mi filosofía particular alrededor de las asignaturas:

—Todo lo que esté por encima del cinco pelado equivale al tiempo que has echado de más estudiando.

Ocurría que no se me daba demasiado bien calcular cuánto tiempo debía dedicar, y con cuánto esmero, para llegar al cinco pelado. Resultado: la mitad de las veces me quedaba a las puertas. Un genio, eso es lo que estaba hecho. No me extraña que las pesadillas sobre los exámenes todavía me persigan. Yo era de los estudiantes que renqueaban todo el año; Justo el que aprobaba si se esforzaba y, cuando se esforzó de verdad, hasta consiguió sacarse una oposición. Y Roberto, nuestra gran esperanza blanca. Diez, Diez, siempre Diez. Sabíamos, porque lo decían los profesores y porque siempre llevaba la ropa planchadita y oliendo a suavizante, que estaba destinado a la grandeza. Sería un Tony Stark, un Bruce Wayne. Un tío con pasta, pero no porque la hubiera heredado, sino porque era un chico perfecto y todo lo hacía bien y a todo el mundo le caía bien y seguro que se iba a hacer de oro, vete tú a saber cómo. Roberto era un alienígena camuflado entre nosotros, mediocres, cuando no directamente zotes, con quien no se hubiera juntado un chico perfecto como él... sólo que lo había hecho. Menos mal que tienen de amigo a Robertito Garzón, porque algún día montará una gran empresa y les dará trabajo a todos, debían pensar nuestros padres.

Justo y yo habíamos hecho el último examen, el de Matemáticas, nos habíamos ido a comer a nuestra casa, pero luego volveríamos a reunirnos. Esa era nuestra primera tarde libre del día en que nuestro pequeño grupo volvía a estar reunido, salvo por la ausencia de Alfredo, y además coincidía con la apertura de una tienda de tebeos en nuestra propia ciudad. Tenía que estar escrito en las estrellas, de verdad que sí.

El Cobra quedaba cerca de la casa de Roberto, pero lejos de la del resto. No importaba: ya estábamos más que hechos a patearnos las calles. Fuimos hasta la dirección que indicaba en los carteles que nos habíamos encontrado en el instituto. Según nos acercábamos, el local nos resultaba familiar.

—Creo que ahí había antes una peluquería muy pequeña. Mi madre me llevó alguna vez.

El comentario de Roberto hizo que se encendiera una pequeña alarma en algún rincón de mi cerebro, pero el entusiasmo que se había apoderado de él la acalló de inmediato. No podía ser. Una librería, y además de tebeos, tenía que estar por fuerza en un local grande.

Y, sin embargo, en el local donde antes había estado una modesta peluquería de barrio es donde se había instalado El Cobra. Cuando recorrimos los diez metros que nos separaban de la fachada, la realidad se fue abriendo camino, dejando atrás la mayor parte de las ilusiones que nos habíamos hecho.

Desde fuera, El Cobra era igual que cualquier otra tienda de barrio. Se podía reconocer como librería por el cartel que estaba situado sobre la puerta de entrada, que reproducía los reclamos con los que nos habían atraído hasta allí:

---

## EL COBRA

Ciencia ficción. Fantasía. Cómics. Revistas

---

Pero el escaparate ya daba una muestra real de por dónde iban las intenciones. En primera línea se podían ver unos cuantos libros de bolsillo pertenecientes a una colección que se estaba vendiendo en quioscos ese mismo año, la Biblioteca de Ciencia Ficción. Por el desgaste que presentaban, es probable que fueran de segunda mano. Al lado, había un par de las revistas que le gustaban a Alfredo: *Zona 84* y *El Víbora*. Lo acompañaba un ejemplar de *Mortadelo y Filemón* de la Colección Olé. Y ya en una esquina, casi escondido, estaba el *Conan El Bárbaro* de ese mes. Eso era todo.

Quizá creas que, en aquel preciso momento, se debió abrir un abismo entre nuestras expectativas y la cruda realidad que nos alejaría de allí para no volver nunca más. Pero no fue así. Nos habían enseñado a engañarnos a nosotros mismos. La palabra frustración no formaba parte de nuestro vocabulario porque no la usaban a menudo los guionistas, pero la conocíamos, vaya si la conocíamos. Unos años atrás, había pedido por Reyes el Scalextric. Yo no era consciente de que aquél era un juguete que sólo tenían los niños de familia bien. Vamos, que a Roberto sí se lo trajeron los Reyes, con un montón de coches superchulos, pero Justo y yo sólo podríamos haber soñado con él por mucho que lo hubiéramos puesto en la carta a Sus Majestades. En lugar de eso, mis padres me pusieron junto a la chimenea, al loro, la Pista Looping, en la que también se podían hacer carreras, pero que era mucho más cutre, toda de plástico, con piezas desmontables de colores que podías combinar de diferentes maneras y unos cochecitos pequeñitos, ni eléctricos ni nada, que corrían por aquellos circuitos que se retorcían sobre sí mismos. Puedes creer que disfruté tanto aquel juguetito que me hizo olvidar el Scalextric o incluso considerarlo como algo demasiado serio para mí. Así que eso mismo pasó con El Cobra. Nos

esperábamos un Scalextric, pero al final no sólo nos conformamos con la Pista Looping, sino que llegamos a pensar que, si nos esforzábamos, seguro que sería algo estupendo y maravilloso. Tras el primer *shock*, tras quedarnos paralizados sin saber qué hacer, alguno de nosotros, no recuerdo quién, se atrevió a abrazar el discurso del optimista:

—Quizás dentro mejora.

Pero no lo hacía realmente. La tienda consistía en una breve zona central donde estaba la caja y un expositor, a la que se añadía un breve pasillo por el que era difícil no chocarte con otros clientes.

—Buenas tardes, chicos.

Quien nos saludaba desde la mesa detrás de la caja registradora era un tío que estaba fumándose el paquete entero de Celtas, a juzgar por el cenicero a rebosar que tenía delante de él y del que separaba sólo un buen panzón. Llevaba una camisa desgastada y llena de arrugas, por la que se adivinaba un torso peludo. Los pocos pelos que le quedaban en la cabeza estaban peinados al estilo que años más tarde bautizaríamos como Anasagasti, de manera que pareciera que tuviera algunos más, pero sólo conseguía crear la impresión de que lo había lamido una vaca. Estaba recién afeitado, quizás porque aquél era el día que había abierto la tienda al público y tenía que dar buena imagen: fue la primera y la última vez que lo vimos así de elegante.

—Entrad a echar un vistazo, luego os hago socios de la tienda, con vuestra primera compra.

No daba buen rollo, pero habíamos llegado hasta allí y no pensábamos echarnos atrás. Algo interesante encontraríamos. En el expositor que estaba delante de las cajas, estaban las novedades más recientes. En la zona inferior estaba alineada la prensa del día y las revistas de la semana. Un señor leía un artículo de *Cambio 16*. Era la única persona que en ese momento se encontraba en la tienda, aparte del dueño, y no parecía que estuviera interesado en los tebeos. En la parte superior, habían colocado los lanzamientos del mes, que ya me había comprado en su mayoría, aunque a Roberto le faltaban unos cuantos, por lo que empezó a mirarlos. En una repisa tras el mostrador había dos paquetes de tabaco abiertos, uno de rubio y otro de negro. «Se venden cigarrillos sueltos», promocionaba un cartel escrito a mano. Madre mía.

Mis ojos y los de Justo Manuel empezaron a repasar el resto de la tienda. El pasillo estaba destinado a los atrasados y se había dividido en tres zonas claramente diferenciadas: adultos, con todas las revistas de la época; infantil, con mucho Bruguera y algunos *Don Miki*, *Don Donald* y *Dumbos*; y superhéroes, con cosas de Forum y Zinco, que en su mayoría teníamos, y algunas de Vértice y Bruguera en un estado lamentable y a precios que consiguieron dejarnos con la boca abierta. Los pocos tomitos del volumen 1 estaban etiquetados con un rotundo indicador de cuatrocientas pesetas. Los de Bruguera, los mismos que se podían comprar en los puestos ambulantes en paquetes de diez por quinientas pesetas, estaban a 125 pesetas

cada uno, el mismo precio que entonces tenían los cómics de Forum y Zinco. Volví entonces sobre la estantería donde guardaban éstos para comprobar que mis sospechas eran ciertas: los números más antiguos, los que costaban 95, 100, 110 pesetas, tenían modificado el precio hasta llegar al actual. Noté entonces que algunos de ellos eran un poquito más pequeños que los otros. ¿Por qué? La solución al enigma enseguida la puso Justo Manuel, que me cuchicheó al oído:

—¡Mira! Éstos formaban parte de un retapado. Les han quitado las pastas y los ofrecen sueltos. ¡Serán cabritos!

Sólo aquel detalle consiguió que me llevara la peor de las impresiones. ¿La tienda donde habita la imaginación? Más bien donde habita la estafa. Pese a todo, encontré un par de números de *Spiderman* que me faltaban: con todo el lío de que fuera semanal era muy fácil que se escapara alguno.

Por mucha decepción que nos hubiéramos llevado, en nuestra primera visita al Cobra nos dejaríamos cerca de mil pesetas entre todos. La conclusión que sacó el dueño de la tienda fue que allí tenía tres buenos clientes a los que exprimir como naranjas.

—Si os hacéis socios, tenéis un diez por ciento de descuento en todas vuestras compras.

Era la buena noticia del día, que los cómics nos saldrían más baratos. La única. El resto de las ilusiones que habíamos alimentado desde el momento que supimos que la tienda existía hasta el instante en que entramos en ella habían desaparecido: ni posters ni números americanos ni muñecos ni nada que se le pareciera remotamente. El Cobra no era aquel hogar de acogida para lectores de cómics que esperábamos. No era ni siquiera un sitio en el que pudieras sentirte cómodo. Y mejor que nadie supiera lo que te gustaba, porque quizás podía usar esa información en tu contra. ¿Los motivos? Espera, que te cuento. Tras la primera visita, el dueño, que supimos que se llamaba Íñigo Ledesma, empezó a mostrarnos su verdadero rostro. Un día, cuando ya se había aprendido nuestras caras, nos soltó abiertamente:

—Esto de los superhéroes es una mierda para subnormales. El único tebeo de Marvel que merece la pena es Conan, pero porque es un bárbaro, no un superhéroe, y se va follando a las tías. ¡Creced de una vez y empezad a leer buenos tebeos!

—Pues a mí los únicos tebeos que me interesan son los de superhéroes.

En cuanto le replicamos, nos puso en la lista negra de clientes sospechosos, como si esperase que el día menos pensado le fuéramos a robar algún tebeo o llevarnos la caja registradora. Su política empresarial estaba clara: humíllalos en público y volverán a por más. Se complementaba con otras prácticas abyectas. Un buen día, abrió una sección con «Ediciones de coleccionista». Estábamos ansiosos por saber de qué se trataba porque, en la parte superior de las estanterías, había colocado unos tochos encuadernados en piel. Abrimos uno al azar y nos encontramos con los 25 primeros números de *La Masa* de Forum.

—Es una ganga. Son dos tomos por 15.000 pesetas. Te llevas la colección

completa. Los 49 números.

Roberto, que había espabilado con las matemáticas, hizo un cálculo rápido. La colección valía una tercera parte de lo que pedía, quizás menos, porque acababa de cerrar por falta de ventas, siguiendo la estela de *Daredevil* y a la que pronto se sumaría *Thor*, que también sería cancelada por Forum nada más empezar 1987. Tres de las series con las que habían empezado a publicar Marvel en España habrían mordido el polvo, dejando la sensación de que algo malo estaba ocurriendo. Ya no sólo eran libros caros los que se cancelaban, como los *Extra Superhéroes* y las *Novelas Gráficas*. Ahora le tocaba el turno a títulos convencionales, que incluso tenían fama de vender muy bien como el caso de *La Masa*, los que abandonaban su cita mensual. ¡Se suponía que Hulk era, junto con Spiderman, el personaje más popular de todos! Nadie sabía quién era Lobezno o ninguno de La Patrulla-X, pero cualquier persona reconocía a La Masa, que por algo había tenido una serie de televisión que veía todo el mundo. Pero entonces te dabas cuenta de que ninguno de nosotros compraba ningún tebeo del personaje desde hacía tiempo, que era muy fácil ver montones de retapados y que toda la última etapa, con Hulk completamente salvaje y exiliado a un extraño lugar llamado La Encrucijada, se antojaba demasiado rara para nuestros estándares. Aquél ya no era La Masa que machacaba villanos y peleaba contra el ejército.

15.000 pesetas por la colección era un precio excesivo, pero puede que picara algún incauto y el negocio sería redondo. El dueño de la tienda compraba los tebeos de segunda mano a precios irrisorios, incluso al peso, poniendo anuncios en la prensa o buscando en librerías de viejo. Luego, cuando cerraba a medio día, se dedicaba a ordenar sus piezas por series. Cada vez que completaba una, la encuadernaba él mismo en un taller que se había montado en el garaje de su casa y la colocaba en la sección de «Ediciones de coleccionista». A veces, no le importaba que faltara algún número o que la serie fuera un caos sin sentido alguno, como las que había hecho Bruguera. Burro grande, ande o no ande.

—Total, si mucha gente sólo compra esto porque queda bonito en las estanterías.

Otra de sus tácticas comerciales consistía en lo que dimos en llamar el contrabando de cómics. Si querías un tebeo en concreto, pero no te llegaba el dinero, podías optar por pagar un ochenta por ciento y entregar otros dos tebeos que él escogiera de un buen montón que le ofrecieras. A los pocos días, esos mismos ejemplares acababan en la sección de atrasados a precio de joya. Que nos engañara a nosotros todavía tenía un pase, porque sabíamos que estábamos siendo engañados y lo aceptábamos, si lo que conseguíamos a cambio merecía la pena. Pero que engañase a los pobres chavales que pasaban por allí... eso sí era rastrero. Delante de nuestras narices, más de una vez, vimos cómo llegaba un crío con un buen taco de atrasados jugosísimos y él se los cambiaba por un Mortadelo cochambroso que no valía gran cosa. Nada más salir el chaval, el tío se jactaba de haberlo estafado.

—Otro tontaina que pica el anzuelo.

Con frases como ésa, el librero se ganó a pulso que, entre nosotros, nunca lo llamásemos por su nombre, sino por un apelativo que no podía ser más oportuno y que señalaba su carácter de reptil traicionero, El Cobra: igual que la tienda.

Ya estábamos en invierno cuando Justo Manuel llegó un día a casa. No lo veía tan emocionado desde nuestra misión de caza y captura de los *Extra Superhéroes* y las *Novelas Gráficas*. Llevaba encima el último número de *Los Nuevos Titanes*, recién comprado en El Cobra. A fuerza de tanto insistir, de llegar incluso a aparecer un día con una bolsa que contenía los veinte primeros números, yo había llegado a leerme la serie. Me gustó, porque me encantaban tanto Marv Wolfman, el guionista, de quien tenía buen recuerdo de su paso por Marvel, como George Pérez, que había dibujado algunas de mis aventuras favoritas de Los Vengadores, incluida la batalla contra Korvac, que debía haber releído veinte veces. En mi mente, no dejaban de ser dos autores que esos cerdos de la Distinguida Competencia nos habían robado. Los Nuevos Titanes se podían leer, eran entretenidos, pero... ¿qué importaba? Pudiendo haber estado en Marvel haciendo *Los Vengadores* o cualquier otra serie de verdad importante, ¿qué pintaban aquellos dos en DC contando las aventurillas de unos chavalitos? Así era más o menos como funcionaba mi cabeza entonces. No sabía que, al cabo de unos meses, mi opinión estaría en el lado opuesto.

La gran novedad de aquel número en concreto de *Los Nuevos Titanes* que tanto había ilusionado a Justo saltaba a la vista. ¡Era más pequeño! ¡Los tíos de Zinco habían adoptado el tamaño americano que tanto me había chocado en mi primera visita a Madrid Comics! No sabíamos si aquella era la primera vez que lo hacían (luego descubrimos que no, que antes lo habían hecho con *Green Lantern*), pero el caso es que tenía el mismo formato en que los americanos leían sus tebeos.

—Eso es lo de menos. Mira.

Justo me enseñó la segunda página de cubiertas del cómic. ¡Era un texto! En Zinco nunca incluían textos explicativos. Por más que a nadie consiguieran interesar demasiado, sus cómics no estaban mal hechos. Figuraba la correspondencia con la edición americana, mantenían la portada original, parecían bien traducidos... Pero, salvo por la escasa presentación que habían incluido en el primer número de cada serie, la comunicación con el lector, eso a lo que nos había acostumbrado Forum a través de sus secciones, brillaba por su ausencia. No había absolutamente nada. Parecía que, salvo por alguna publicidad aquí y allá, no tuvieran demasiado interés en vender sus cómics... lo que provocaba que nosotros tampoco tuviéramos interés en comprarlos. Justo se había enganchado a *Los Nuevos Titanes*, y también había picado con *Batman*, y con una colección muy bien dibujada y bastante extraña, que se llamaba *Camelot 3000*. Zinco, en definitiva, parecía una Vértice mejorada o una Forum en pañales. Pero, teniendo cómics de Marvel, ¿para qué vas a querer los de DC? En la sección de Correo de los lectores de Forum nos lo habían machacado, nos lo habían dejado bien clarito y nosotros sabíamos que lo que escribían allí el Doctor Átomos y el Profesor Loki eran los Evangelios revelados al aficionado: Marvel era la

número uno. DC sólo iba a remolque. Sus héroes estaban anticuados y eran para niños. Carecían del dramatismo y la intensidad de La Casa de las Ideas. Y, cada vez, que caía en mis manos algún número de *Flash* o de *Superman* o de alguna cosa así, no hacían sino confirmármelo. Quizás con diez años podrían haberme hecho gracia, pero no ahora. Bueno, Batman no estaba tampoco mal. Es más: aquellos números dibujados por Don Newton acabarían gustándome bastante, una vez empecé a verlos con otros ojos.

Todo estaba a punto de cambiar. Y fue Justo quien lo supo ver antes que nadie, quien se creyó a pies juntillas lo que decía y, sobre todo, lo que no decía pero dejaba intuir aquel texto editorial de *Los Nuevos Titanes* n.º 31. Eran dos columnas sin firmar, aunque probablemente fueran de Miguel G. Saavedra, quien se encargaría de la sección de correo a partir del siguiente número. Sí, iban a seguir el camino de Forum... pero había algo ya que los diferenciaba de ellos. Algo que aquel artículo en el que se detallaba el origen editorial de *Los Nuevos Titanes* daba a entender, sin decirlo siquiera: se lo tomaban en serio. El Profesor Loki y el Doctor Átomos, y los que vinieron después, como el Doc Skull, nos habían acostumbrado a un lenguaje de buen rollito, de colegueo, de inventarse nombres para las cosas que ya lo tienen. La Patrulla-X era La Patrullosa. Los 4 Fantásticos eran Los 4 Fantasiosos. Y Los Vengadores eran Los Vengativos. Además todas las series se despedían con un típico «saludos mutantes» o «saludos arácnidos», o lo que fuera en función del personaje que se trataba. En aquel artículo de *Los Nuevos Titanes* no había nada de eso. Era serio, increíblemente documentado y muy bien escrito. Estaba plagado de datos y más datos, de nombres de autores, de fechas... Dicho de otra forma, y eso fue lo que consiguió transmitirme: no estaba dirigido a críos. Estaba dirigido a lectores con dos dedos de frente. Como nosotros, hombre, como nosotros. Al menos como nosotros pensábamos que éramos.

Nos pasamos la tarde hablando de la posibilidad de que los de Zinco se hubieran puesto las pilas y trataran de plantar cara a Forum. Lo tenían muy difícil, desde luego, por no decir imposible, pero sólo aquel gesto del artículo consiguió entusiasmar a Justo, que empezó a recordarme lo malos que estaban siendo los últimos números de *Spiderman* y lo decepcionados que estábamos con *Secret Wars II*. Al final tenía razón Lorenzo, el de Madrid Cómics: era una mierda de tebeo, aunque yo no me atrevía a decir tal cosa en voz alta. Había algo de *Spiderman* que exasperaba a todos. Forum había decidido pasarla a semanal, coincidiendo con una época en la que en su interior estaban publicando los estertores de *Marvel Team-Up*, una serie en la que Spidey compartía cada episodio con un héroe diferente. Eso molaba, pero no era comparable a los cómics que aparecían un poco antes, los de Spidey luchando contra el Duende o los del romance con la Gata Negra. En secreto, había empezado a pensar en dejar de comprar *Spiderman*. La broma me salía por quinientas pesetas al mes y me estaba aburriendo. Sin embargo, había una buena razón para leer la serie y Justo no dejaba de señalarla. Meses atrás, *Daredevil*, mi querida *Daredevil*, había sido cancelada en el

n.º 40. ¡Apenas faltaban unos números para la vuelta de Miller y los de Forum la cancelaron! Estaba muy, muy enfadado por eso. Al poco tiempo, la empezaron a publicar como complemento de *Spiderman*. Es decir, en cada número del trepamuros incluían medio número de *Daredevil*.

Por tanto, si nada lo remediaba, el regreso de Miller se iba a publicar a cachitos en el patio trasero de las peores aventuras de Spiderman que había leído nunca. Decisiones así, incomprensibles e inexplicables, sumadas a un bajón en la calidad de los cómics de Marvel y a un cambio en el tipo de papel, que cada vez transparentaba más, estaban haciendo que nos distanciáramos de nuestra afición. Además, desde que Alfredo se había ido, desde que ya no teníamos a nadie que nos aconsejara qué música escuchar, yo había emprendido mi propia búsqueda. Estaba especialmente enganchado a Bruce Springsteen. Por aquel entonces, todavía sonaba en todas partes el *Born in the USA*, que me había grabado en una cinta y que no paré hasta rayarla. No era suficiente para mí, así que me las apañé para encontrar discos suyos más antiguos. Conseguí tres: *Darkness On the Edge of Town*, *The River* y *Nebraska*. Cada uno tenía su propia personalidad, su propio estilo y su propia razón de ser por lo que, según me encontrara, ponía el *Darkness*, que contaba que tenías que creer en una tierra prometida que algún día encontrarías, el *The River*, que era alegre y electrizante, aunque algunas canciones te contaran lo jodida que podía ser la vida, o el *Nebraska*, que era muy deprimente y te servía para pensar que ahí fuera había gente que lo tenía mucho más jodido que tú. Un día, Justo me dijo:

—Ahora mismo te está gustando más la música y las películas que los tebeos.

Y no supe qué responder. Nuestra pasión había encontrado reflejo en el cuarteto que habíamos formado y, roto el cuarteto, la pasión también amenazaba con desinflarse. Hacer hincapié en otra de mis aficiones había sido la respuesta inconsciente a aquello. Lo que tenía claro es que no era capaz de dejar la mente quieta. Necesitaba tener algo que me obsesionara, algo a lo que darle vueltas, algo que ordenar y de lo que aprender todo. Si no eran los tebeos, que fueran los discos. O los libros. Había descubierto que no se me daba tan mal lo de leer novelas, por muchas páginas que tuvieran. Ya quedaba muy atrás aquella adaptación de los primeros capítulos de *V* que me habían comprado mis padres en el aeropuerto. Ahora asaltaba la biblioteca familiar, donde descubría cosas que llamaban mi atención, aunque casi todas fueran *best-sellers*, como *Chacal*, de Frederick Forsyth o *Sinuhé el egipcio*, de Mika Waltari. No me apasionaban, pero sí me entretenían. Hasta que apareció un autor con capacidad pareja a la de los tebeos para engancharme. Había escrito un libro titulado *Insólito esplendor*, aunque ése no era el nombre por el que se conocía a la película a la que había dado lugar. Su autor respondía por Stephen King. Devoré el relato de aquel hotel que volvía loco a su cuidador, aunque lo que me apasionó de verdad fue la historia del hijo: ¡Tenía poderes mentales! Era como un futuro superhéroe, como si Franklin Richards, en lugar de haber sido el hijo de Mister Fantástico y La Chica Invisible, hubiera sido criado por una pareja normal. ¡Si no

había una segunda parte de la novela, con el niño de mayor, ya estaba tardando el tal Stephen King en escribirla! No tardé en descubrir que Plaza & Janés había sacado un montón más de sus obras, en formato bolsillo y por lo tanto asequibles, que además quedaban muy bien en las estanterías. Por entonces echaban una serie de televisión que me había dado miedo como ninguna otra, pero que no había conseguido dejar de mirar. Se llamaba *El misterio de Salem's Lot* y también estaba basada en un libro de Stephen King que no tardé en encontrar y aprenderme de memoria. Este tío debería estar escribiendo para Marvel; no dejaba de pensar en ello.

Justo también estaba buscando nuevos refugios bajo la lluvia y aquel número de *Los Nuevos Titanes* señalaba el camino. Si el texto de presentación lo había entusiasmado y ya estaba pensando en mandar cartas, los anuncios de las próximas series que lanzaría Zinco lo hicieron subir a la estratosfera. Había dos de esos anuncios en las últimas páginas del cómic. El primero era de una serie que se comentaba de vez en cuando, y de pasada, en el Correo de lectores de Forum sólo para decir que era una copia de *Secret Wars* y que era muy difícil de entender si no eras un gran fan de DC. (Pero ¿hay fans de DC?, me preguntaba). Su título era *Crisis en tierras infinitas*, que me parecía bastante confuso hasta que, meses más tarde, alguien me explicó que «crisis» no significaba sólo que la economía se estaba hundiendo: también significaba cambio. Un cambio profundo que hace temblar las estructuras de todo.

En el anuncio descubrí que *Crisis* estaba escrita por Marv Wolfman y dibujada por George Pérez, los mismos de *Los Nuevos Titanes*, ésos que yo decía que tenían que estar haciendo *Los Vengadores*. También adivinaba su espectacularidad, porque la ilustración que acompañaba al anuncio era alucinante: infinitas tierras chocando entre ellas y explotando, con un montón de héroes a su alrededor. No conocía a casi ninguno, por lo que empezaba a sospechar que lo mismo los comentarios de Loki y Átomos no estaban desencaminados: aquello podía ser un lío. Pero quería leerlo. Por primera vez en mi vida quería, de verdad y sinceramente, leer un tebeo que no fuera de Marvel.

El segundo anuncio, el de contraportada, sí que era raro, Era una ilustración en blanco y negro, con el nombre de la serie en vertical y en rojo. Se veía a un tipo con sombrero y gabardina saliendo de un callejón donde había alguien tirado. Debajo ponía: «¿Sabes qué es lo que me gustaría? Me gustaría que toda la escoria de la Tierra estuviera en una sola garganta y tener mis manos en torno a ella». Lo firmaba un tal Rorschach. Serían doce números, sólo doce números, y el título no se entendía porque estaba en inglés. ¿Qué significaba Watchmen?

Justo Manuel no pensaba en otra cosa. Quería comprarse todos los nuevos tebeos que sacara Zinco, aunque tuviera que dejar algunas series de Forum, lo cual me parecía un horror porque yo podía leerlas gracias a que él era quien se las hacía. De pronto, deseaba que aquellas Crisis fueran tan malas y confusas como decían en Forum. Por fin, un buen día apareció el primer número, expuesto en la estantería de

novedades del Cobra. Justo Manuel se puso a dar saltos de alegría y yo me puse a echarle un ojo. Tenía una pinta alucinante: un montón de superhéroes, Pérez dibujando mejor que nunca, catástrofes mundiales... pero donde mi vista se detuvo fue en un anuncio de *Superman*. Nunca me había interesado lo más mínimo, aunque me gustase la película que habíamos alquilado un día en el videoclub y que llegamos a ver tres veces durante todo el fin de semana. No, lo llamativo no era el Hombre de Acero, con su sonrisita y su capita. Era las palabras que acompañaban debajo de un dibujo que me resultaba sospechosamente familiar.

## ESCRITO Y DIBUJADO POR **John Byrne**

Eran ciertos los rumores que corrían por el Correo de Lectores. Byrne se había ido a DC para reinventar Superman desde el principio, como si nunca antes hubiera existido. Como si fuera un personaje de Marvel, decían las malas lenguas. Y además en el número uno venía un distintivo metálico de regalo. Mi radar de tebeos se puso en marcha hasta dar con él en la estantería de novedades. Iba o coleccionarlo, después de todo. Me sentía decepcionado conmigo mismo a la vez que excitado ante la novedad. Era como poner los cuernos a una novia con otra que sabes que te va a gustar menos, aunque no dejas de imaginarte lo que puede ofrecer que no hayas disfrutado hasta entonces. Era pasarse al enemigo en el momento en que tu ejército acababa de recibir una dura derrota, como suponía que uno de sus generales clave, aquel Erwin Rommel que era John Byrne y que lo había sido todo en Marvel, se pasara a la competencia y con él arrastrara a un montón de soldados rasos. Yo entre ellos. Me sentía fatal. Me sentía genial.

En las estanterías también estaban los dos primeros números de aquel tebeo tan raro, *Watchmen*. Justo Manuel empezó a echarle un vistazo. No había ningún personaje que conociéramos y el dibujo no acababa de convencernos. De momento, allí se quedó.

—Pero ¿por qué una tienda de tebeos, revistas y libros de segunda mano se llama El Cobra?

La pregunta revoloteaba por nuestras cabezas hasta que otro visitante habitual de la tienda, un señor que se llamaba Jesús, nos dio la respuesta. El dueño estaba empeñado en poner a la librería Zona 84 porque estaba loco por aquella revista, y casi por cualquier cosa que publicara Josep Toutain, que era un editor muy importante de la época, una auténtica vaca sagrada para los aficionados que se la daban de cultísimos. Decía que el cómic tenía que ser un arte y mamarrachadas por el estilo. Toutain era famoso por su inquina particular contra Marvel, que destilaba en muchas de sus publicaciones, con comentarios despectivos hacia los superhéroes. El dueño de

la tienda recitaba como una letanía todas aquellas barbaridades que decía Toutain sobre Marvel: que si sus cómics eran imperialistas (y fascistas: sobre todo fascistas), que si se producían en una cadena de montaje, que si ningún autor de prestigio trabajaría jamás para ellos... Lo que más lo cabreaba es que, a su juicio, los superhéroes se estaban convirtiendo en una verdadera amenaza para el cómic auténtico, que era el europeo, tan profundo, tan adulto y tan maravilloso que incluso había ayudado a traer la democracia a España, pero que sólo unos pocos elegidos entendían.

Lo suyo por Toutain, y en especial por *Zona 84*, era devoción, así que había llegado a pagar millonadas por completar la serie, tanto la época moderna, la que conocíamos, como la anterior, cuando se llamaba *1984*. Un día, se enteró de que un librero de otra ciudad había bautizado su tienda en honor de alguna de aquellas revistas, así que él quería hacer algo parecido. Llamó El Cobra a su librería en alusión al reptiliano nombre de otra exitosa publicación de la época, que ofrecía cómics bastante underground.

—No voy a coger sin más un nombre que ya existe. Lo que yo voy a hacer es un homenaje.

Todo un alarde de creatividad.

—Ni se os ocurra contar a nadie esta historia o decir que os la he chivado yo, que Iñigo me corta los huevos.

Nos encantaba hablar con don Jesús, que contaba las cosas con bastante sorna e incluso nos había invitado a los tres a una Mirinda en el bar de la esquina y había echado toda la tarde en describirnos la peripecia del Cobra.

—Pero no lo llaméis así, so capullos. Que si se entera de que lo llamáis así se va a enfadar y no os vuelve a dejar entrar en la librería.

Debía contar ya unos cincuenta y bastantes años, lo cual lo situaba en la generación de nuestros padres, pero no se parecía en nada a ellos. Hablaba muy bajito («porque así todos se esfuerzan por escucharte»), estaba encorvado, con los hombros caídos, solía tener la mirada fija en el suelo y se pasaba todo el día metido en El Cobra, hablando de los cómics que a él le gustaban, los que leía cuando tenía nuestra edad.

—El Guerrero del Antifaz, creado por Manuel Gago. Aquello sí que era bueno. Seguro que habrá alguien que os comente que no era más que una copia del Príncipe Valiente de Harold Foster, pero a mí me gustaba mucho. No... no me malinterpretéis, ¿eh? A ver si vais a ir diciendo por ahí que yo hablo mal de Harold Foster. Harold Foster era un genio. ¡El rey de la tira de prensa! Pero el Guerrero del Antifaz era nuestro. ¿Os he contado alguna vez la historia de los Gago?

Le dabas cuerda y se podía estar así horas. No tenía nada que hacer. Don Jesús estaba prejubilado. Le habían dado con la puerta en las narices de no sé qué trabajo que tenía antes. De aquello era de lo único que no quería hablar, y nosotros tampoco insistíamos, porque se ponía muy serio cuando salía el tema y siempre era mucho

mejor hablar de tebeos. Parecía que lo sabía todo sobre los cómics de los años treinta y cuarenta, con los que ninguno de nosotros teníamos demasiada relación. Creo que si estuvimos tanto tiempo comprando en El Cobra fue porque allí no sólo estaba el dueño de la tienda, sino también don Jesús.

Justo Manuel vivió algo alucinante relacionado con don Jesús. Algo que todavía recordamos con mucho cariño. Había aparecido el primer número de *El señor de la noche*. Era una ambiciosa historia que Frank Miller había hecho para DC, ambientada en un futuro en el que Batman, que lleva diez años retirado, tiene que volver a la acción. Fue una de las muchas sorpresas que Zinco nos depararía a lo largo de aquella temporada, pero no sólo por su inmensa calidad, sino también por lo lujoso que era, a medio camino entre el tebeo con grapas de toda la vida y la Novela Gráfica. De los primeros, tomaba prestado el tamaño. De las segundas, el aspecto de producto excepcional y el precio. Nada menos que 390 pesetas.

—Bueno, 390 pesetas por el Batman de Miller no está mal.

—Es que no es un único tomo. Son cuatro.

Ahí estaba el gran problema. Durante aquellos años, nos habíamos acostumbrado a consumir muchas grapas de algo más de veinte duros. Nuestra medida para delimitar lo que era caro y lo que era barato era el precio de una grapa de 36 páginas. En enero de 1986, se metió en la cabeza una canción de La Trinca que ponían mucho en televisión. «El IVA hecho fácil». Ay que el IVA ya está aquí, Ay que el IVA ya llegó, decía la canción. Y tanto que había llegado. De costar 110 pesetas, una cifra que se había alcanzado rapidísimamente desde las 95 pesetas que fueran habituales en los comienzos de Forum, los cómics convencionales habían saltado hasta las 125 pesetas a causa del dichoso IVA y, antes de que nos diéramos cuenta, 1987 nos saludó con unas 140 pesetas así de grandes en todos los tebeos.

—Esto es una barbaridad. Cualquiera día se ponen en 150 pelotas y a ver quién es el guapo que los sigue comprando.

Si aquello ya nos parecía un robo a mano armada, las 390 que pedía Zinco por su señorito de la noche se antojaban como una barbaridad, un imposible. El primer día que vio el cómic, Justo Manuel había ido directo a comprarlo hasta que se dio cuenta del precio brutal que tenía. Entonces, había procedido a hacer un solemne juramento:

—Jamás pagaré 390 pesetas por un tebeo.

Pero, desde entonces, había vuelto varias veces a la tienda y el tomito seguía allí. La primera vez, lo había devuelto sin más a la estantería. La segunda, lo había ojeado con timidez. La tercera, había empezado a fijarse en los detalles.

—Dicen que es lo mejor que ha hecho nunca Miller. Joder, tiene que ser la hostia.

No dejaba de hablar del *Dark Knight*. No sé por qué, pero nadie lo llamaba *El señor de la noche*, que era lo que ponía en la portada, todo el mundo prefería usar el nombre en inglés, tal vez porque era así como figuraba en los artículos que se habían publicado en los tebeos de Zinco donde se cantaban todas sus virtudes. Era una muy buena estrategia. Cada número de *Crisis en Tierras Infinitas* llevaba un montón de

reportajes, lo que era una brillante forma de responder a las críticas que sobre la obra vertían desde Forum un mes el Profesor Loki y al siguiente, el Doctor Átomos. Gracias a aquellos larguísimos artículos, todo el mundo que leyera *Crisis* podía enterarse de quién era quién, por mucho que fuera su primera toma de contacto con los personajes de DC. Pero aquellos reportajes no sólo describían el escenario existente: también avanzaban el que vendría a continuación, con lo que conseguían generar un interés hacia la editorial que nunca antes había existido. Todo ello mientras Marvel seguía descendiendo hacia el ocaso. Hasta yo lo reconocía. ¿Por qué quedarse pillado con *Secret Wars II* pudiéndolo hacer con una gigantesca macrosaga de verdad espectacular como *Crisis*?

Aquella colección de artículos se llamaba DC Post-Crisis y bastaba leerlos para que quisieras hacerte con los tebeos sobre los que se trataba en ellos. Justo Manuel debía haberse aprendido de memoria el que venía en el segundo número de *Crisis*, dedicado a Batman, y el hecho de no tener dinero para comprarse el primer tomo de *Dark Knight* no servía sino para obsesionarse más por el Hombre Murciélago. Lo que ocurriera en Marvel ya le daba más o menos igual, hasta el punto de que se limitaba a pedirme que le hiciera un resumen en lugar de leerse los tebeos. Era Batman por aquí y Batman por allá. Y, cuando no era Batman, era Superman y, cuando no era Superman, era la Liga de la Justicia, Wonder Woman o incluso auténticos perdedores, como Blue Beetle o Firestorm.

Un día, se presentó muy serio en mi casa.

—Qué cara tienes, tío. ¿Qué te pasa?

—Pues que se ha muerto.

—¿Que se ha muerto? ¿Quién se ha muerto?

—Supergirl. Se ha muerto Supergirl. En el séptimo número de *Crisis*.

La prima de Superman, hasta entonces, nos la había sudado pero que mucho. Sacamos la peli del videoclub porque ese día no encontrábamos otra cosa que nos apeteciera y nos pareció una chorrada muy grande. Se suponía que salía Superman, pero sólo se le mencionaba. Años más tarde, nos enteraríamos de que Supergirl iba a ser Superman IV, con Superman y su prima en la misma película, pero no sé por qué nunca llegaron a hacerlo, con lo que podía haber molado. Ni siquiera habíamos leído un tebeo en el que saliera ella y menos aún que lo protagonizara. Pero Justo Manuel se tomó su muerte como si fuera la de su prima o casi la de su hermana. Y no veas la que montó un mes más tarde cuando le tocó a Flash. Mientras tanto, y desde el día en que había prometido solemnemente que jamás se gastaría 390 pesetas en un cómic, debíamos haber vuelto cinco veces a la tienda en un plazo de tres semanas. Quizás Roberto podía haberlo comprado en su lugar pero, desde el incidente de la furgoneta y el cate de Matemáticas, su padre le había reducido al mínimo el presupuesto para tebeos, por muy pijos que fueran en aquella casa. Además, él era más de Vengadores que de cualquier otra cosa. No faltaba mucho tiempo para que llegase el segundo número del *Dark Knight*, pero Justo seguía mirando y remirando el primero, sin

decidirse.

—No vale leérselo aquí, ¿eh? Si no lo vas a leer, déjalo en su sitio, que alguien querrá llevárselo y se lo va a encontrar todo sobado.

El Cobra estaba hecho un encanto. Mi amigo bajó la cabeza, no dijo nada y se fue de la tienda. Al día siguiente, me cogió en el patio del instituto con el convencimiento al que sólo llegan los hombres cuando han meditado algo durante toda la noche.

—Mira, ¿sabes qué te digo? Que lo voy a comprar. Ahorraré lo que pueda, o lo pediré en casa, pero pienso comprarlo. Si hace falta, vendo otros tebeos al Cobra.

—No, tío, eso no lo hagas.

Sabíamos que el Cobra te tangaba la pasta cuando intentabas colocarle algún tebeo. Te daba auténticas miserias y luego intentaba revendértelos por el doble de su precio oficial. Un mafias de cuidado. Al final, no fue necesario. Mientras estaba en marcha el proceso de ahorro, Justo pasó un día por la tienda para descubrir que el tebeo ya no estaba. Había desaparecido. No podía ser. No podía ser. Se quedaría sin el primer tomo de *Dark Knight*.

—Hombre, Justo, a ti quería verte hoy.

Era don Jesús, que se lo llevó al bar a que le contara sus penas y a invitarle a una de sus Mirindas. Y, cuando le estaba diciendo que temía que el tebeo se agotara y que acabarían pidiendo barbaridades por él, don Jesús sonrió, sacó algo de la carpeta de piel que llevaba encima y se lo puso en las manos a Justo.

—Toma, para ti.

Era el *Dark Knight* n.º 1.

—Te lo compré, no fuera que se lo llevara alguien antes. Con las ganas que le tenías...

—Pero don Jesús...

—Ahora me das las gracias, te lo vas a leer tranquilamente a casa y mañana vienes a contarme qué te ha parecido. Oye, ya que había pagado por él, me lo he estado leyendo yo antes. No son las cosas que a mí me gustan, pero reconozco que es bueno. Es muy bueno.

*El regreso del señor de la noche* colmó todas las expectativas que se había hecho Justo Manuel entorno a él, cuando no las superó. Pero lo más importante es que también nos convenció a Roberto y a mí. Ya estábamos enamorados de lo que hacía la «nueva Zinco», que cada mes rompía un nuevo tabú. *Crisis* y *Superman* estaban siendo las series del año, sin lugar a dudas: las que esperábamos con mayor ansiedad y las que más satisfechos nos dejaban. Con toda la espectacularidad, grandeza, dramatismo, giros argumentales y relevancia que ofrecía cada viñeta de *Crisis*, costaba mirar de nuevo a las ya añejas *Secret Wars* como algo que no fuera un rudimentario tebeo de buenos, malos y mucha charleta del Todopoderoso. En cuanto a *Superman*, Byrne lo estaba tratando como si fuera un personaje Marvel. A nadie le hubiera sorprendido si, el mes menos pensado, aparecieran por allí a saludar sus 4 Fantásticos. Por eso mismo, mi última esperanza de redención para mi añorada

editorial favorita consistía en que aquellos tíos que estaban llevando DC a la gloria regresaran a casa.

—Byrne, Miller, Wolfman y Pérez lo que tienen que hacer es volver a Marvel y hacer esto mismo allí.

—¿Para qué? Esto es mejor que cualquier cosa que hubieran hecho antes.

Justo Manuel lo tenía muy claro. Después de leer *Dark Knight*, Batman se había convertido en su personaje favorito. Estaba deseando que Zinco lanzara *Año Uno*, que era la siguiente historia del Hombre Murciélago que había hecho Miller. Si *El regreso del señor de la noche* contaba el ocaso del héroe, *Año Uno* contaría el origen como nunca habíamos visto. Pero, antes de que llegara eso, descubrimos el título que destacaría por encima de todos los demás y que cambiaría nuestras vidas de aficionados, tanto o más que si un día de éstos Superman en carne y hueso hubiera venido a nuestras casas para llevarnos de visita a Metrópolis. La iluminación vino, desde la distancia, de manos de Alfredo. El tío estaba en aquel cuartel de Madrid pelando patatas, haciendo guardias y aburriéndose mortalmente, pero cada vez que podía escaparse al centro de la ciudad, iba a la caza y captura de nuevos tebeos, ya fuera en Madrid Cómics o en alguna de las nuevas librerías que estaban abriendo entonces.

Un día nos llegó un sobre con su nombre en el remite. Eran diez larguísimos folios de letra apretada que ocupaba hasta los márgenes, en los que nos relataba sus últimas peripecias. Era la carta más larga de las cuatro o cinco que ya nos había enviado desde que se fue al Servicio Militar:

«Os mando una foto muy fea que me hizo el otro día Rafita, que es un chaval muy majo de Extremadura que está encantado de estar aquí porque decía que nunca había salido de su casa y gracias a la mili está viendo por fin mundo. De verdad que no entiendo a esta gente: se creen que estar en un cuartel es como estar en un palacio, cuando lo único que hacemos todo el día es el gilipollas. Tíos, de verdad que estoy horrible rapado a cero y a saber cuándo me vuelve a crecer. Todo el mundo me decía que cuando estás en la mili ligas más que nunca, que todas las chicas se pirran por tus huesos. Pues que os enteréis de que eso es mentira. Las tías te miran a la cara y se ríen delante de ti, pasan como de la mierda de los soldaditos y de los uniformes y sólo quieren ligarse a algún macarra que tenga coche. Todos los fines de semana salimos por ahí, a ver qué pillamos, y siempre acabamos de vacío, borrachos como cubas. Es lo único bueno que tiene esto, que hay algunos chavales que son majos. Bueno, eso y poder irte a dejar la pasta en los tebeos. Os mando uno que me ha dejado flipado. Leedlo, por favor. Leedlo y decidme qué os parece. Lo que más echo de menos es hablar de cómics con vosotros. Estoy deseando que llegue el permiso de Navidad y que nos vayamos un rato detrás de la casa de cultura.»

Los viejos tiempos de la casa de cultura. No había pasado ni un año desde aquello, pero parecía una eternidad. ¿Y qué tebeo nos mandaba Alfredo? Pues nada menos que el primer número de *Watchmen*.

Lo habíamos visto ahí, sabíamos que decían maravillas de él, pero no lo habíamos comprado. En aquel entonces, a la hora de comprar un cómic, todavía primaba más que fuera un protagonista conocido y que te gustara, o que al menos tuviera unos autores que hubieran hecho algo muy, muy importante. Como en la vida habíamos visto a ninguno de aquellos personajes ni sabíamos nada del tal Alan Moore y el tal Dave Gibbons, se acababan quedando fuera de nuestra lista de compras, por muy empeñados que estuvieran Sergio Pradera y Miguel G. Saavedra, los articulistas de Zinco, en que aquello era lo mejor que le había ocurrido jamás al cómic estadounidense a lo largo de su historia.

Pero esta vez era Alfredo quien nos decía que leyéramos ese tebeo. Que era bueno. Que era muy bueno. Que iba a estar en el centro de nuestras próximas conversaciones cuando lo dejaran libre por unos cuantos días y pudiera venir a ver a su abuela, que la echaba un montón de menos. Y encima nos salía gratis. Casi nos peleamos por ser el primero en leerlo y acabamos haciéndolo los tres a la vez.

—¿Puedo pasar la página?

—No, espera, que no he llegado al final.

Y cuando llegamos al final... Bueno, cuesta decirlo. Cuesta recordarlo. Roberto debió decir algo así como:

—No me he enterado de nada, pero me ha encantado.

Mientras que Justo Manuel opinaba que...

—Rorschach da miedo. Es como si Lobezno existiera. Ojalá le den su propia serie. El Búho Nocturno este también es como Batman.

Y yo sólo acertaba a decir...

—Entonces, ¿quién creéis que mató al Comediante?

Porque, a día de hoy, pasados más de veinte años, con *Watchmen* señalado unánimemente como el cómic más importante jamás publicado y aupado a categoría de leyenda por toda la atención mediática que atrajo la película y las montañas de tomos recopilatorios que llegaron a venderse, es fácil decir que es una obra maestra, que Alan Moore reinventó el género de superhéroes o quizás lo destruyó para que no volviera a levantar cabeza. Que no hay otro cómic que salvaríamos del incendio de una tebeoteca que contuviera todos los cómics que han existido, existen y existirán.

Pero, en aquel momento, después de leer el primer número, *Watchmen* era, por encima de toda consideración, una acojonante historia acerca de quién había cometido un asesinato. Con toda su ambientación distópica, sus personajes pasados de rosca, su planificación milimétrica, sus incontables detalles, *Watchmen*, en una primera lectura, lo que te dejaba era preguntándote por la identidad del criminal. Sí, nos habían sorprendido muchas cosas, no sólo que estuviera al margen de cualquier cosmos de ficción conectado, como el de Marvel y el de DC, porque era así como hasta entonces funcionaban los superhéroes: nos llamaban la atención cuestiones formales. No había textos ni publicidad de ningún tipo, sólo aquella página en negro y aquel reloj ensangrentado. Lo que en un primer momento nos había parecido el

típico artículo de presentación al que nos habían acostumbrado en Zinco era en realidad un texto que formaba parte de la historia, un fragmento de un libro que existía dentro de la narración que acabábamos de leer y que ampliaba el mundo en el que se movían aquellos superhéroes que habían dejado de serlo porque estaban proscritos, como los mutantes en «Días del Futuro Pasado», pero sin apocalipsis de por medio, sin campos de concentración ni cementerios plagados de tumbas. El fin de los vigilantes había llegado, pero el mundo seguía adelante, aunque estuviera al borde de la guerra nuclear. Lo que en Marvel necesitaban un montón de series para desarrollar, todo un mundo complejo en el que se mueven decenas de héroes y villanos dentro de un contexto coherente, *Watchmen* lo planteaba en una única serie.

—Bueno, ¿qué decís?

—Que el Cobra tiene los dos siguientes números entre los atrasados y que sólo me quedan 200 pesetas.

A mí me sobraban diez duros, así que juntamos las 250 pesetas necesarias para hacernos con los siguientes números. La colección sería de Justo Manuel, que por algo era el que estaba loco por DC, el que primero se había fijado en *Watchmen* y al que más habíamos refrenado Roberto y yo para que le diera prioridad a otras apuestas más seguras: puede que en Forum hubieran cancelado unos cuantos títulos, pero otros estaban sustituyéndolos, como *Marvel Héroes* y *Los Nuevos Vengadores*. Yo me pillé el primero porque tenía una miniserie de Kitty Pryde y Lobezno y obviamente no me la podía perder. Roberto se apuntó al segundo de inmediato. ¡Una nueva colección de Vengadores! Y encima estaba Ojo de Halcón y Pájaro Burlón, y Iron Man estrenaba nueva armadura. Tenía que ser suya.

Dicho de otra manera: Los mutantes y Los Vengadores eran para Roberto y para mí nuestros respectivos amores, nuestras respectivas esposas, pero estábamos distanciados de ellas. La rutina nos había llevado a un callejón sin salida hasta arrastrarnos a los brazos de una amante. Esa nueva chica tan guapa, tan excitante y tan desinhibida que acabábamos de conocer y que nos volvía locos. Nos escapábamos con ella cuando nadie nos veía y pasábamos una noche de sexo y pasión... pero entonces regresabas al hogar y allí estaba nuestra señora, y recordabas los buenos momentos y dejabas de pensar en las broncas y en las discusiones. Pero ¿cómo me he dejado seducir por la otra? Hasta que la otra, que se llamaba DC, aunque nosotros le habíamos puesto el apelativo cariñoso de Zinco, volvía a llamar, obligándote a salir corriendo porque te prometía esas cosas que no podías encontrar ni en tu casa ni en tu matrimonio.

Nuestra manera de relacionarnos con las editoriales que seguíamos ya era bastante peculiar, pero no lo era menos el amor/odio que habíamos establecido hacia el Cobra. Si por nosotros fuera, después de la tercera o la cuarta putada no habríamos vuelto a pasar por allí. En nuestras cartas, le contábamos a Alfredo las más gordas y él no daba crédito.

«¿Estáis locos? Mandad a la mierda al tío ese. Os trata peor que lo que nos tratan

aquí, y aquí nos tratan como si fuéramos menos que una mierda. Si hace falta, yo mismo compro los cómics en Madrid y os los envío.»

Era muy generoso por su parte, pero sabíamos que la situación económica en la que se encontraba no era precisamente buena, aunque su abuela le mandara un poco de dinero de la pensión, lo cual a Alfredo le daba mucha vergüenza y no dejaba de prometer que se lo devolvería cuanto antes. La mujer tiraba para delante sin problemas, pero echaba de menos a su nieto y se sentía sola. Alguna vez nos la habíamos cruzado por la calle y había ido a achucharnos y a besarnos, a decirnos que le lleváramos alguna de esas películas que nos gustaba ver con Alfredo y que ella haría la comida. Quizás lo hubiéramos hecho si no nos pareciera tan raro pasar por allí sin que nuestro amigo estuviera en la casa. Lo que sí hicimos fue preguntarle por el Cobra.

—¿Usted qué sabe de Íñigo, el de la tienda de cómics?

—¿Ése? Menuda pieza está hecho. No *sus* fiéis de él, que engaña a la gente. Eso le viene de su padre, ¿sabes tú? Lo que pasa es que vosotros sois *mu* jóvenes y no lo habéis vivido, pero a su padre le metieron en la cárcel porque vendió boletos de lotería que no eran de verdad, que los había hecho él con una imprenta, y entonces fue y tocó la lotería, y la gente quiso cobrar *to* contenta y no podía, porque esos boletos eran falsos, así que van *pallá* los de la Guardia Civil y le detienen y le meten en la cárcel y allí que se murió. Y ese era su padre y de eso hace por lo menos treinta años, pero el hijo ha *salío* al padre. Antes tenía una tienda de esas de chucherías y guarrerías que comen los niños, y la tenía alquilada al Nicolás, el del supermercado. Al principio *to* muy bien, *to* estupendo, hasta que un día le deja de pagar un mes, y así otro y así otro, y va *pallá* el Nicolás y le dice: «Que me debes ya noventa mil pesetas». Y el otro que sí, que se las va pagar, que no tenga prisas... bueno, *pos* así, dándole largas se estuvo el *mu* granuja cinco meses, que al final hasta insultaba al Nicolás, que será un señor *mu* rico, pero es buena persona y no sé yo por qué le tienen que hacer eso, ¿no? Que ya iba ir el juez a echarle y entonces que se va, que lo deja *to* vacío y hecho un asco, y pone la tienda que ahora tiene, al otro lado del pueblo, que no sé quién será el dueño, pero seguro que es alguno que no le conoce y le hace lo mismo, vais a ver. Un sinvergüenza, eso es lo que es. Mucho *cuidaíto* con él.

Aquello no hacía sino confirmar nuestras sospechas del Cobra. Que estaba hecho un mafias, vamos. Entonces, ¿por qué volvíamos por allí? Había dos motivos fundamentales. El primero, que era muy cómodo encontrar todos los tebeos del mes en un único sitio. El deambular de un quiosco a otro, la inseguridad de si vas a tener o no tu ejemplar se había terminado de raíz. El segundo, que a pesar del Cobra en la tienda habíamos conocido a una fauna de lo más variopinta e interesante. Estaba don Jesús, allí siempre perenne, pero también un señor con corbata, muy amable, que se llevaba álbumes europeos muy caros y un día nos había recomendado que leyéramos cosas de las que en la vida habíamos oído hablar, como *Valerian*, *Thorgal*, y *XIII*.

Hasta nos regaló un tomo de esta última, que estaba muy bien, pero nos daba mucho vértigo.

—Es caro y además esto no es como los tebeos de superhéroes, que se agotan y luego nunca más los ves. Esto lo están reeditando cada dos por tres. ¿No veis que lo de Asterix lo puedes comprar cuando quieras?

Lo decía Justo Manuel y sirvió para autoconvencernos de que no siguiéramos por ahí, que bastante teníamos con lo nuestro como para aficionarnos a otro tipo de cómic. Fue casi lo que le pasó a Roberto, que se empezó a fijar en Silvia, una niña de nuestra edad que era muy mona, más alta que cualquiera de nosotros y que se llevaba los cómics de Esther y Barbie. Se quedó un poco pillado por ella hasta el punto de que empezaron a quedar y él le pasaba tebeos de *Los Vengadores* y ella le dejaba los de Esther.

—¿De verdad que te gusta eso? ¡Si parece una mierda!

—Que no, que está muy bien dibujado.

Pero ella se acabó echando un novio que no había leído nada que no fuera la etiqueta de la Mahou y el Rober estaba hecho polvo, tanto que ni quería que le devolviera los números que le había dejado, aquéllos tan buenos de Korvac, porque si se los devolvía ya no tendría ninguna excusa para quedar con ella. Así que siguieron pasándose tebeos y él se convirtió en lo peor que se puede ser con una chica.

—Soy su no-novio.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Qué va a ser. Que soy su no-novio.

Yo esa expresión no la había escuchado en la vida. Me recordaba a los no-premios de Marvel que inventó Stan Lee para cuando un lector encontraba un error de continuidad y daba una explicación con la que resolverlo. Le llegaba un envío a casa en el que ponía: «¡Felicidades! ¡Este sobre contiene un genuino NO PREMIO MARVEL que acabas de ganar!». Y claro, estaba vacío. Aún así la gente quería tenerlos. Lo de ser un no-novio debía ser parecido.

—Explícate.

—Pues que tengo todo lo malo que puedes tener con una novia. Tengo que ayudarla con los trabajos de clase, estamos todo el rato discutiendo y ella no hace más que enfadarse por tonterías... pero no tengo nada de lo bueno. Es una gran mierda.

Fue Roberto también quien llevó a la tienda a un primo suyo, Dieguito, que debía tener un año más que él, estaba ya en tercero de BUP y nos sacaba como tres cabezas, pero que se había quedado con lo de Dieguito porque se llamaba igual que su padre y así lo distinguían de él. Nota mental: no llames a tu hijo como tú. Hasta entonces, el tío era de los que le habían regalado las colecciones enteras de *Asterix*, *Tintín* y *Mortadelo y Filemón* pero que en cuanto descubrió a los superhéroes se olvidó de todo eso. Le debían dar 1000 pelás todos los domingos, porque se compraba todo lo que salía de Zinco y de Forum, y gracias a él pudimos leer series que se nos estaban

escapando, como *Infinity Inc* o *Green Lantern*. Nos sentíamos un poco culpables, porque parecía como si nos estuviéramos aprovechando y luego no lo dejáramos entrar en nuestro círculo cerrado, el que componíamos Justo Manuel, Roberto, Alfredo en la distancia y yo mismo, pero la verdad consistía en que el propio Dieguito pasaba de nosotros y pasaba en general del mundo. Era un tío muy serio y muy callado. Un día nos lo encontramos en la acera de enfrente de donde estaba la tienda. Estaba a punto de echarse a llorar, con todo lo grande que era.

—Ha sido mi padre. Me ha prohibido volver a comprar tebeos. Dice que me voy a volver tonto de tanto leer.

Intentamos razonar con él, decirle que no era para tanto, que si quería seguir leyendo nosotros se los podíamos dejar, que ya se le pasaría el cabreo a su padre y podría volver a engancharse. Pero no sirvió de nada. Pasado un tiempo, Roberto nos contó que se lo había encontrado en una visita familiar. Se había apuntado a Taekwondo, que era como el kárate y el judo, pero en esa época estaba de moda. Le dijo que tenía tres cajas en su casa llenas de tebeos y no los quería para nada, que fuéramos a por ellos. Era la clase de oferta que no podías rechazar, así que no dudamos ni por un momento.

—¿Seguro que no quieres nada de esto?

—Lo podría vender, pero no me hace falta el dinero y pensé que os podrían gustar.

—Entonces, ¿ya no lees nada?

—Nada de nada. Estoy con el Taekwondo y con las clases todo el día y no tengo tiempo para otra cosa. Y, además, esto al final era siempre igual.

Dieguito era una muestra de los que, con el tiempo, acabamos llamando «los provisionales»: alguien que empieza a comprar tebeos de buenas a primeras, que le da muy fuerte durante una temporada, y luego pasa algo, lo que sea, y se olvida por completo, como si nunca hubiera leído nada. Nosotros también habíamos empezado siendo provisionales, pero habíamos aguantado el tiempo suficiente para que se nos metiera el gusanillo en el cuerpo y ya no nos podíamos escapar, aunque hubiéramos querido o por malas que fueran las circunstancias.

Las de Alfredo no eran las más óptimas para un lector de tebeos. La afición no estaba demasiado bien vista en el cuartel, por lo que tenía que esconderlos donde podía. Nos mandaba cartas para desahogarse y nosotros le contábamos nuestras aventuras con el Cobra. Él estaba alucinado con todo aquello. Pensaba que exagerábamos, que el tipo no podía ser tan rastrero, que por algo se dedicaba a vender cómics y si fuera tan hijo de puta se dedicaría a vender otra cosa, como cuchillos suizos o mantelerías.

Hasta que pudo comprobarlo por él mismo.

Fue en uno de sus permisos. Tenía cinco días para pasar por casa. Cinco días en los que el grupo volvería a estar completo. Fue estar Alfredo con nosotros y recuperamos las viejas costumbres de quedar detrás de la casa de cultura, donde llevó

una caja llena de sorpresas. Las había ido reuniendo en los meses que llevaba en Madrid y había regalos increíbles para todos. A Justo Manuel le había comprado el cuarto volumen de *Dark Knight*, que nunca le había llegado al Cobra. No pudo resistir leérselo, aunque no supiera nada de los tres tomos anteriores.

—Es la mejor historia de Batman que existe. Le da de hostias a Superman. ¡A Superman!

—Jo, no me lo destripes.

—Perdón.

Para Roberto tenía algo verdaderamente chulo. Como buen amante de *Los Vengadores*, había disfrutado horrores leyendo «*La Guerra Kree-Skrull*» en los tomitos de Vértice que tenía Alfredo en sus cajas. Su blanco y negro y sus viñetas retocadas no habían impedido que se situara en el primer puesto de sus aventuras favoritas de todos los tiempos.

—¡Es mejor todavía que «*La saga de Korvac*»!

—¿Mejor que *Secret Wars*?

—¡De largo!

—¿Y que *Crisis*?

—Bueno, a lo mejor están ahí ahí.

No había cosa que le diera más rabia a Roberto que no tener aquellos tebeos y que además no existiera una edición decente de los mismos. Ni Forum ni mucho menos Zinco reeditaban ningún cómic antiguo. Si alguna vez algún lector incauto cometía el error de preguntar por las primeras aventuras de tal héroe, el Profesor Loki o el Doctor Átomos se apresuraban a comentar que esos tebeos eran muy viejos, que seguro que no vendían nada porque los dibujos de entonces habían envejecido muy mal. Era una negativa que a él, completista al máximo, lo sacaba de quicio.

—¡Que sean los lectores los que decidan! ¡Ni que ellos fueran sacerdotes que todo lo saben!

Su deseo de que algún día las editoriales se atrevieran a recuperar todos aquellos años de tebeos encontró una aceptación inesperada cuando Alfredo nos contó que, en algunas librerías especializadas madrileñas, había visto reediciones de material clásico que habían hecho en Estados Unidos: cosas puntuales de *Spiderman*, *Conan* o *Los 4 Fantásticos*. ¿Quién sabe? Quizás Forum se atreviera a sacarlas en el futuro. De momento, Roberto tendría que conformarse con el gran regalo sorpresa que le había traído Alfredo: ¡nada menos que dos números americanos en los que se reeditaba «*La Guerra Kree-Skrull*» a tamaño original, a color y con nuevas páginas dibujadas por Walter Simonson! Nada más sacarlos de la bolsa y tenerlos delante, sus ojos se abrieron de par en par y sólo acertó a decir:

—¡Tíoooooooo!

¿Y para mí? Bueno, pues algo mejor que todo eso.

—Me he pasado unos cuantos fines de semanas buscando esto, figura. ¿A que no te imaginas qué es?

Lo estaba pensando, pero no me atrevía a pronunciarlo en voz alta. De verdad que no me atrevía.

—Toma.

Era  
El  
Patrulla-X  
N.º 6  
De Surco

La muerte de Fénix. Al fin en mis manos. Alucinante. Era una especie de prueba de que Dios existía, y además debía ser un lector de tebeos del copón. Y conseguirlo fue para Alfredo toda una aventura.

—Había un tío que conocí en una librería y lo tenía, pero no me lo quería vender. Decía que ni loco. Me prometió que sacaría una fotocopia, pero no era lo mismo que tener el tebeo en sí. Luego llegué a verlo en otra tienda, que está centrada en la segunda mano y que pedía 5000 pesetas por él, además sin portada ni nada, todo viejo y medio roto. Te quiero mucho, pero no tanto. Total, que un día iba por Vista Alegre, que es un barrio de Carabanchel, cerca de donde está el cuartel, y ahí había un quiosco por el que pasaba de vez en cuando y al que algún día le compraba cosas porque así me ahorra el viaje hasta el centro, que no veas lo que tarda el autobús. Paso una vez y entonces me parece ver que había un *Patrulla-X* entre los cómics del quiosco que no me sonaba de nada y que no parecía de Forum. Me acerco a mirar y resulta que era el dichoso n.º 6 de Surco.

—Pero ¿qué hacía allí?

—Eso mismo pensé yo. «Coño, pero si éste es el tebeo que no encontramos por ningún lado y que tiene a éstos sin dormir». No sabía si me estaban tomando el pelo o qué. Pero resulta que no, que era de verdad. Lo cojo, lo ojeo, veo que está perfectamente, mucho mejor que el que habían puesto tan caro. Os juro que me eché a temblar del vértigo que me estaba dando la cosa, no veas. Bueno, pues en esto que voy a pagar al quiosquero y el tío va a decirme algo, y yo ya pensaba que me soltaría que ése no lo vendía, o algo así. Pero no. Va y me dice: «Ese te lo dejo por cincuenta pesetas». Y yo que no me lo creo. «¿Y eso?», le pregunto. «Pues que lo tenía perdido en una caja del almacén y haciendo limpieza me lo he encontrado esta mañana, pero tiene un montón de años, lo mismo es de cuando mandaba Suárez y todo». Yo le explico que sí, que es un poco viejo, y va el tío y me comenta: «Pues como es tan viejo no lo puedo vender por el precio que pone, que es como si te vendo un yogurt caducado. Por eso te lo dejo a diez duros y no se hable más».

Era el tipo de milagros que, a veces, pasaban. En la semana siguiente, creo que leí dos veces al día ese tebeo. Y cada vez era mejor que la anterior. Podía haber cambiado mis gustos, podía estar pendiente de la revolución que se estaba cocinando

en DC, pero lo tenía claro: La Patrulla-X de Claremont seguía siendo lo mejor del mundo.

El día que apareció Alfredo y nos trajo aquellos regalos inmejorables lo tengo grabado a fuego en la memoria. Me viene una sonrisa nada más pensarlo. Pero lo que hace que me ría a carcajadas, en la situación más insospechada, es acordarme de la primera visita que hizo con nosotros al Cobra. Él nunca había estado en la tienda, pero se lo sabía casi todo del personaje porque se lo habíamos contado nosotros. Estaba deseando ir y era algo que nos daba un poco de miedo, porque no sabíamos lo que era capaz de soltarle al tipo aquel, que todo el mundo se lo había puesto a parir, empezando por su propia abuela. En prevención de posibles incidentes, le rogamos, por favor, que no le dijera ninguna bordería, que él sólo lo iba a ver una vez, pero que nosotros lo teníamos que aguantar todo el rato, que gracias a esa tienda conseguíamos los tebeos y no era cuestión de irritar a la bestia.

—Joder, parecéis mujeres maltratadas diciendo que su marido les pega lo normal.

Jamás nos habíamos parado a pensarlo. Nos quedamos mudos cuando nos dijo tal cosa. Pensé que tenía razón, pero no me atreví a decírselo en voz alta. Fuimos para la tienda y, mientras estábamos echando un vistazo a las novedades y Alfredo se familiarizaba con todo lo que había allí, presenciábamos una de esas típicas escenas a las que ya estábamos acostumbrados. Había entrado un niño de unos ocho años, muy tímido, y se había acercado a decirle algo al Cobra.

—Oiga, señor. ¿Vende usted cuentos de Spiderman?

—¿Cuentos de Spiderman, dices? Pues no sé. Aquí vendemos tebeos. TE-BE-OS. Nada de cuentos. ¿Y tú para qué quieres cuentos de Spiderman? ¿Es que no sabes que los superhéroes americanos son una mierda? Seguro que tienes el cerebro reblandecido de leerlos.

Resultaba que el niño, y esto es algo que el Cobra no sabía, tenía un pequeño retraso mental. Casi no se notaba, si no te fijabas bien, y era evidente que él no lo había hecho. El crío se puso rojo como un tomate y se echó a llorar allí mismo. Lo vimos salir corriendo a abrazarse a su madre, que estaba afuera, hablando con otra mujer. Achuchó al chaval, miró con cara de disgusto a la tienda y se fue en otra dirección.

Alfredo, que había presenciado todo aquello sin poder apartar la vista, se acercó al Cobra y le dijo unas palabras que todavía resuenan en mi cabeza:

—Nunca el nombre de una tienda resultó tan acorde con la personalidad de su dueño.

Creo que el Cobra no asimiló en un primer momento lo que le había dicho, porque se quedó mudo. Cuando su cerebro lo procesó y se puso a soltar tacos, Alfredo ya estaba saliendo por la puerta, y nosotros detrás.

—¡Aquí no volváis, niñatos de mierda!

Salió a gritarnos cuando ya estábamos a diez metros. Hasta mucho más tarde no nos atrevimos a volver por allí. Mientras tanto, nos dedicamos a lo que, unos pocos

años más tarde, hubieran tildado poco menos que de terrorismo callejero. Alfredo había aprendido algunas cosas interesantes en la mili, como por ejemplo que no hay mayor putada para un tendero que le pongan silicona en la cerradura, lo que significa que no podrá abrir hasta que no se pase por allí un cerrajero. Por ejemplo, que si no te gustan los superhéroes, no veas cómo debe joder que te encuentres toda la fachada empapelada con fotocopias de portadas de tebeos de Forum y de Zinco. Por ejemplo, que alguien te pinche las cuatro ruedas del coche. Hacíamos todas esas putadas de manera aleatoria, porque Alfredo nos insistía en que el no saber la siguiente que te ibas a encontrar aumentaba la tortura, pero hubo una a la que le cogimos especial cariño, así que la repetimos varias veces.

Nos dedicábamos a pasar en el Vespino que le habían comprado a Roberto, a toda velocidad, y tirábamos petardos dentro. La poca clientela huía asustada y en tropel, y el Cobra corría detrás de nosotros, gritando que éramos unos delincuentes y un peligro para la sociedad y no sé cuántas tonterías más. Puede que no hubiéramos llegado tan lejos como para abrazar la causa criminal, pero sí que nos habíamos convertido en unos gamberros, nosotros que siempre habíamos sido tan tranquilos y de estar todo el rato leyendo. Pero la culpa era del Cobra, que sacaba a relucir lo peor que teníamos.

Un día, nos encontramos por la calle con don Jesús. Habíamos procurado que nunca estuviera en la tienda cuando hacíamos de las nuestras, pero se lo habían contado todo. No nos invitó a Mirindas En su lugar, nos dijo algo que nos hizo mirar al suelo.

—No seáis tan cabrones, hombre.

Bastó para que lo dejáramos. Ni el tío Ben explicándonos que un gran poder conlleva una gran responsabilidad nos hubiera hecho cambiar. Pero don Jesús sí.

Y así fue como terminó nuestro particular proyecto terror. Al cabo de unos meses, nos encontramos con una pequeña sorpresa: El Cobra se había cambiado de local a otro que estaba unos metros más arriba. Era más grande, lo que le había permitido ampliar el tipo de clientela que buscaba. Ahora tenía también películas de alquiler, refrescos y libros de ocultismo. Todo a la vez. Y ya no vendía cigarrillos sueltos. Los tebeos seguían estando presentes, pero tenían que compartir su espacio con los nuevos productos. Nunca se nos ocurrió llevarnos una de las pelis del Cobra, porque no tardó mucho en extenderse un rumor al respecto: el tío se había comprado un par de vídeos y se dedicaba a duplicar cintas para así no tener que comprarlas a las distribuidoras. Las sucesivas copias cada vez se veían peor o estaban rayadas o a veces incluso a medias, porque la cinta era más corta que la película en sí. Cualquiera se fiaba del Cobra.

## 2012

La última vez que estuve en el tanatorio del pueblo había sido cuando murió la abuela de Alfredo, más de diez años atrás. La señora Teodora era una de las fuerzas vivas del lugar, por lo que recordaba la aséptica sala de espera llena con toda la gente que la conocía. A algunos de ellos nunca los había visto en mi vida, y Alfredo tampoco. Había vivido con su abuela hasta el día que se murió, había contemplado cómo se deterioraba y caía cuesta abajo aquella mujer que, cuando tenía sesenta años, parecía que tenía cincuenta y, cuando tenía setenta, no le echabas más de sesenta. Era la única familia que le quedaba, y en cierta manera, Alfredo había salido a ella: siempre activo, sin pelos en la lengua, amistoso con todo el mundo, excepto con los miserables, sobre los que te advertía y de los que te alejaba.

Me quedaba en la memoria con la imagen de los cuatro y de cómo habíamos terminado hablando de lo mismo de siempre, de los tebeos que estábamos leyendo en ese momento y de lo que estaba pasando en el mundillo, algo que, creo, sirvió a nuestro amigo para evadirse, para olvidarse un poco de todo aquello y que pasara cuanto antes. Recuerdo que acababan de salir los primeros números de *The Ultimates*, que venía a ser una actualización de Los Vengadores, y todos andábamos entusiasmadas con el tebeo, hasta Roberto, que aquello de que le tocaran los orígenes de sus personajes favoritos le parecía una ofensa poco menos que religiosa. Trataba de disimular su enfado, que le costaba mucho conjugar con el hecho de que, a fin de cuentas, aquel cómic fuera uno de los mejores paridos que habíamos leído nunca.

—*The Ultimates* es una colección muy buena, como todas las de la línea Ultimate. A mí no me gustan, pero son muy buenas.

De aquel prodigioso invento de Mark Millar y Bryan Hitch había algo que llamaba nuestra atención particularmente. Justo Manuel fue el que verbalizó el pensamiento, en el que todos estábamos de acuerdo, aunque todavía no nos hubiéramos parado a pensarlo.

—Es una película. Estoy convencido de que Millar lo que quería hacer es una película.

Se habían estrenado *X-Men* y *Spiderman*, y estaba a punto de llegar *X-Men 2*. Marvel había salido de la peor crisis de la historia, de manera que sus personajes por fin estaban llegando al cine tal y como siempre habíamos soñado. Sin embargo, por mucho que nos gustasen aquellas pelis, había un gran problema, que entonces se antojaba como irresoluble. Desde la bancarrota en la que se encontraba, la editorial vendió los derechos de sus héroes a diferentes sellos cinematográficos. Todavía faltaba mucho para que la propia Casa de las Ideas se transformara por sí misma en un estudio, con lo que la única manera de que los planes salieran bien consistía en buscar acuerdos con Fox, con Sony, con Universal, con cualquier productora que estuviera dispuesta a acometer la inversión necesaria. Los resultados de aquella estrategia estaban siendo excelentes, salvo por el detalle de que el reparto entre varias

empresas impedía formalizar aquello que tanto nos había enamorado de esos cómics: un cruce entre ellos. Que vivieran en el mismo mundo, se encontraran, se dieran la mano (o mejor todavía: un par de hostias) y acabaran formando un grupo, como Los Vengadores. Justo lo tenía muy claro.

—El Millar seguro que se paró a pensar en eso cuando vio *X-Men* y tuvo que hacer *Ultimate X-Men*. Pero resultaba que los derechos de Hulk los tenía Universal, los del Capitán América se los habían vendido a fulanito, los de Iron Man a menganito, los de Thor a zutanito... y así es imposible. ¿Qué es lo que pasa entonces? Que va el tío y dice: «Pues la hago yo, y la hago en cómic». Y así es como se puso a hacer *The Ultimates*. Podéis estar seguros de ello.

Es curioso que, lo que nos parecía imposible en 2002, se había convertido en toda una realidad en 2012. En los años mediantes, Marvel había recuperado los derechos de todos aquellos personajes, había reunido suficiente dinero para hacer sus propias películas, había sido absorbida por un gigante como Disney y, por fin, había puesto en las pantallas su propio universo, el que componían las películas de Iron Man, Thor, Capitán América y Hulk y que encontraba sentido con la superproducción que acaba de estrenarse, *Los Vengadores*. No había pensado en ella desde que me enteré de la muerte de mi amigo, pero ahora, en aquella concatenación de ideas, había vuelto hasta la peli para darme cuenta de lo mucho que se parecía a *The Ultimates* para concluir que Mark Millar y Bryan Hitch se habían adelantado a su tiempo y que Justo Manuel lo supo ver antes que ninguno.

Eran las cuatro de la tarde cuando llegamos al tanatorio y allí se habían quedado un par de familiares, de guardia, mientras el resto estaba comiendo y descansando un rato porque esa tarde iba a ser cuando más gente apareciera por allí. Me sorprendió mucho ver que era ella una de las personas que se habían quedado atrás, después de todo lo que había pasado. Estaba sentada, con los ojos rojos y la mirada perdida de alguien que sólo espera superar el mal trago lo antes posible. Llevábamos allí un minuto, como mucho, y habíamos saludado a don Jesús, que fue al primero al que vimos.

—¿Cómo estáis, chicos?

—Vamos tirando, don Jesús. ¿Y usted?

—Pues mira, con veinte dolores y no se me lleva ninguno.

—No diga eso, hombre.

—Es que no está bien, Justo Manuel. No está nada bien. Que se mueran los chavales y nos quedemos los viejos.

—Así son las cosas.

Debió reconocer nuestras voces y entonces levantó los ojos, nos miró, se levantó y se acercó a nosotros.

—Silvia. ¿Cómo es que te han dejado a ti sola?

No contestó. Se abrazó a nosotros, mientras le caían lágrimas por la cara.

## 1987-1988

Conforme pasaba el tiempo y más familiares se habían hecho nuestras caras para el Cobra, nuestra relación con él y su tienda saltaba del amor/odio al odio profundo, sincero y eterno, como sólo puede ser el odio que sientes hacia el enemigo que te jode una de las cosas que más te gusta en el mundo y no tienes más remedio que ver casi a diario. Alfredo incluso llegó a aborrecer los tebeos europeos, que antes le gustaban tanto, sólo porque eran los favoritos del Cobra. La manía que le habíamos cogido a aquel hombre era tan grande que, casi sin darnos cuenta, empezamos a fijarnos de nuevo en los quioscos que aparecían a nuestro paso. El problema es que, puesto que casi todos los cómics que se vendían lo hacían en la tienda del Cobra, muchos quioscos habían dejado de traerlos, los devolvían sin abrir el paquete o los dejaban en el interior del quiosco y sólo lo sacaban en caso de que se lo pidieras expresamente.

Al cabo de unos meses, Justo Manuel había elaborado un mapa con todos los detalles de qué quiosco vendía cada serie. Tenía un corcho en su habitación en el que había clavado con chinchetas una fotocopia del mapa del pueblo con todas las calles del centro. Sobre él, como si fuera el mapa de Londres de *From Hell*, y muchos años antes de que éste existiera, señalaba todos los lugares donde había quioscos y a su lado pegaba *post-its* con las series que llegaban hasta cada uno. Riguroso y detallista, Justo Manuel actualizaba la información todas las semanas, en función de las peripecias que hubiera tenido durante la búsqueda. A pesar de ello, cuando no encontraba algún número en concreto, todavía lo compraba en el Cobra, y yo también lo hacía de vez en cuando. Roberto no. Se había dado cuenta de que era la excusa perfecta para quedar con Silvia, la chica que leía Esther y a la que poco a poco había conseguido aficionarla a otras cosas. Los personajes de Marvel no le entraban, por más que Roberto insistiera y por mucho que le hubiera dejado las que él consideraba sus obras maestras absolutas (mucho Vengadores, pese a que yo le insistía en que lo que le podía gustar a una chica era La Patrulla-X, que por algo estaba llena de personajes femeninos muy bien tratados por papá Claremont). En cambio, Silvia se pirró enseguida por el Batman de Frank Miller, tanto por su versión crepuscular de *Dark Knight* como por su origen oscuro de *Año Uno*, y se volvió loca por *Watchmen*. Decía que era el mejor tebeo que jamás había existido. Se había olvidado de los cómics de chicas y Roberto, quizás por tener madera que echar a la locomotora, quizás porque cada vez estaba más convencido de que donde estuviera la DC innovadora post-Crisis que se fuera al cuerno la Marvel esos últimos años, pasó a hacerse casi todo lo que publicaba Zinco.

Era el mejor momento para hacerlo. Lejos de atenuarse el impulso inicial que habían conseguido con su remodelación total, en Zinco no dejaban de ofrecer tebeos chulos y de enseñar a todo el mundo, tanto a los lectores como a Forum, cómo se tenían que hacer las cosas. A comienzos de año lanzaron *Ronin*, el primer número, en formato prestigio, con lo nuevo de Frank Miller, que ni siquiera trataba de

superhéroes, sino de un samurai sin señor que aparecía en un futuro desquiciado. Tras superar la resistencia inicial, la de un dibujo que era todavía más experimental que el de *Dark Knight* y la de una historia alrededor de temas que nunca nos habían gustado, *Ronin* se posicionó alto entre las series que «había que leer» y también entre las que te obligaban a dejarte una pasta cada mes. Daba igual: puede que por lo que costaba un número de *Ronin* te pudieras comprar tres números de *Los Nuevos Vengadores*, pero mientras que *Ronin* te la releías diez veces, *Los Nuevos Vengadores* no querías ni volverlos a ver después de la primera lectura. «¿Cuántos supervillanos se ocultan en esta cubierta?», decía el n.º 17 de esa colección. A poco que le fijaras, se reconocía un amenazador cactus, un barranco con cara y puños, un tío haciéndose pasar por el sol y una especie de camaleón. En serio: un cactus. Para Justo Manuel, fue la gota que colmó el vaso. Seguiría comprando *Los Vengadores*, que hacía tiempo que había vuelto por allí John Buscema y las historias que escribía Roger Stern eran alucinantes. Pero que le fueran dando a «Los Nuevos Vengativos».

—Esto es una mierda. Un cómic para críos.

Frente al cactus viviente, Zinco proponía no sólo *Ronin*, sino *Shadow*, que era la actualización de un vigilante de los años treinta; *Legends*, la que vendían como la secuela de *Crisis* y estaba dibujada por John Byrne (en realidad, se quedó muy lejos del nivel de Byrne) o *La Legión de Superhéroes*. «Es como La Patrulla-X cuando era la mejor serie de todas», decían Saavedra y Pradera, y Justo Manuel lo repetía, como antes repetía las cosas que afirmaban rotundamente Loki y Átomos. A esas alturas, yo mantenía mi respeto reverencial hacia las dos grandes cabezas visibles de Forum, pero estaba de acuerdo con los de Zinco en que las críticas que les lanzaban eran absurdas, propias de quien no podía soportar que hubiera otro gallo en el corral. Mientras Zinco había adoptado el formato americano, nunca cortaba los números especiales, sino que ese mes aumentaba el número de páginas y estaba diversificando sus productos con miniserias y prestigios, en Forum seguían erre que erre, con sus rígidas 36 páginas de toda la vida, como si no pudieran salirse de esa medida de ninguna de las maneras.

—¿Te imaginas que en Zinco hubieran partido en dos la muerte de Supergirl o el último número? ¡En Forum siguen haciéndolo!

Justo Manuel tenía razón en lo que decía. Pasado un año del renacimiento de Zinco, nos habíamos acostumbrado a su manera de hacer las cosas, y las hacían bien, como debían hacerse. Si antes aceptábamos que nos dividieran los tebeos en dos trozos o que nos pusieran complementos estúpidos en nuestras series favoritas era, sencillamente, porque era lo que se había hecho toda la vida y no imaginábamos que pudiera ser de otra manera. Los de Zinco nos estaban enseñando a tirar los tabúes a la basura.

Las únicas concesiones que hacían en Forum por aquel entonces resultaban cobardes e insuficientes. Por ejemplo, decidieron lanzar algunas series a tamaño original americano y al suculento precio de 100 pesetas, pero optaron por títulos de

segunda fila, como una maxiserie de La Visión y La Bruja Escarlata, que trataba sobre el embarazo de ella y estaba dibujada por un tío con dos manos izquierdas, o aquel Nuevo Universo que se le había ocurrido a Jim Shooter, el jefe de Marvel, y que ya estaba echando el cierre cuando a los de Forum se les ocurrió sacarlo en España. Habían incluido nuevas secciones, como fichas de personajes o una página de opinión en la que contraponían dos cartas alrededor de un tema, una a favor y otra en contra. Era como si se dieran cuenta de que los de Zinco los tenían rodeados, pero las soluciones que aplicaban no eran las correctas, como si se hubieran quedado aturridos. Todavía tenían, sin embargo, muchas cosas interesantes y ese año habían dado en el clavo con dos lanzamientos en concreto: *Classic X-Men*, donde por fin recuperaban las primeras aventuras de la nueva Patrulla-X, ésa que sólo había publicado Vértice en blanco y negro, y luego Surco; y Clásicos Marvel, que precisamente empezaron con «*La Guerra Kree-Skrull*» que regalara Alfredo a Justo en una de sus escapadas al pueblo. En cambio, nada se sabía de una miniserie de Elektra, que había escrito Frank Miller y dibujado Bill Sienkiewicz, utilizando el formato prestigio y que Forum no parecía tener interés en sacar. ¿*Los Nuevos Vengadores* sí, pero *Elektra: Asesina*, no? ¡Venga ya!

A lo tonto, ya estaba en tercero de BUP aunque, como me había ocurrido durante todo el bachillerato, seguía arrastrando varias asignaturas de cursos anteriores. Estaba un día en casa, leyendo cualquier cosa que hubiera salido esa semana, cuando sonó el teléfono. Era Alfredo. La mili por fin había terminado y ya estaba de vuelta. Teníamos que quedar, claro, pero me dijo que sería mejor que lo hiciéramos en su casa y que llevara al resto de los colegas. Debía contarnos algo muy importante.

Los últimos meses de mili habían sido los peores para Alfredo, que seguía sin callarse lo que pensaba sobre cualquier tema, lo cual sólo le había servido para ponerse en el punto de mira de uno de los capitanes, que le hacía la vida imposible, además de prohibirle tener nada que fuera remotamente agradable. Ni lectura ni tabaco ni el cassette ni nada que le recordara que existía un mundo real más allá del cuartel. Como no lo dejaban guardar tebeos en su taquilla, Alfredo había llegado a un trato con un librero de Arte 9, otra de las tiendas de Madrid, del que se había hecho muy amigo. Consistía en que le metiera todas las colecciones que se hacía en una caja de cartón, que él ya se las llevaría cuando pudiera. A lo tonto, y teniendo en cuenta la cantidad de cómics que en ese momento estaban sacando tanto Zinco como Forum, la caja no había tardado en llenarse. Cuando fue a por ella, contenía más de 10.000 pesetas en tebeos. Con una compra de semejante envergadura, los de la tienda solían hacer algunos regalos, por lo que añadieron varios ejemplares de *Marvel Age*, que era una revista con las novedades de Marvel y artículos interesantísimos; otros cuantos de *Direct Currents*, el equivalente en DC, y un par de números de algo que nunca habíamos visto: un fanzine sobre cómic americano llamado *Hero*, que hacía un tío de Barcelona llamado Juan Carlos Cereza y que tenía un montón de información sobre lo que se cocía en el mercado americano. En la caja también había pegatinas,

tarjetitas que repartían las editoriales en el Salón del Cómic de Barcelona y, lo que más le había llamado la atención a Alfredo, una chapa de *Watchmen* con la carita sonriente y la mancha de sangre del Comediante dibujada encima. Chulísima.

—Me acordé de que estabais todos tontos con *Watchmen* y os he traído una para cada uno.

Cómo molaba. Nos las pusimos de inmediato y creo recordar que las llevamos puestas casi todos los días de ese curso. Por la calle nos conocían como los sonrisitas. ¿Sabes lo más cachondo de todo? Más o menos por esa época se puso de moda el Acid House, un estilo de música disco cuyo símbolo era, precisamente, el Smiley, aunque sin la mancha. De una forma u otra, fuimos pioneros, porque al cabo de un tiempo todo el mundo llevaba las chapas, las camisetas y las gorras con la cara amarilla de la enorme sonrisa. Tuvimos entonces la sensación de que se habían apropiado de algo que era nuestro, que de repente un símbolo con el que nos identificábamos nosotros, y sólo nosotros, había pasado a pertenecer a todo el mundo, aunque ellos ni siquiera supieran lo que significaba. Y no sería la última vez que nos pasara.

En la tienda se quedaron con un palmo de narices cuando Alfredo les dijo que se volvía a casa y que ya no pasaría más por allá. Pero no iban a perder un cliente tan fiel así, sin más, así que le habían hecho una propuesta interesante.

—Me dicen que me mandan los tebeos a casa todos los meses, sin cobrarme gastos de envío, pero sólo lo hacen si me dejo por lo menos 5000 pesetas por paquete.

Se había puesto a hacer cuentas y, por muchos tebeos que estuviera siguiendo, no llegaba ni de coña a gastarse nada menos que cinco billetes cada mes, que por otra parte ni siquiera tenía. De hecho, le quedaba muy poco dinero del que había podido ir ahorrando y tenía que encontrar un trabajo «de verdad» cuanto antes. Con la pensión de su abuela no llegaban a final de mes ni de coña. Lo que Alfredo quería proponernos consistía en que de la unión hiciéramos la fuerza.

—Si pido yo sólo, son unas 3500 pesetas al mes. Si os apuntáis vosotros también, entre los cuatro lo mismo llegamos a 10.000. Y a partir de 10.000 pesetas no sólo no nos cobran los gastos de envío, sino que además nos regalan el *Marvel Age*, el *Direct Currents* y el *Hero*, siempre que les queden ejemplares.

Mientras nos contaba aquello, todos estábamos con la mirada perdida. Había una buena razón para ello. Dentro de nuestra cabecita, habituada a suspender las matemáticas, no dejábamos de hacer cuentas en plan Calculín. Si aquello salía bien, podíamos librarnos para siempre del Cobra y de los quioscos. Por fin podríamos comprar nuestros tebeos como era debido, y encima nos los llevarían a casa.

—Tengo el *Superman* n.º 12 esperándome en la salita de estar, tiene una pinta de la hostia, es el final del cruce con *Legends* y no me lo puedo leer —decía Justo Manuel—. ¿Y sabes por qué? Pues porque me falta el n.º 11. Lo he buscado por todas partes y no lo tienen en ningún quiosco. Y El Cobra tampoco lo tiene. Esto es una mierda muy grande. Pero que muy grande.

—No es ni medio normal. Si a mi padre le dejaran de traer un fascículo de la enciclopedia de la Segunda Guerra Mundial que se está haciendo, armaría un buen follón. ¿Qué pasa entonces con los tebeos? —añadía Roberto.

—Bueno, entonces, ¿os apuntáis o qué?

—Nos apuntamos —concluí yo. Era la mejor idea de la historia de las buenas ideas. Era demasiado bonita para ser cierta, pero lo era. Sólo teníamos que conseguir que funcionara.

—Lo importante: tenemos que juntar el dinero antes de que llegue el paquete. Si llega el paquete y no lo podemos pagar, lo devuelven a la tienda y no nos sirven tebeos nunca más. En esto tenemos que funcionar como un reloj. Como el puto ejército de los cojones.

Ese día, todos salimos de casa de Alfredo con nuestra chapa del Comediante en el jersey y con el objetivo de afinar nuestras finanzas para que no tuviéramos problemas con los pedidos. Lo sorprendente es que aquello no sólo salió bien. Es que salió rematadamente bien. Demasiado bien.

En el primer paquete que solicitamos llegó nada menos que el último número de *Watchmen*. Alfredo lo sacó de la caja pero, al contrario que el resto del contenido, ni siquiera le echó un vistazo ya que le parecía poco menos que una ofensa hacia nosotros enterarse de lo que ocurría antes de que lo hiciéramos el resto. Recuerdo que era Navidad, que hacía un frío de cojones y que lo devoramos todos juntos, a los pies de una estufa mientras la abuela Teodora miraba la tele sin importarle demasiado que su nieto, y los amigos locos de su nieto, estuvieran leyendo uno de esos tebeos como si fuera la verdad absoluta revelada a los hombres, de la primera página a la última.

Ozymandias, había sido Ozymandias. Lo había hecho para salvar al mundo. Había asesinado a millones de neoyorquinos. Y Rorschach también estaba muerto. No habría más *Watchmen*. No habría serie regular, ni siquiera para contar las aventuras pasadas de los Minutemen. Aquello había acabado, había cambiado nuestras vidas y nunca volveríamos a regresar a ese mundo, a no ser que releyéramos la historia, cosa que creo que todos seguimos haciendo año tras año. Por cierto, ninguno de nosotros pestañeó con el falso alienígena que destruía el centro de Manhattan. A ninguno de nosotros nos pareció estúpido o inapropiado o fuera de tono, o todas esas tonterías que dijeron cuando cambiaron el final en la película. Nosotros pertenecemos a la cofradía del calamar gigante.

Conforme empezaron a llegar los primeros paquetes, sentimos que entrábamos en una nueva etapa de nuestra afición. Hasta entonces éramos un grupo de amigos con gustos comunes, cuya relación giraba en gran medida alrededor de eso. A partir de entonces, nos transformamos en un club, en una sociedad secreta con sus propias reglas y rituales que debían respetarse. Una vez al mes, cogíamos un cuaderno y apuntábamos cuáles iban a ser las compras del mes siguiente. En un principio podría parecer muy sencillo: al fin y al cabo, cada uno sabía las colecciones que seguía y bastaba con apuntar el siguiente número, pero pronto descubrimos cuán cierto es que

el demonio está en los pequeños detalles. Al menos tres o cuatro veces a lo largo del año había números especiales fuera de colección. A eso sumábamos que algunas entregas podían ser más caras, porque ese mes en concreto tuvieran más páginas, y que la parrilla de Zinco nunca se estaba quieta, con constantes nuevas series y miniserias, sumadas a las cancelaciones que se iban produciendo, siempre para hacer hueco a los productos recién llegados, o al menos así lo sospechábamos nosotros.

—Me he fijado en una cosa —saltó un día Roberto—. Cada vez que cierran una colección, sacan otra nueva. Y me parece que los de Forum hacen lo mismo.

Pero no siempre funcionaba así, porque el número de tebeos no dejaba de crecer. Más bien aquello era como Hydra, los villanos de Nick Furia: corta un brazo y dos más crecerán en su lugar, hasta el punto de que había cosas de las que, tras una larga meditación, decidíamos prescindir.

—Entonces, ¿nadie se quiere pedir el *Escuadrón Suicida*?

—Puede que esté bien, pero a mí ya no me llega.

—A mí tampoco.

—Yo paso.

—Vale, pues nos quedamos sin el *Escuadrón Suicida*.

—Oye, ¿y si la pillamos entre los cuatro?

—Bueno, venga.

Al tercer o cuarto envío, ya se había corrido la voz de que nos dedicábamos a comprar cómics en Madrid, que nos los mandaban por correo. Éramos «los chicos que coleccionaban tebeos», si caíamos bien a quien hablara de nosotros, o «los pirados esos que seguro que se drogan», en caso contrario. Nosotros, al igual que les pasaba a los pijos, a los rockers, a los moteros y a los gafotas (entre los que también nos encontrábamos unos cuantos de nosotros), habíamos tomado conciencia de grupo, cuando no conciencia de clase. Nosotros frente al mundo que nos odiaba, nos temía y no nos comprendería jamás. Hay que ver cómo se nos iba la pinza. Cada vez nos lo currábamos más y cada vez estábamos más metidos de lleno en el tema. Por aquel entonces yo me enteré, porque debí leerlo en el *Marvel Age* con mi inglés de bachillerato, que en Estados Unidos iban a dar por fin colección propia a Lobezno.

—Vete tú a saber cuándo saca eso Forum aquí y en qué formato.

No podía ser. Cuando todavía éramos unos críos, podíamos aguantar la espera y dar por hecho que los de Forum «harían lo correcto». Pero ya no. Nunca más. Fue cuando se me encendió la bombilla y me atreví a lanzar la pregunta que alguno ya venía rumiando desde hacía meses.

—¿Y americano? ¿No podemos pedir americano? Aunque sea por probar.

—Pero tío, con el inglés que nos dan, ¿tú te crees que vas a entender un tebeo?

—Oye, pues así practico y saco mejores notas.

Era una excusa como cualquiera otra. Yo quería mi número uno de *Lobezno* (perdón: *Wolverine*) antes que nadie. Y punto. Cuando me llegó, estaba loco de contento, pero es verdad que tardé tres días en descifrar lo que decía y tampoco es

que me emocionara especialmente. ¿Qué pintaba Logan con un parche en el ojo?

Había más lectores de cómics repartidos por toda la ciudad. A muchos los conocíamos porque nos los habíamos encontrado en el Cobra. A otros no los habíamos visto jamás, tal vez porque todavía estaban en primero de lector de cómics y seguían comprando en los quioscos que tenían más cercanos y a nosotros sólo faltaba que nos dieran un título para colgarlo en la pared. De repente empezaron a acercarse, porque sabían lo que estábamos haciendo. Se lo habíamos contado cualquiera del grupo o se lo había contado alguien a quien se lo habíamos contado nosotros o se lo había dicho el cartero que nos llevaba los paquetones.

—Aquí tienes. Son 12.675 pesetas. Joder, estos pedidos vuestros cada vez pesan más.

En los pueblos todo el mundo se conoce y todo el mundo acaba hablando y sabiendo qué hace el otro. Y el nuestro no había dejado de ser un pueblo, por mucho que nos empeñáramos en lo contrario.

Fue uno de aquellos chavales, que nos miraba poco menos que con admiración cuando aparecíamos con un número de *Hero* o de *Marvel Age* o de cualquier cosa que no llegara de ninguna manera allí, el que nos dijo:

—Oye, si yo os pido un tebeo y os doy el dinero, ¿me lo podéis traer?

Ostras.

No se nos pasó por la cabeza, pero era el camino natural. Lo que habíamos montado entre los cuatro podía crecer y crecer hasta ser algo grande. Al principio, no parecía que fuera a suponer mayor problema. El chico ese tan alto de 3.º B quiere que le pidamos tres colecciones: nos las paga por adelantado. El vértigo llegó cuando nos dimos cuenta de que se había unido a la fiesta otro chaval, que vivía en un pueblo a diez kilómetros y que sólo podía pasarse por aquí gracias al autobús del instituto; un señor que antes compraba en El Cobra pero tuvo una bronca con él porque intentó tangarle con unas ediciones encuadernadas de *Conan El Bárbaro*; un chico que vino a preguntarnos porque se lo contó otro chico que ya estaba llevándose diez series todos los meses. Y lo más sorprendente de todos: un colega de Roberto que estaba en Sevilla y con el que se carteaba porque había visto un anuncio suyo en un tebeo de Zinco. Los paquetes ya no eran de poco más de 5000 pesetas. Llegamos a recibir alguno que tenía un reembolso de cerca de 30.000.

Manejábamos cantidades astronómicas de dinero, aunque no era nuestro, porque nosotros seguíamos estando siempre pelados, salvo por el bueno de Roberto, que seguía estando entre algodones y su padre le soltaba un taleguito todos los domingos. El resto, nos apañábamos como podíamos. El caso más sangrante era el de Alfredo, porque todos los demás estábamos todavía en el instituto y nuestra mayor preocupación era pagarnos los tebeos, alguna escapada al cine, alguna cinta virgen para grabar cosas y poco más. Para Alfredo, en cambio, los tebeos eran una pequeña parte, por mucho que también se dejara su pasta y sus neuronas en ellos. Nunca me dijo lo que pagaban de pensión a su abuela, pero no debía ser mucho, así que él

también tenía que contribuir con un poco de dinero para hacer la compra, pagar la luz, el agua y el teléfono. Durante los meses de la mili, había aparcado el problema, pero ahora que había vuelto ya no lo podía dejar más de lado: tenía que encontrar algo.

La ventaja es que la abuela Teodora debía conocer a medio pueblo y un día se había encontrado en la carnicería con la mujer de don Anastasio Fuentes, el desriñonado, que era uno de los señores más importantes de toda la zona, famoso porque se pasó desde los doce años cargando paquetes de libros y revistas para una repartidora local. Cuando cumplió los veinte, había reunido el dinero suficiente para comprar la empresa al dueño. A los treinta, era la mayor distribuidora de la región y a los cuarenta, ya no quedaba empresa que le hiciera la competencia. Decía la leyenda que lo del desriñonado venía de que, poco después de comprar el negocio, se había hecho una lesión en la espalda y el médico le dijo que se dejara de hacer el tonto, que no podía cargar con pesos. Él mismo era el que lo hacía todo: conducía la furgoneta, llevaba las cajas a los clientes, hacía las facturas... Así que no podía permitirse el lujo de parar y menos aún de contratar a un ayudante, porque se había dejado el dinero en pagar al anterior dueño. Total, que siguió currando doce horas todos los días y como consecuencia de eso la espalda se le había puesto como un acordeón, con una herida muy fea que, al cabo de los años, lo obligaría a andar con bastón. El tío además estaba calvo y hacíamos la broma de que era como el Profesor Xavier.

—¿Y Magneto? ¿Quién es entonces Magneto?

—Está claro: Magneto sólo puede ser el Cobra.

Aquel día, mientras encargaba su cuarto y mitad de pollo, va la abuela Teodora y le dice a la señora de don Anastasio que su nieto es muy buen chico, que es muy leído y un auténtico experto en libros y revistas, que se pasa el día metido entre papeles y que seguro que haría carrera en la empresa de su señor marido, que hágame caso, que no se va a arrepentir, que no es porque yo sea su abuela, que el chico de verdad que se lo merece, lo que pasa es que ha tenido muy mala suerte en la vida, el pobre, mira que morirse sus padres en un accidente de tráfico cuando no tenía ni tres añitos, que ella lo había visto crecer y que no había niño más bueno en toda la región.

Llega a oír Alfredo todo aquello y se muere de la vergüenza. Pero debió pillar a la mujer en una etapa sentimental y debió comentar el tema con su marido, que a los dos días estaba llamando a nuestro amigo para que se presentara en el despacho.

—A ver, chico. ¿Tú que sabes hacer?

—Pues lo que haga falta.

—¿Serías capaz de hacer los pedidos de revistas en un almacén y preparar luego las cajas para que se las lleve el repartidor a los quioscos?

—¿Que si sería capaz? Pero si ya lo hago todos los meses con mis colegas. ¿No le han contado la que hemos montado en mi casa?

Don Anastasio no tenía ni idea del paripé que nos traíamos a cuenta de los pedidos de tebeos a Madrid. Se quedó de piedra cuando se lo contó Alfredo con todo

detalle. Debió resultarle muy impresionante la manera en que el chaval llevaba las cuentas porque no se le escapaba una y sabía perfectamente quién había pedido qué, quién había pagado cuál y quién debía cuánto. Era como mirarse en un espejo y descubrir un yo más joven pero igual de espabilado, sólo que en la década de los ochenta y con unos pelos que daban miedo, pero un yo más joven e igual de espabilado después de todo. Si Alfredo era capaz de montar aquello, seguro que hacerlo a lo grande y que le pagaran a cambio unas cuantas perrillas no suponía problema.

El trabajo era suyo y consistía fundamentalmente en preparar las cajas con las revistas y los coleccionables que luego el repartidor se llevaría a cada quiosco. La base de operaciones estaba en una nave industrial a las afueras, con un enorme cartel de FUENTES S. L. en la fachada y un calor espantoso en el interior cuando era verano y un frío que se te metía en los huesos cuando llegaba el invierno. Dentro de la nave, había un pequeño despachito con una mesa, cuatro sillas y todo lleno de papeles, de cajas y de trastos, con una radio y una tele pequeñas y medio rotas. Allí Alfredo rellenaba albaranes o se echaba un peta en un rato de descanso. Estaba casi todo el día solo, esperando que llegara el camión, así que no fue demasiado problema que nos pasáramos por allí, un hábito que convertimos en diario. Su despacho acabó siendo también el nuestro.

Las Mirindas habían dejado de mojar nuestro inocente gástrico desde mucho tiempo atrás. Nos habíamos pasado a la cerveza y, cuando había posibles, al güisqui, al ron o a la ginebra. Justo Manuel y yo estábamos ya fumando y nos comprábamos el paquete a medias, mientras que Roberto seguía resistiéndose, aunque eso daba igual, porque el despacho se llenaba de un humo espeso que todos respirábamos, incluido él. Alguien debía colocar la foto de Roberto junto a la definición de «fumador pasivo».

—Tú debes ser más de pipa, como Reed Richards.

Empezó como una broma, pero al cabo de dos semanas, tenía su propia pipa. Y con los años fue una colección completa. Lo cachondo es que nunca se tragó el humo, pero parecía un señor con aquello en la boca.

Había tabaco, había alcohol, Alfredo se llevó su equipo de música, así que había *rock and roll*, o *hard rock* a secas, cuando no directamente metal. Nos habíamos ido volviendo cada vez más heavies en nuestros gustos musicales y lo que se oía allí era el The New Order de Testament, el Sonic Temple de The Cult, el State of Euphoria de Anthrax, el And Justice For All de Metallica y cosas así. A Bruce Springsteen, que a mí me había flipado tanto, lo teníamos crucificado desde Tunnel of Love, pero lo habíamos sustituido por otros vecinos de New Jersey: Bon Jovi. Su primer disco, en especial «Bad Medicine», debimos rayarlo.

Lo siguiente que hubo fueron las chicas. No sé si era por el vicio de fumar, el caso es que Justo y yo habíamos adelgazado (él luego volvería a engordar), estábamos medio guapetes y las chavalas nos miraban con otros ojos desde que se

enteraron de las juergas que nos montábamos en el almacén. No te creas que arrasáramos, pero teníamos nuestro público. La Conchi, la Zulema, la Sole y alguna más de la que no me acuerdo. Fueron nuestros rollos de entonces, alguno tan duradero que ascendió a categoría de novia, Cuando no venían con uno venían con otro, aunque Alfredo era el que de verdad ligaba de todos, que por algo tenía más edad y un trabajo remunerado. Sus amigas solían tener a su vez amigas, que pasaban a tomarse algo de vez en cuando. El despacho era pequeñito, pero el almacén era gigantesco, con muchos recovecos en los que esconderse, como si fuera la Batcueva. Sólo que nosotros no nos escabullíamos por allí para investigar crímenes. Lo hacíamos para meter mano a la chavala de turno.

Un día, Roberto nos dijo muy bajito, como pidiendo perdón:

—¿Os importa que se venga Silvia? Lo acaba de dejar con el novio y lo está pasando fatal.

¿Dónde estaba el problema en que viniera Silvia, si nos estábamos llevando a otras tías que quisieran ir? Pues que Silvia no se había enrollado con Roberto, sino que era... su no-novia, por utilizar el término que tanta gracia nos hacía a todos menos a él. En el club éramos nosotros cuatro y sólo nosotros cuatro. Ninguna de las chicas con las que salíamos formaban parte de él, sólo estaban de paso. Introducir a Silvia en la ecuación equivalía, en el fondo, a aumentar hasta cinco el número de socios, por eso Roberto nos preguntaba si nos parecía bien. Y claro que nos lo parecía, ¿por qué no nos lo iba a parecer?

—¿La ha dejado el novio? Tío, es tu momento.

—Joder, qué bruto.

—No tío, a por ella.

Roberto se hacía el sensible y el buen amigo pero en el fondo, y le costaba reconocerlo, estaba contento de que la Silvia ya no estuviera con el imbécil aquel de dos metros que no sabía ni dónde estaba Cuenca. Creía que se podía ganar a la chica a fuerza de ser su hombro sobre el que llorar. Y lo consiguió, qué duda cabe. Lo de ser su hombro sobre el que llorar.

Así que Silvia empezó a venir a las reuniones en nuestro cuartel general. Una chica entre los chicos que coleccionaban tebeos, y no para ligar con ella, simplemente para estar con ella. Pensábamos que sería raro de cojones, pero no. También leía cómics y literatura fantástica. Nos ganaba a todos en libros y fue la que nos los acabó dejando. También fumaba, también se tragaba las birras como si fueran agua... ¡En eso se parecía a cualquiera de nosotros! Sólo que era guapa y lista a rabiar. No es que Justo Manuel, Alfredo y yo acabáramos sincera e incondicionalmente enamorados. Es que, cada uno por su cuenta, nos encoñamos platónicamente de ella, en mayor o menor medida, aunque no le diéramos demasiada importancia. A ver si me entiendes: ninguno se enrolló con Silvia ni trató de hacerlo porque sabíamos que le gustaba a Roberto y por lo tanto el tema estaba fuera de discusión.

Roberto era mono, y encima de padres con pasta, y me sé de dos o tres a las que

se hubiera llevado detrás de los billares del leo para enrollarse un rato o lo que se terciase. Qué narices, si lo había hecho en el almacén antes de que apareciera nuestra quinta Beatle, nuestra Yoko Ono. A partir de entonces, el corazón de Roberto pero también su cerebro y todas sus vísceras pertenecieron a ella. Ninguno teníamos ni idea de qué pensaba Silvia al respecto, porque era evidente que estaba al loro, aunque se callara. Antes de conocerla, yo daba por hecho que Roberto era el tonto útil con el que llenaba su tiempo y que le hacía unos cuantos favores en plan me ayudas con los exámenes, que tú sacas todo sobresaliente, tío, y eso se cotiza, pero era mucho más complicado. Silvia no era la típica estirada. Era maja, de verdad que sí.

Al despachito de FUENTES S. L. fue donde Alfredo había trasladado toda su infraestructura de pedidos a Madrid. Allí, antes de abrir las cervezas y abrir las puertas a las invitadas, nos poníamos serios y elaborábamos las listas de los tebeos que íbamos a solicitar, recopilábamos los encargos que nos había pasado toda la gente que estaba subida al carro e incluso recogíamos la mercancía. Era mucho más cómodo que mandaran los paquetes a aquella dirección, porque Alfredo estaba siempre y así no se encontraría con la desagradable sorpresa de que fuera su abuela la que abriera la puerta al cartero.

—Pero niño, ¿qué es este paquete tan grande que cuesta dieciocho mil pesetas? ¿Tú en que andas metido?

La pobre mujer debía de pensar que su nieto traficaba con drogas. Y en el fondo, no dejaba de ser así, porque cada vez se enganchaban más y cada vez nuestra vida giraba más sobre aquello, no tanto alrededor de lo que leíamos en los tebeos, sino también de los tebeos que nos comprábamos, hasta llegar a picarnos entre nosotros de manera un poco tonta, a ver quién la tenía más larga. La lista del mes, claro.

—Rober, este mes te llevas veintiuna series.

—Bah, eso no es nada. Yo creo que he contado veintidós.

—Sí, pero yo he pedido tres prestigios. Lo tuyo son grapas a secas.

—Uf, yo sólo había pedido veinte. Déjame repasar la lista, a ver si se me ocurre algo más.

El núcleo duro, el Círculo Interno, como en el Club Fuego Infernal (unos enemigos de La Patrulla-X), estaba formado por nosotros cuatro, más Silvia, que aunque no pedía nada estaba casi siempre en las reuniones y nos aconsejaba sobre algunas colecciones. Ella seguía varios títulos, que le dejábamos cualquiera de nosotros, y nos aconsejaba sobre lo que molaba y lo que no.

—De lo que estoy leyendo ahora, lo que más me gusta es *La Cosa del Pantano*.

Después de firmar *Watchmen*, Alan Moore se había convertido en el guionista número uno del que no te podías quedar sin nada de lo que hiciera. Había escrito un tebeo de Superman que era la hostia, en el que veías lo que hubiera pasado si Krypton hubiera seguido existiendo. *La Cosa del Pantano* era todo un riesgo, puesto que el personaje no interesaba a nadie, pero te la comprabas porque la escribía Moore y no defraudaba lo más mínimo. En uno de los episodios, resulta que La Cosa del Pantano

tiene una novia, pero no pueden follar porque él es un monstruo hecho de hierbajos y barro. Entonces va Swampy, como lo llamaban los yanquis, y se saca una especie de patata del estómago y se lo da a comer a ella, que se queda toda colocada. Tienen una especie de polvo, pero sin sexo, Muy raro. Alfredo se quedó muy pillado con aquello.

—Tío, están contando cómo se meten setas alucinógenas o algo así. ¡En un tebeo de superhéroes! El Moore este es la caña.

¿Qué te crees, que Silvia lo cogió por la perspectiva romántica? No, de eso nada. Le entró el morbo de probar las setas. No las cocinadas, sino las otras. Alfredo le siguió el juego y no paró hasta que consiguió unas pocas. Nos las tomamos una tarde de sábado, siguiendo escrupulosamente las instrucciones del tío que se las había vendido, uno muy raro con trenzas y gafitas a lo John Lennon que vivía junto a la gasolinera y nadie sabía si trabajaba en algo. Seguimos todo lo que nos dijo al pie de la letra: que creásemos un ambiente tranquilo, que no nos asustáramos y fuéramos poco a poco y no sé cuántas cosas más, pero no nos colocamos ni siquiera un poquito. Como mucho, a Justo le dio ardor de estómago y a mi me entró más hambre, así que tuve que ir a por unas hamburguesas para todos, y camino del Jalomi iba medio mareado, único síntoma de que había tomado aquello. Lo de navegar por las constelaciones, como en el tebeo de Alan Moore, ni por asomo. Menuda decepción. Antes de que El Castigador o Capa y Puñal se presentaran allí a decirnos lo que pensaban, se acabó lo de las drogas. No molaba.

A Justo y a mí el número aquel del polvo, como acabamos llamándolo, nos dio igual, pero nos acojonaron los siguientes, que conformaban una historia de terror de morirse de buena. Roberto no estoy muy seguro de qué pensaba entonces. Decía que le gustaba, pero no parecía muy entusiasmado. Creo que empezó a pedir muchas cosas de aquéllas, que se salían un tanto de lo que solíamos comprar, sólo porque a Silvia le apetecía leerlas.

Con todo aquel montaje, sólo nos faltaba una cosa: hacer un fanzine. A finales de los ochenta, los lectores de tebeos tarde o temprano acababan haciendo un fanzine o, como mínimo, se lo proponían. Se habían multiplicado exponencialmente al amparo de los anuncios en una sección que se publicaba en los tebeos de Zinco que se llamaba *DC Connection*. La gente mandaba su fanzine, casi siempre de información sobre cómic americano, aunque los había con otras cosas, y Miguel G. Saavedra hacía un pequeño comentario y daba la dirección a la que había que pedirlo. En las librerías especializadas solían tenerlos también, así que la que nos servía a nosotros nos enviaba algunos de vez en cuando. Ya te he hablado del *Hero*, pero había un montón. El *Plot*, el *Ragnarok*, el *Game Over*, el *Passive Comics*, el *Secret Crisis*... ésos eran los mejores. Los había muy bien hechos, redactados con ordenador y todo, y los había que incluso estaban escritos a mano. ¿Cómo íbamos a dejar nosotros de hacer un fanzine? No, hombre no, teníamos que lanzarnos a la de ya. Y tenía que ser de los buenos. Informativo, pero al mismo tiempo analítico. Riguroso, pero también divertido. Cuanto más pedo estábamos, más desbarrábamos del fanzine.

—Tengo una idea, colegas —decía Alfredo—. Hacemos un titular en portada a lo bestia que ponga «¿Batman en Marvel?», con un dibujo de Batman con Spiderman y Lobeznó. Y dentro metemos un artículo en plan: «Pues claro que no. ¿A quién se le ha ocurrido semejante estupidez?».

Cuando nos pusimos manos a la obra, nos dimos cuenta de que era más divertido hablar del fanzine que hacerlo. A todos nos costaba una barbaridad escribir nada que tuviera el menor sentido o fuera siquiera legible. No nos poníamos de acuerdo en qué secciones debíamos incluir y tampoco en el tema de portada, que no iba a ser el de Batman en Marvel, ni en el nombre de nuestro panfletillo, que terminó por llamarse *La gaceta de Gotham y El clarín de Latveria*, las dos cosas a la vez, para que no pareciera que éramos ni Marvel ni DC, sino tipos equilibrados a los que les gustaba de todo, aunque luego en los artículos ya veías de qué pie cojeaba cada uno. Por un lado tenías una portada, le dabas la vuelta, lo girabas y tenías la otra. Un flip-book, así es como nos enteramos luego que se llamaba aquello. Nos hartamos de escribir, de recortar papelitos y de pegarlos con pegamento, que nosotros no teníamos ordenador ni conocíamos a nadie que nos lo dejara usar. Bueno, Roberto tenía, pero explícale tú a su padre para qué lo queríamos. Una vez terminado de escribir y maquetar, para que quedara bonito, nos propusimos llevarlo a una imprenta, pero en cuanto nos dieron un par de presupuestos optamos por bajar el nivel y recurrir a fotocopias de las de toda la vida. Luego nos tocaría poner las copias en fila, juntar las páginas y graparlas nosotros mismos ejemplar a ejemplar. ¡Menudo palizón!

Terminamos el primer número de *La Gaceta de Gotham/El clarín de Latveria*, con su tirada de 150 unidades a 200 pesetas cada una. Lo repartimos entre los chavales que pedían cosas por el club y mandamos unos cuantos a la librería de Madrid que nos servía los tebeos. Al cabo de un par de meses nos preguntaron si teníamos más, que se les habían agotado y había gente que los pedía. Así que hicimos otro número y otro después de aquél. Todavía tengo algún ejemplar suelto por casa.

Éramos unos críos juntándonos para hacer un pedido de cómics a Madrid y para escribir cuatro chorradas en unas cuartillas mal fotocopiadas. Pero nos sentíamos como los miembros de una sociedad secreta que algún día salvaría el mundo.

## 2012

Aunque los Pink Floyd se separaron a mediados de los ochenta, los fans siempre tuvimos la esperanza de que volvieran a unirse, que grabaran otro disco y tocaran juntos. En 2008, después de que muriera Rick Wright, el teclista del grupo, supimos que tal cosa sería imposible. Daba igual que Roger Waters y David Gilmour hubieran hecho las paces al día siguiente. Ya eran como los Beatles, o como Stan Lee y Jack Kirby. La magia nunca más se repetiría porque faltaba uno de ellos.

Nosotros llevábamos desde hacía unos cuantos años diciendo que a ver cuándo nos volvíamos a juntar los del club, que siempre que coincidíamos faltaba alguno, no porque estuviéramos cabreados los unos con los otros, que alguna bronca sí que tuvimos, pero sin que llegara a mayores, sino porque es lo que pasa cuando la vida te lleva en una dirección distinta a la que ha conducido al resto de tus amigos del instituto.

Aquel día, ante el ataúd, me di cuenta de que la única reunión posible sería la que estábamos viviendo en ese preciso momento, con uno de nosotros sólo de cuerpo presente metido en una caja de madera. Roberto había muerto y allí estábamos Justo Manuel, Alfredo, Silvia y yo. Antes de la ceremonia su madre, muy anciana, pero todavía viva, nos había pedido que fuéramos nosotros los que cargáramos con el ataúd desde la iglesia hasta el coche fúnebre. Aunque tenía más familia, con primos y tíos lejanos, nosotros éramos sus amigos y nos conocía mejor que a los otros, nos dijo. No sé si era algo que ella tuviera pensado o un último deseo de Roberto. Cuando tienes claro que te vas a morir en poco tiempo, preparas ese tipo de cosas, y Roberto solía ser bastante cuidadoso con algunos detalles.

Antes de pasar al funeral, vino alguien a saludarme. Resultó que era Dieguito, el primo de Roberto, al que llevaba un montón sin ver. Dieguito, te juro que lo seguían llamando así, se había metido a constructor, nada menos, que lo de las pelás era cosa de familia. Se había hecho de oro construyendo chalets adosados a las afueras del pueblo, que se los quitaban de las manos y que no dejaban de subir de precio, hasta que había llegado la crisis. Me contó que había cerrado la constructora, que había tenido que echar a veinte tíos a la calle, que el banco le había embargado las cuentas y que estaba viviendo de su mujer y criando él a los críos.

—Fíjate, las vueltas que da la vida. Si hubiera sido yo el que hubiera montado una tienda de tebeos...

—¿Volviste a leer alguno alguna vez?

—Qué va, tío, eso era cosa del Roberto, pobrecillo.

Era la primera vez que entraba en una iglesia en mucho tiempo. Y daba igual que hubieran pasado tres décadas desde la anterior visita, que seguía sabiéndome de memoria todo cuanto hacía el cura, rezos incluidos. Recuperé entonces la técnica habitual para hacer que aquello se pasara rápido. La había aprendido de crío y desde entonces me había servido para todo tipo de situaciones. Consistía en repasar

mentalmente cómo eran las portadas del primer volumen de *Spiderman* de Forum. Me sabía de memoria las setenta y cinco primeras, y a partir de ahí me costaba más sacar las siguientes, hasta el n.º 100, pero acababa por conseguirlo, lo que era perfecto para distraerse. Antes de llegar al cincuenta, sin embargo, ya cargábamos con la caja sobre los hombros.

Estaba con la mirada perdida en la nada y el semblante circunstancial, tratando de aguantar el peso, cuando una presencia en la última fila me sacó por completo del ensimismamiento. Era un tío muy mayor, con la cara cruzada por mil arrugas aún más exageradas por la delgadez extrema. Llevaba gafas de sol, innecesarias en la penumbra, pero a juego con un traje y una corbata baratos. ¿Sabes eso que pasa cuando te das cuenta de que conoces a alguien, pero no acabas de ubicarlo? Pues eso mismo me ocurrió en ese momento. No sabía decir con seguridad de quién se trataba, pero tenía la convicción de que se encontraba fuera de lugar, como una cafetera en el cuarto de baño, como un Oscar al Mejor Director en casa de Michael Bay. Como el Cobra en el funeral de Roberto.

¡Coño, era el Cobra!

Si en ese momento se hubieran escuchado unos golpecitos dentro del ataúd, mi susto no hubiera sido mayor. Di un traspiés, lo que me hizo perder el equilibrio y que todos los demás lo perdieran conmigo. Que se caen, que se caen, decía una señora que había dejado de golpearse el pecho con un abanico. El ataúd abriéndose, el cuerpo de Roberto saltando fuera como un muñeco de José Luis Moreno, todo el mundo gritando, la madre de Roberto dándome un par de tortazos, que ya sabía ella que aquello no era buena idea, pero para un último capricho que tenía su niño de sobresaliente tampoco se lo iba a negar. Todas esas imágenes pasaron por mi cabeza en unas milésimas de segundo. Ninguna salió de ahí para convertirse en realidad. Me recompuse, con la ayuda de Alfredo. El resto aguantó como pudo, no sin lanzarme una mirada de suspicacia una vez que tuvieron claro que no nos caíamos, ni nosotros ni el muerto, y seguimos adelante, pasando el pórtico de la iglesia hasta el coche fúnebre que se llevaría la caja al cementerio.

No paraba de acordarme del entierro del Comediante, en el segundo número de *Watchmen*. El Dr. Manhattan no andaba por allí, colocando una bandera estadounidense sobre el féretro, ni había manifestantes esperándonos a la puerta del cementerio pero en todo lo demás era igual. Esos días estaba haciendo bastante más calor del que se supone que debe hacer a principios de mayo y por la mañana teníamos un sol espléndido. Lo que pasaba era que, mientras estábamos en la iglesia, se había nublado el cielo hasta quedarse oscuro como si fuera de noche y se había puesto a llover a cántaros, como en el entierro del Comediante. Me acordé no sólo por la manía de asociar todo lo que me pasa con alguna escena de mis tebeos favoritos, sino por la conversación que habíamos tenido la noche anterior, alrededor de una idea que se le había ocurrido a Alfredo. Antes de que empezaran a echar la tierra, después de que el cura rezase el padrenuestro, nosotros arrojaríamos nuestras

chapitas de *Watchmen* al hoyo, tal y como había hecho Búho Nocturno al final del cómic. Y dejaríamos una corona de rosas rojas, aunque nos quedásemos con una de ellas por cabeza para ponérsola en el ojal, como había hecho Rorschach. Nos pareció una manera apropiada de despedirnos de nuestro amigo, de decirle que una parte de nosotros se iba con él. Era también una forma de que Silvia le devolviera algo que él le había regalado y que se había arrepentido muchas veces de haber aceptado. No veas la cara que puso todo el mundo cuando lo hicimos.

Antes de que nos diéramos cuenta, todo había acabado. La noche anterior, cuando me había quedado solo en casa, no podía dormir. Pensaba que me iba a echar a llorar durante la ceremonia, que no lo podría evitar. Me había levantado, después de dos horas de dar vueltas en la cama sin conseguir que llegara el sueño, y estaba rebuscando en las estanterías. Me había llevado a Madrid la mayor parte de mi colección, pero allí, en casa de mis padres, todavía quedaban un montón de cómics, sobre todo los más viejos, los que había ido sustituyendo, con el paso del tiempo, por nuevas ediciones. Podría haberlos vendido, que seguro que algún flipado me pagaba una pasta por aquellos amarillentos ejemplares de Forum y Zinco, pero nunca lo hice. Llámalo nostalgia, si quieres, aunque yo pensaba siempre en la precaución como el principal motivo para guardar todo aquello. Si un día se me quemaba la casa hasta los cimientos, y con ella perdía todas mis lujosas ediciones modernas, siempre podía volver allí para releer las antiguas. Mis ojos se pararon en los *Extra Superhéroes*, los doce colocados junto a las *Novelas Gráficas*, y entonces vinieron, como un borbotón, todos los recuerdos de aquel viaje en el que los habíamos comprado.

Entonces sí dolió, vaya si dolió, no en el cementerio. Pero dolió de verdad, muchísimo más, cuando salimos de allí, cuando nos despedimos de los conocidos y la familia, y nuestros pasos nos llevaron, como quien no quiere la cosa, hasta detrás de la casa de cultura. Ya sin ninguna mirada ni oído indiscreto fue cuando Silvia y Alfredo, que eran los que lo habían vivido los últimos meses, con aportes de Justo Manuel, que pasaba por allí cada cierto tiempo, me fueron dando los detalles de lo que había pasado.

Yo sabía que Roberto tenía un tumor cerebral. Él mismo me lo había dicho un día que estaba de visita y se me ocurrió pasar por la tienda. Fue en una conversación casual: me lo contó como quien te cuenta que ese día ha comido lentejas con chorizo. Y no supe qué decir.

—Roberto ya estaba bastante jodido entonces, pero no quería que lo notaras.

¿Hasta qué punto jodido? Mucho. Se le empezaba incluso a notar un bulto muy feo en la cabeza. «Mira: mí padre decía que se me iba a secar el cerebro de tanto leer tebeos y tenía razón», comentaba a los más cercanos. Roberto no quería amargar a los demás con lo suyo, que bastante tenía cada uno con sus problemas, y no dejaba de hacer bromas al respecto. Llegaron a tal grado de cachondeo alrededor del tema que en su último cumpleaños le habían regalado una camiseta con la S de Superman, no porque le gustase especialmente, que también, sino porque había un personaje en *Los*

*Goonies*, Sloth, el hermano de los malos que tenía la frente deforme, y vestía una camiseta igual.

—¿No estás contento? Ya eres clavadito a uno de tus ídolos del cine.

—Y una mierda. Si me crece el coco descontroladamente no es para convertirme en Sloth, joder. ¡Yo quiero ser el Líder! Me pinto de verde si hace falta.

El Líder era uno de los peores enemigos de Hulk, un villano de color verde con un bigotito cutre y un cabezón enorme debido a su inteligencia sobrehumana. El cabezón, no el bigotillo.

—Pues venga. ¡Te saludamos, oh, Líder!

Había pasado un año desde que le diagnosticaran el tumor y, aunque los médicos no se creían todo lo que estaba durando, sabían, y dejaban siempre muy claro, que no iba a ser eterno. Era cuestión de tiempo. Los últimos meses, en los que había perdido veinte kilos y se tenía que mover con silla de ruedas, fueron los peores.

—Lo que no se quitaba era la idea de ir al estreno de *Los Vengadores*. Decía que por sus cojones que iba a ver la película, aunque le explotara la cabeza. A nosotros nos daba mucho miedo que no aguantara hasta entonces, porque veíamos cómo se estropeaba día a día.

—Entonces, ¿fue a verla?

—Pues claro que fue a verla. Nos pillamos la furgoneta y lo llevamos con la silla de ruedas al Kinépolis.

—Coño, al Kinépolis. ¿Pero por qué no me llamasteis? Sonia estaba de parto pero lo mismo me podía escapar un rato con vosotros.

Alfredo se quedó callado un momento. Me lanzó la mirada de te voy a dar un par de hostias y golpeó con el puño encima de la mesa. Silvia le frotó la espalda disimuladamente, tratando de mimarlo.

—Es que te llamamos, so imbécil.

—¿Me llamasteis?

—Pues sí, te llamamos. Y no nos lo cogiste.

Ni por un momento dejé de creerme lo que me estaba diciendo. En lugar de eso, sólo para confirmar que tenía buenos motivos para avergonzarme, eché un vistazo a las llamadas perdidas del móvil. Allí estaba. El 26 de abril, cuatro perdidas. El 27 de abril. Otras tres. No las había visto antes.

—Vaya, lo siento.

—Ya.

Silvia trató de calmar los ánimos. No quería que me sintiera mal, pero no podía sentirme peor. Fue ella la que me contó cómo había sido ver con él la peli. De principio a fin.

—Cuando se encendieron las luces, lo primero que hice fue mirar a Roberto, porque estaba muy quieto y me preocupaba un poco. Ni te imaginas la cara de felicidad que tenía. Le caían unos lagrimones enormes por las mejillas. Le había encantado. Nosotros también estábamos llorando, pero no por la película. Sabíamos

que era la última que veríamos juntos.

—No me llaméis el Líder. Llamadme Phil Coulson —había dicho.

—Y a los cuatro días, ya ves —retomó Alfredo—. Lo estamos enterrando. El muy cabrón ha aguantado hasta el último momento para ver la película. Y ni un minuto más.

No más que decir. Esperaba que volvieran los reproches, que me dijeran que, con parto de por medio o no, siempre estaba demasiado ocupado para volver a casa, que no me veían el pelo ni en Navidad. No abrieron la boca, pero dio igual. Sentía que había fallado a mis amigos.

## 1988-1989

No sabría muy bien explicar cómo un estudiante terrible, de esos que catean la mitad y llevan cinco pelados en el resto, llegó a convertirse, en tercero de BUP, en un alumno de sobresaliente, pero fue más o menos lo que me pasó. Coincidió en la época en que me dejé de rollos de cuatro días y empecé a salir con Alicia, una chica que no sé muy bien qué vio en mí porque era de las más listas de la clase y, por si fuera poco, bastante guapa. Además de enrollarnos, empezó a echarme una mano con lo de estudiar. Hasta que ella me lo dijo, no me di cuenta de que no tenía mucha idea de cómo hacerlo. Lo único que hacía era ponerme delante de los libros y leerlos una y otra vez hasta que me lo aprendía, como un papagayo. Cuando vio que hacía eso, se llevó las manos a la cabeza.

—Madre mía, ¿pero es que en la vida has hecho un esquema?

—¿Un qué?

Yo sólo quería que me enseñara las tetas y ella me enseñó a hacer resúmenes de texto, a simplificar grandes conceptos en pocas ideas, a seguir reglas para memorizar mejor, a preparar un examen, a distribuir el tiempo e incluso a sortear la ansiedad y los nervios. Y también conseguí lo de las tetas, pero la historia no fue mucho más allá. No acababa de entender que me gustase tanto lo de los tebeos, ella que sólo leía libros científicos y huía de todo lo que pareciera lejanamente fantástico. Recuerdo que, un día que estábamos viendo *En busca del arca perdida*, me dijo que no le gustaba la película porque esas cosas no pasaban en la realidad. No se refería a la piedra gigante rodando detrás de Indy. Ni siquiera a los espíritus saliendo de la caja.

—Un caballo no puede correr más que un camión. Por mucho que se empeñen. Eso no pasa.

Rompimos antes de acabar el año, para disgusto de mi madre. Ay, con lo maja que era Alicia, dónde vas a encontrar tú una muchacha así, que siempre acabas con la más tonta. Le debía tener mucho cariño porque no le ha dejado de hacer el seguimiento desde entonces. Me cuenta que le va muy bien, que trabaja de doctora en Portugal, se ha casado y tiene dos niños. La tengo en Facebook y veo sus fotos de vez en cuando. Definitivamente, no pegábamos mucho.

La ayuda de Alicia fue importante, pero el espaldarazo definitivo vino del detalle de que, por primera vez en mi vida, había asignaturas que de verdad me interesaban. En segundo había dejado atrás Matemáticas, Física y Química o la dichosa Religión: por fin mi padre había consentido que me pasara a Ética. Toda una mejora no tener que tratar con don Dionisio. A cambio, me encontré con Historia, Filosofía y Literatura. Para sorpresa, tanto mía como de los profesores, estas tres últimas se me daban bastante bien. Combinado ese detalle con mis nuevas habilidades hincando codos, de repente me empecé a encontrar con notables y sobresalientes. Lo que nunca me hubiera esperado. Fue entonces cuando empecé a hacer cuentas. Si me lo curraba,

y si mis padres me lo subvencionaban, podía alcanzar la nota necesaria para estudiar Comunicación Audiovisual en Madrid, que era lo más cercano que pude encontrar a director de cine. De repente, la prioridad ya no eran los tebeos. Era subir nota.

Ocurriría entonces algo que supondría un golpe tremendo para nuestro club secreto, que resultó ser no tan secreto. Alfredo se había quedado en el despacho hasta la madrugada, preparando las cajas que tenían que repartir al día siguiente. Esa tarde habíamos estado con él, pero nos fuimos unas horas antes de que echara el cierre. Volvía a casa tranquilamente cuando alguien lo agarró a lo bestia y lo lanzó contra una pared. Creía que era un atracador, pero la sorpresa fue cuando vio el rostro del individuo. Se trataba del Cobra.

—¿Sabes lo que le pasa a los ladrones? ¿Lo sabes, so capullo? ¿Lo sabes?

—Yo no he robado nada, yo no he robado nada.

—¿Que no has robado nada? ¿Que no? ¿Me vas a decir entonces por qué ya no vendo un puto tebeo desde hace meses? ¿Me lo vas a decir?

—Yo no he hecho nada.

—Tú me has robado los clientes, hijo de puta. A ver si te crees que no sé lo que estás haciendo, que me lo ha contado un pajarito.

—¡No es ilegal!

—¿Que no es ilegal? ¡Y una mierda que no! Estás trayendo mercancía y colocándola por debajo del precio de venta al público. ¡Me vas a arruinar el negocio, tú y tus amiguitos de los superhéroes!

Alfredo lo entendió entonces. Por eso estaba tan cabreado. Nunca se había parado a pensar que nuestros pedidos a Madrid pudieran suponer un problema, y menos para el Cobra. Estaba visto que se equivocaba: muchos de sus clientes, hartos de las cabronadas que hacía el sujeto, se habían apuntado a nuestro club en cuanto supieron que existía, con lo que habían dejado de pasar por la tienda. Que él se enterara de que estaba pasando todo aquello era cuestión de tiempo: cualquiera se podía haber ido de la lengua. Incluso puede que no se fuera nadie, que oyera comentarios al respecto. De una forma u otra, Alfredo no tenía muchas opciones: o lo dejaba o el mismo Cobra llamaría a la policía o hablaría con el señor Fuentes, al que probablemente no le haría mucha gracia todo aquel jaleo, y lo mismo hasta lo acababa despidiendo.

La siguiente reunión del club fue poco menos que para certificar su defunción. No sólo estaba la amenaza del Cobra. De repente descubrimos que teníamos una situación financiera que no se sostenía por ninguna parte. Más de uno y más de dos, y no negaré que quizás yo estaba entre ellos, andaba pidiendo muchas cosas, demasiadas incluso, antes de tener el dinero siquiera para pagarlas. Zinco seguía lanzando un montón de cómics interesantes, «que no podías dejar pasar», al tiempo que Forum parecía decidida a ponerse las pilas, aunque fuera siguiendo la estela de su competencia. Por fin había llegado a España *Excalibur*, que era una especie de Patrulla-X a la europea, muy chula y elegante, y se anunciaba que muy pronto se lanzarían a por *Elektra Asesina*, aquella obra maestra que parecía que nunca iban a

sacar, escrita por Frank Miller y dibujada por Bill Sienkiewicz. Lo más parecido a un cómic experimental dentro del Universo Marvel. Inciso: cuando la sacaron, descubrimos que cada minuto de espera había valido la pena.

De aquella reunión salieron unas cuantas decisiones. La primera, que ya no admitiríamos pedidos que no fueran de nosotros cuatro. Cinco, si Silvia quería algo en concreto. Le diríamos a todo el mundo que el chiringuito había cerrado, que se fueran olvidando. La segunda, que sólo pediríamos aquello que podíamos pagar: pagar de verdad en el momento de recibir el pedido, no varios días, semanas o incluso meses después, mientras el pobre Alfredo nos adelantaba la pasta de su propio sueldo. La tercera, que cada semana trataríamos de recortar nuestra deuda al menos con trescientas pesetas. Y la última, se suspenderían las juergas en el despacho con alcohol y música a tope. Esto último fue lo único que incumplimos.

Después de lo lejos que habíamos llegado con todo aquello, cualquiera podría pensar que salimos deprimidos de allí. Pero en ese momento teníamos otras cosas de qué preocuparnos. Era casi un alivio que un obstáculo en el camino nos hubiera servido para que nos parásemos por un momento a pensar si era buena idea seguir en aquella espiral que iba camino de dejar a Alfredo arruinado. Había que dar una vuelta a todo aquello: racionalizarlo un poquito, si queríamos seguir disfrutando de nuestra afición.

El que más lamentó aquel cambio, y fue eso lo que precipitó todo lo que ocurrió a continuación, fue Roberto. El club era la excusa para quedar con Silvia, para pasarle tebeos y luego volver a verla para que se los devolviera. No había más avances en la relación, por más que él lo quisiera. El chico no se atrevía a dar el salto.

—¿Y si le digo lo que siento y me manda a la mierda?

—Por lo menos saldrías de dudas.

—Sí, pero ¿y si ya no me quiere ver más?

No se atrevía a mojarse porque lo mismo se ahogaba, pero mientras tanto se reconcomía por dentro hasta el punto de que Silvia comenzaba a convertirse en su primera obsesión. Por entonces había pasado algo que ninguno teníamos previsto. ¡Spiderman se casó! Lo había hecho con Mary Jane, una de sus antiguas novias, y Forum había publicado la boda en un especial con una portada muy bonita, en la que se veía a Peter Parker con su traje de superhéroe y a la novia con su vestidito blanco, con héroes y villanos enfrentándose detrás de ellos, y el símbolo arácnido convertido en un corazoncito. Una moñada.

En Forum se habían encargado de destripar el asunto algunos meses antes; primero, tratando de crear una cierta expectación en plan «Spidey se casa, pero no te diremos con quién»; y luego, ofreciendo la respuesta antes siquiera de que nos hubiera dado tiempo a especular, con un dibujo en que ya se veía a la pareja al borde del altar.

—Vaya, al final la elegida es Mary Jane.

Lo cual no dejaba de ser algo inesperado porque, en aquel momento, resultaba

altamente improbable. En los tebeos que estábamos leyendo, Spidey seguía liado con la Gata Negra, de forma que Mary Jane sólo era la amigueta que se había enterado de la doble identidad de Peter. ¿Cómo habían saltado de amigos a marido y mujer? La respuesta todavía tardaría en llegar, pero fue imposible que Roberto no se identificara con la situación. Oye, si Spiderman puede, yo también.

—Eso sí es la historia de amor más bonita del mundo, y no la de la canción esa de Bob Dylan que le gusta a Alfredo. Ella descubre que debe estar con él porque es quien de verdad se preocupa, quien la entiende y quien la quiere.

Prometo que decía cosas así. No se lo tengas en cuenta: estaba enamorado hasta los huesos, total e incondicionalmente. Había idealizado a Silvia y había fantaseado con lo perfecta que era como sólo lo puedes hacer cuando tienes diecisiete años y piensas que tu mundo terminará si no te llevas a la chica por la que bebes los vientos. Justo Manuel y yo, que éramos los que solíamos estar con él aquellas tardes en las que contaba con pelos y señales hasta el más mínimo detalle de lo que hacían juntos, estábamos muy sorprendidos con la boda de Spiderman. La primera vez que supimos del tema, llegamos a pensar: «Ey, eso sí que será un cambio radical para el trepamuros. Va a ser muy chulo». Pero entonces leímos la historia. Veníamos de una larga, larguísima aventura en la que por fin el trepamuros descubría la identidad del Duende, el que había sido su gran enemigo desde varios años atrás, casi desde que habíamos empezado a coleccionar sus aventuras. La saga aquella, que había durado lo indecible, nos había dejado con buen sabor de boca, dado que la manera en la que desenmascararon al malo fue muy imaginativa y sorprendente. Era algo que no te esperabas.

Entonces, sin venir a cuento, Peter pasaba de estar dándose el lote con la Gata Negra en una página a querer asentar la cabeza en otra y a que eso significara, por fuerza, que estaba enamorado de Mary Jane y que tenía que casarse con ella. Lo gracioso es que se lo pedía así, sin venir a cuento, de buenas a primeras, y ella soltaba un «¡No!» rotundo, casi histérico, digno de una rubia de tetas grandes de las que mataba Jason o Freddy Krueger. Ya sabíamos cómo terminaba todo y nos encogimos de hombros pensando:

—Los cojones que no.

En apenas un par de episodios más, se nos descubría que Mary Jane tenía un pasado muy duro por culpa de su padre, del que nunca se había sabido nada, y se convencía de que lo mejor que podía hacer era casarse con Peter. Y luego llegó el especial con la boda. La portada prometía mucho, pero en el interior el único villano que salía era Electro, que no le duraba ni medio asalto al trepamuros. El resto, eran un montón de páginas con dudas y preparativos de casamiento que acababa, inevitablemente, con el «¡Os declaro marido y mujer!». Vaya lata de tebeo.

—¿Qué dices? ¡Me ha encantado!

Era Roberto, que no dejaba de ponerse en el lugar de Peter Parker, y a Silvia, en el de Mary Jane. Justo Manuel y yo insistíamos una y otra vez que eso de tener a

Spiderman casado no molaba un pijo, que queríamos de vuelta al Peter Parker de siempre. Que se enrollara con tías, como hacíamos nosotros, pero que se dejara de eso de casarse con cualquiera de ellas como si fuera un vejestorio. Aquel hombre araña con traje de bodas simbolizaba lo opuesto a lo que Justo Manuel, Alfredo o yo mismo queríamos hacer con nuestro futuro, pero sí era en lo que a Roberto le habría gustado convertirse. Nuestro amigo se engañaba a sí mismo al pensar que su vida podía parecerse en algo a una maniobra de ventas tan estúpida como hacer del trepamuros un hombre casado. Imaginábamos que aquello, lo de Roberto, y también lo de Spiderman, sólo tenía dos resoluciones posibles: o acababa mal o acababa peor. En ambos casos, acertamos.

Mientras tanto, Alfredo seguía trabajando para el señor Fuentes con las revistas del corazón, los periódicos y los coleccionables de soldaditos de plomo y muñecas de ayer, pero no dejaba de preguntarse una cosa: ¿Qué había sido de los tebeos en el pueblo? Antes de la llegada del Cobra, antes de que nosotros nos montáramos por nuestra cuenta el chiringuito de pedidos a Madrid, la mayoría de ellos llegaban a los quioscos, aunque fuera de mala manera: unas pocas colecciones en el de la Plaza Mayor, esta y aquella serie en la Gran Vía, la de más allá en la librería del Paseo del Príncipe... En aquellos tiempos lejanos, todos los cómics que publicaban Zinco, Forum y alguna que otra editorial pequeña estaban más o menos desperdigados, pero el punto de partida se encontraba centralizado en aquella nave industrial del señor Fuentes. Pasados unos años y, por más que repasaba cajas y albaranes, Alfredo no conseguía encontrar nada que no fueran Mortadelos, Superlópez y cosas así. Parecía como si los cómics que a nosotros nos gustaban se hubieran evaporado. Lo comentamos en una de nuestras reuniones clandestinas y el tema nos dejó bastante mosqueados. ¿Tampoco los tendría el Cobra? Sólo había una manera de descubrirlo y era que el menos llamativo de nosotros tratara de echar un vistazo, sin levantar sospechas. El problema era que el Cobra nos tenía más que calados. Sabía quién era Alfredo, desde luego. No te olvidas de alguien a quien has amenazado con denunciarlo a la policía. Y sabía quiénes éramos Justo Manuel, Roberto y yo: los cabrones que casi me queman la tienda, así es como nos llamaba. Pero en cambio no sabía quién era Silvia, o por lo menos no se acordaba de ella demasiado.

Así que Silvia fue la elegida para aquella misión, que no dudó en aceptar: pasar por el Cobra y enterarse de si él todavía conseguía llevar tebeos a la tienda o si estaba padeciendo la misma hambruna que se había extendido por todo el pueblo.

Los resultados fueron concluyentes. El Cobra había dejado de tener novedades. Sólo conservaba material de segunda mano en las estanterías del fondo. Los expositores de la zona principal estaban ahora copados por la prensa del corazón, el *Fotogramas*, el *Muy Interesante*, el *Nuevo Vale*... Lo más parecido a un cómic era *El Jueves*. El letrero que acompañaba al nombre de la librería, que antes rezaba «Ciencia ficción. Fantasía. Cómics. Revistas» había cambiado por el de «¿Te atreves a entrar en lo desconocido?», que provocó carcajadas en todos nosotros, pero que venía a

insinuar que el público que estaba buscando nuestro querido enemigo ya no eran los frikis sedientos de viñetas, sino a los pirados por el ocultismo, el esoterismo, los ovnis y pamplinas por el estilo.

La fiebre venía de una revista llamada *Más allá de la ciencia*, que se había convertido en el gran éxito de la temporada. Los quioscos la estaban vendiendo a lo bestia y de ahí que Alfredo tuviera siempre un montón de ejemplares repartidos por toda la nave. Todos nos habíamos llevado alguno para casa porque, ¿cómo resistirse a aquella elegante portada con marco negro, desde la que te vigilaba nada menos que el profesor Jiménez del Oso? Se trataba de un señor que hablaba bajito, como don Jesús, que siempre tenía un montón de libros a su alrededor para hacerse el culto y que salía en reportajes en la tele sobre todas aquellas cosas raras de las que trataba su revista. El primer número prometía revelaciones alucinantes, de ésas que tienes que conocer para moverte por la vida, del estilo de «Qué nos espera después de la muerte», «Colón sabía muy bien a dónde iba» o «USA-URSS & Extraterrestres: Crónica de una confabulación cósmica». Quien más y quien menos dentro del grupo se lo devoró de portada a contraportada. Las reacciones al respecto iban desde qué cuento le echan estos tíos a joder, cómo es posible que el gobierno nos oculte estas cosas, pero en el fondo éramos conscientes de que se trataba de un montón de mierda muy bien empaquetada a la búsqueda de palurdillos.

Los había encontrado todos en el Cobra, que ahora vivía del temita paranormal, con muchos libros de fantasmas, platillos volantes, J. J. Benítez y demás milongas. Aquello vendía tanto que podía haber prescindido de los tebeos, pero no lo hizo: por muy capullo que fuera, y te aseguro que lo era, el Cobra seguía, por encima de todo, siendo un aficionado a la historieta, como nosotros, aunque en una onda diferente. Había desterrado los cómics al fondo de la tienda y sólo disponía ya de sus «ediciones de coleccionista» encuadernadas por él mismo, así como retapados, Vértices, Brugueras y demás producto que compraba de segunda mano y revendía a precio de oro, como en los viejos tiempos. Entonces, ¿qué había sido de las novedades de cada mes?

—Oiga, ¿usted no vende cosas más recientes?

—Es que ya no me las traen, guapa.

Fue toda la respuesta que consiguió sacarle Silvia. El tío no quería entrar en detalles, pero nosotros ya estábamos sobre la pista, de tal manera que fue el señor Fuentes quien contó a Alfredo lo que estaba pasando: El Cobra debía una barbaridad de dinero. No sabría decirte cuánto, pero una barbaridad. Ese era el motivo por el que le habían dejado de servir según qué publicaciones y por el que él solo pedía aquello que sabía que podría vender y darle beneficios. En cuanto a los quioscos normales, no hacían sino devolver los paquetes con los tebeos, algunos sin abrir, por lo que poco a poco habían dejado de tenerlos: no pides aquello que no vas a vender.

—Mira ahí dentro.

El señor Fuentes abrió la puerta de un cuarto pequeño, que estaba al lado de la

entrada de carga y descarga, donde los camiones traían las cajas llenas de revistas y luego las furgonetas se llevaban los paquetes para repartirlos por toda la ciudad. Allí, entre revistas y periódicos atrasados, había algunos paquetes con tebeos sueltos de los últimos años. Como los dioses antiguos que ya no tienen quien les rece, se habían quedado perdidos en medio de la nada porque nadie se interesaba por ellos. Alfredo estaba boquiabierto. Era como si le acabaran de explicar quién había matado de verdad a John F. Kennedy. Ahora lo entendía todo. No conozco muy bien los términos de la conversación que mantuvo al respecto con su jefe, pero se tradujo en una llamada urgente al resto del Círculo Interno del club. Tenía algo muy importante que contarnos. Parecía como si le hubieran nombrado el nuevo amo del mundo y fuera a repartírselo con nosotros, y sólo con nosotros.

—Escuchad atentamente. Así van a ser las cosas.

Alfredo nos propuso un trato que no podíamos rechazar: utilizaríamos la propia distribuidora para pedir todos los tebeos que quisiéramos y nos los llevaríamos a casa por un veinte por ciento menos, que era el precio al que se los dejaba el señor Fuentes a los quioscos. A cambio, sólo nos pedía que le echáramos una mano en el almacén cuando tuviera mucho curro y no llegara a tiempo, lo que solía ser una vez a la semana, cuando salían todas las revistas del corazón. Por supuesto, el Cobra no podía saber nada de lo que pasaba con los tebeos ni nada podía llegar a sus oídos por la vía que fuera, así que nos callaríamos como perras. Parecía razonable. Al fin y al cabo, ya nos pasábamos mucho tiempo allí metidos. Sería también nuestra manera de olvidarnos de los mínimos que teníamos que gastarnos en la librería de Madrid para que los gastos de envío nos salieran gratis. Por aquel entonces, ya fuera porque le debíamos una pasta al mismo Alfredo, ya fuera porque las nuevas series que estaban lanzando tanto Forum como Zinco no nos emocionaban tanto como un par de años antes, los paquetes habían adelgazado en tamaño y frecuencia. Hubo alguna ocasión en que tuvimos que juntar los tebeos de dos meses para conseguir los gastos de envío gratis. Con el nuevo sistema, se acabó el problema.

¿Recuerdas el final de *En busca del arca perdida*? No cuando Indy y Marion salen del congreso, sino esa escena en la que hay un tío guardando la caja con el arca dentro de un almacén gigante, lleno de cajas similares. Pues así es como nos veíamos nosotros. Llegábamos los jueves por la noche, cuando la nave estaba vacía, y empezábamos a abrir paquetes llenos de ejemplares del *Hola*, el *Diez Minutos* o el *Semana*, a contarlos y a repartirlos en lotes más pequeños, cada uno con su destino particular. Dependiendo de la ubicación en la que estuviera el punto de venta, el tamaño que tuviera, si se trataba de un quiosco o una librería, si estaba cerca o lejos de la estación de tren o de alguna cafetería a la que fuera mucha o poca gente, el paquete era más o menos voluminoso. No tardamos en pillarle el truco de tal manera que, entre los cuatro, acabábamos en menos de dos horas, y luego nos zampábamos unas hamburguesas enormes, que salíamos a comprar al Jalomi.

A lo tonto, empezamos a pasar más horas en el almacén de las inicialmente

previstas hasta el punto de que íbamos algunos días de más sólo para echar una mano, porque sabíamos que tocaba reparto de fascículos o porque esa mañana llegaban los tebeos y queríamos tenerlos cuanto antes: nada de esperar al jueves. Una noche, estábamos completamente ensimismados en el curro, dividiendo las revistas y preparando los paquetes, cuando apareció el propio señor Fuentes.

—Buenas noches, chicos.

Allí estaba, en la puerta de entrada al almacén. Podrías pensar que una persona con una pierna casi paralizada, que apoyaba exageradamente el bastón para sostenerse en pie, daría una impresión de debilidad. Pero eso es porque no has visto nunca a Anastasio Fuentes. De pie, frente a nosotros, parecía un gigante al que nadie podía derribar. Un gigante al que no convenía enfadar. ¿Qué estaba haciendo en la nave a las once de la noche de un jueves? Por un momento, pensé que habíamos liado alguna bien gorda, que el Cobra se había enterado y nos había vendido, que el señor Fuentes no quería problemas, que nos iba a decir que recogiéramos y nos fuéramos a nuestras casas de inmediato, o le contaría a nuestros padres la que teníamos montada.

Pero no dijo nada de todo eso.

—Seguid, seguid con lo vuestro. Sólo quería pasar a saludaros y a disculparme por no haberos dicho nada antes. Estoy muy contento con vuestro trabajo. Hay unos cuantos librereros y quiosqueros que me han felicitado porque les llegan las remesas mejor que antes. Alfredo, no seas maleducado y preséntame a tus amigos.

Bajó las escaleras que lo separaban de la gran meseta donde preparábamos las cajas con más agilidad de la que hubiéramos imaginado. Fue dándonos un apretón de manos a cada uno, mientras Alfredo nos nombraba. Un apretón firme, de los que sólo te dan las personas mayores e importantes. Qué fuerza tenía el tío.

Estuvo un rato más hablando con nosotros, preguntándonos lo típico: que cuántos años teníamos, que quiénes eran nuestros padres y qué estábamos estudiando. Se despedía ya pero, antes de irse, nos dijo:

—Oye, si al final alguno decide no hacer la Universidad, que me llame, que lo mismo aquí tenemos un hueco para él.

Y, como vino, se fue. Impresionante. Nos estaba ofreciendo un trabajo. No nos lo podíamos creer y fue la comidilla en los días siguientes hasta que, en la siguiente cena en el Jalomi, Roberto dio un paso más allá.

—Lo que tenemos que hacer es montar nuestra propia tienda de cómics.

Dijo aquella frase como quien comenta el partido del domingo o lo buena que estaba María José, la profesora de Literatura, por más que tuviera, por lo menos, cuarenta tacos. Todos nos quedamos callados.

—¿Qué? ¿He dicho algo malo?

—Es una idea cojonuda —respondió Alfredo, tras otro largo silencio.

—Joder que sí lo es —añadí yo.

—Tío, hay que hacerlo —concluyó Justo Manuel.

Todo lo que había pasado en los últimos años, el viaje para conseguir los *Extra*

*Superhéroes*, las peregrinaciones interminables por los quioscos, el club de pedidos a Madrid, aquello mismo en el almacén del señor Fuentes... conducía allí, así de claro y así de sencillo. De repente, nos dimos cuenta de que, sin saberlo, todo el tiempo nos estábamos preparando para aquel momento en el que volaríamos libres, en el que montásemos nuestra propia librería, que por supuesto sería la librería perfecta: la que siempre habíamos soñado. Estaría en un local céntrico, amplio, limpio y bien iluminado, nada de alquilar un agujero en el casco antiguo; en las paredes pondríamos dibujos gigantes de nuestros personajes favoritos; por supuesto, traeríamos todos los tebeos del mundo, pero no haríamos como el Cobra: también estarían bien expuestos aquéllos que no nos gustasen o simplemente no nos interesaran; montaríamos debates entre aficionados y pondríamos sillones de lectura, y desde luego no insultaríamos a los clientes, sino que los aconsejaríamos, en función de sus gustos, sobre cuál era el tebeo perfecto. Iba a ser la tienda más alucinante que había existido jamás.

A partir de ese día, no dejábamos quieto el tema en ningún momento. Lo teníamos en la cabeza a todas horas. Si pasábamos por una calle que nos gustase y veíamos un negocio que se alquilaba o traspasaba, enseguida empezábamos a darle vueltas a si era el lugar apropiado y el local reunía las condiciones que estábamos buscando. Hacíamos planos con una hipotética distribución de espacios de la futura librería y sobre todo discutíamos cuál sería el nombre apropiado. *Secret Crisis* se llevaba la palma, porque simbolizaba las dos grandes editoriales que más nos gustaban, hasta que nos acordamos de que ya había un fanzine muy conocido y prestigioso que se titulaba así, y que incluso en Madrid habían abierto una tienda llamada Crisis. La Tebeoteca era la opción más aséptica, la que podría atraer a lectores de todos los tipos, no sólo de superhéroes. Y las grandes ciudades y países imaginarios también estaban en la lista, como Metrópolis, Gotham y Latveria. Y sólo porque a Silvia se le había ocurrido proponer Mordor, por *El señor de los anillos*, a Roberto le pareció una idea estupenda. La decisión final consistió en que no decidiríamos nada. Cuando llegara la hora de abrir la tienda, ya aparecería el nombre.

Entre unas cosas y otras, los buenos tiempos habían vuelto y parecía que estaban ahí para quedarse. Coincidió con que acababan de reinaugurar los Excelsior, uno de los cines más viejos de la ciudad, que habían estado unos cuantos años en obras. Hasta entonces, los grandes estrenos los veíamos en salas de medio pelo o nos esperábamos a que la película en cuestión saliera en vídeo. Los remozados Excelsior prometían pantallas gigantes, sonido estruendoso y una experiencia cinematográfica como nunca hubiéramos conocido antes. Eso ponía en la publicidad. Lo único que faltaba eran las películas. El invierno se presentaba muy frío, con estrenos que no nos interesaban demasiado, y la primavera tampoco ofreció grandes mejoras. Por cada película chula que veíamos en pantalla grande, había diez igual de buenas que sacábamos del videoclub. Aunque quizás el término «bueno» no era el más apropiado. No se me olvida el día de mi cumpleaños. Se nos ocurrió que la mejor

manera de celebrarlo era pillando *Superman IV: En busca de la paz*. No habíamos tenido oportunidad de verla en cine y, aunque sabíamos que era espantosa, teníamos que descubrirlo por nosotros mismos. Bueno, pues daba igual lo cutre y absurda que fuera. Nos la tragamos cuatro veces durante el fin de semana. La primera, el viernes, nada más sacarla, porque no nos podíamos esperar ni un minuto con aquello en las manos. La segunda, el sábado, el día del cumpleaños. La tercera y la cuarta, el domingo, en el despacho de Alfredo, donde se había instalado un vídeo y nos programamos una sesión doble, durante la que atendíamos más a nuestros comentarios que a la propia película. Lo que no sabía ninguno de mis amigos, porque no me atreví a contarlo entonces y probablemente nunca lo haga, es que yo la vi tres veces más: cada una de aquellas noches, antes de acostarme, cuando la casa estaba en silencio y el salón estaba para mí solo. (Sí, por fin había vídeo en mi casa. Con el paso de los años, lo había en la de cualquiera). Era *Superman* (IV, pero *Superman* después de todo) y había que devolverla el lunes. Mejor sacarle todo el partido posible.

Lo importante de la reapertura de los Excelsior no era lo que estaba proyectando en aquellos momentos, y a lo que casi ni prestábamos atención, sino que nos permitirían disfrutar al máximo de los dos grandes acontecimientos del año que llegarían en verano: *Indiana Jones y la última cruzada...* Y *Batman*. Sabíamos que Hollywood estaba haciendo *Batman*, que se lo habían tomado muy en serio hasta el punto de contratar nada menos que a Jack Nicholson para interpretar al Joker. ¡Lo contaban en los artículos de Zinco! No sólo queríamos ver al Hombre Murciélagos en carne y hueso, sino también gritar al mundo entero que nosotros teníamos razón y que ellos estaban equivocados. Que los tebeos molaban más que ninguna otra cosa, hasta el punto de que uno de sus mejores personajes, cuando no el mejor, protagonizaría la película del año.

La vuelta de los Excelsior fue programada para que coincidiera con el primer día de las fiestas patronales. Ese día echaban una película que a ninguno nos interesaba lo más mínimo, de ésas con gente todo el rato hablando y hablando, muy profunda y muy aburrida. Ninguno pensábamos verla, claro. Ninguno salvo Silvia, que estaba emocionadísima y que convenció a Roberto para que la acompañara. Todas las alarmas saltaron en nuestras cabezas, no porque pensáramos que Silvia tenía algún interés en Roberto que fuera más allá de disponer de un amigo con el que ir al cine y cotillear si la pantalla y el sonido eran tan buenos como prometían, sino porque Roberto albergaba la esperanza de que aquello era el comienzo de la ansiada nueva fase en su relación. Al día siguiente, estaba muy nervioso, como alguien que anda rumiando algo en su cabeza y sólo le queda dar los últimos toques a un plan maestro.

Me llamó para contarme en qué consistía aquel plan y fue cuando empecé a preocuparme de verdad. La iba a invitar a cenar, ellos dos solos, en el Doblón de oro. Era un restaurante bastante caro, al que sólo iba gente de posibles. A Roberto, como buen niño pijo, lo habían llevado sus padres, por algún cumpleaños o algo así, y le

encantaba el sitio. Sería con la excusa de que era el primer día de las fiestas y el Doblón hacía un precio especial. Allí le pediría que se convirtiera en su novia.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Bueno, tú verás.

Una mariposa debió batir sus alas el día antes de la cena, poniendo en marcha acontecimientos que ninguno de nosotros hubiéramos previsto, que a su vez tendrían consecuencias inimaginables. Tan preocupado estaba Roberto con la respuesta que Silvia le daría a su proposición que se medio olvidó de los exámenes de febrero. Mientras yo había empezado a sacar buenas notas gracias a mis clases particulares con Alicia, él recorría el camino contrario. El antaño niño de sobresaliente se presentaba a los parciales con las asignaturas pilladas con alfileres. Demasiadas tardes que tenía que haber estado estudiando las pasaba preparando paquetes con nosotros. Había cateado Matemáticas, otra vez las dichas Matemáticas, Historia del Mundo Contemporáneo y Filosofía. Increíble.

Cuando su padre lo supo, se pilló un buen rebote, echándole la culpa a lo de siempre: a los tebeos, a las malas compañías, a esos tontainas con los que vas por ahí. La bronca fue grande, de ésas con gritos, reproches y portazos, como nunca pasaba en aquella casa, hasta el punto de que el recuerdo de lo que había pasado con el primo Dieguito, aquél al que su padre le había prohibido volver a pisar El Cobra, volvió a su memoria, igual que otras historias que nos habían contado en clase de malvados progenitores que rompen todos los tebeos de sus hijos o madres que los regalan a la parroquia o hermanos pequeños que los usan de coloreables. Pero Roberto pertenecía a una familia de bien. Ni le pegaban ni le rompían sus cosas ni nada por el estilo.

A él lo castigaban, como tenía que ser. Un castigo educativo, para que aprendiera y regresara a la buena senda. Un castigo que consistía en que los tebeos se iban al sótano y allí se quedarían hasta el día del último examen de selectividad. La cosa no terminaba ahí. La medida de poner los cómics bajo siete llaves era meramente preventiva: la forma de evitar que el chaval cayera en la tentación de distraerse con aquello que más le gustaba. El verdadero castigo consistía en que se iba a quedar en casa y sin salir a la calle durante todas las fiestas. Le hubiera dado igual, no hubiera significado un gran problema de no ser por su cita con Silvia para cenar. El alma se le cayó a los pies y todavía trataba de reunir los pedazos cuando me llamó por teléfono.

—¿Qué le digo?

—Le cuentas la verdad y le dices que si no le importa que lo dejéis para la semana que viene. Te va a responder que sin problema, hombre.

Y eso fue exactamente lo que le dijo, que qué tontería, que cómo se iba a molestar por aquello, que la culpa no era suya, que era él quien estaba siendo castigado y que cuando pasara esa semana seguro que El Doblón de Oro estaba mucho menos concurrido y podrían cenar mucho más tranquilos.

Pero la historia no acabó ahí. Ocurrió durante las fiestas, aunque ni Justo Manuel

ni yo mismo, no digamos ya Roberto, nos enteramos de nada hasta más adelante. Fue Alfredo quien quedó un día con Justo y conmigo para contarnos su gran secreto.

—Tíos, que me he enrollado con la Silvia.

—Venga ya.

—Que sí, de verdad.

—Pero ¿cómo se te ocurre? ¡Con lo que le gusta a Roberto!

—Ya, si lo sé, pero es que a mí también me mola.

—¿Desde cuándo?

—Pues desde siempre, joder. Es una tía, está bastante bien, es maja, le gustan los tebeos, ¿qué quieres? ¡Anda que a ti no te molaría si no estuvieras con la Alicia esa! ¡Y anda que tú no le harías caso si te dijera cualquier tontería!

Justo Manuel agachó la cabeza. Tenía razón; Eramos cuatro tíos quedando con una tía para hacer paquetes de revistas. ¿Cómo no estar un poco pillados con ella? Era nuestra Mujer Invisible, aunque todos la veíamos perfectamente. Era nuestra Jean Grey, de la que estaban enamorados tanto Cíclope como Lobezno. Coloca a una chavala mona entre cuatro chicos de entre diecisiete y diecinueve años y manda a todos a la mierda o acaba habiendo un drama. Te lo digo yo.

—¿Te gusta de verdad o sólo os habéis enrollado?

A fuerza de sacarle las respuestas con cuentagotas, nos fuimos enterando de todo. El primer día de las fiestas, el mismo en que Roberto tenía planeado llevar a Silvia a cenar, Alfredo debía pasarse toda la noche haciendo facturas y rellenando albaranes. Como ella se había quedado sin plan, se le ocurrió pasarse por allí, mientras que Justo Manuel y yo estábamos en el cine, viendo no me acuerdo qué mierda de estreno. Estuvieron toda la noche hablando y como a las cuatro de la mañana ella era la que había dado el paso de enrollarse con él. Le dijo que le gustaba desde que lo había visto, pero que nunca lo pillaba a solas. Supongo que las cervezas y los porros que acompañaron a la noche también ayudaron. Habían vuelto a quedar a la tarde siguiente, y a la siguiente, y a la siguiente.

—Entonces, ¿es tu novia?

—Si lo quieres llamar así...

—¿Os llamáis por teléfono todos los días?

—Un par de veces.

—¿Llama ella o llamas tú?

—Los dos.

—Entonces, es tu novia.

El asunto iba en serio, más de lo que el propio Alfredo se atrevía a reconocer, y más en serio que iría conforme pasara el tiempo. El problema, el verdadero problema, consistía en cómo se lo iba a tomar Roberto y quién se lo iba a contar, porque alguien tenía que hacerlo. Justo Manuel y yo nos ofrecimos, porque éramos neutrales, confiaba en nosotros y era poco probable que nos saltara a la yugular, como sí podía hacerlo con Alfredo. Pero éste declinó.

—La putada se la he hecho yo, así que se lo tengo que decir yo.

Iba a hacerlo, desde luego que iba a hacerlo, pero no sabía cómo. En esto que Roberto cumplió con su condena, salió a la calle y volvimos a nuestras reuniones, de nuevo clandestinas, no fuera que el padre se enterara de que seguía con los tebeos y volviera a armarla. En compensación, le había prometido que estudiaría, que iba a sacarse todo el COU con buena nota y que iría a la selectividad. La idea de nuestra soñada librería especializada en cómics empezaba a difuminarse. Seguía estando ahí presente, pero cada vez hablábamos menos del tema. Nadie quería ser el primero en decir que el proyecto era poco menos que inviable por un motivo tan sencillo como que, a unos meses vista, al menos tres de nosotros estaríamos preparando el petate para ir a la Universidad.

Mientras Alfredo encontraba el momento propicio para contar la verdad, su noviazgo con Silvia siguió adelante. Primero casi en secreto, de manera que ella pasaba por el almacén cuando los demás no estaban, luego de forma evidente: te los podías encontrar juntos por la zona de bares. Daba igual que se soltaran de la mano cuando veían a alguien conocido. Era evidente que salían. No había más que mirarlos. Justo Manuel y yo estábamos, sencillamente, cagados ante la opción de que Roberto se los cruzara un día mientras se daban el lote. Menudo pollo, ¿verdad? Pero no fue lo que ocurrió.

No, al final fue la propia Silvia. Le dijo que quedaran a cenar, que todavía lo tenían pendiente desde las fiestas, pero no en un restaurante de tíos mayores y encorbatados. Mejor en el Jalomi, que hacían unas hamburguesas estupendas. Es más: las siguen haciendo.

—Vamos allí, hombre, que te vas a dejar un pastón si no, y el dinero lo tiene tu padre, no tú.

En las últimas semanas, Silvia había enviado señales a Roberto, algunas delante de nosotros. Cualquiera que supiera mirar con atención, y Justo Manuel, Alfredo y yo lo habíamos hecho, se daría cuenta de aquello que trataba de comunicar, pero los chicos, más todavía los chicos que coleccionamos tebeos, tardamos mucho en captar aquello que una mujer trata de decirnos, sobre todo si se trata de una negativa. La verbalización se hace tan necesaria como dolorosa. Él no sólo no se enteraba de nada, sino que seguía con su plan de pedirle salir. Justo Manuel y yo nos olíamos que allí se armaría la mundial, como si Lobezno y Cíclope se dieran de hostias por Jean Grey.

—Quizá no sea buena idea, tío.

Por más que insistieras, cualquiera lo convencía de lo contrario. Esta vez, la proposición de Roberto estaba precedida por un pequeño pero significativo gesto. Pensaba regalar a Silvia algo bastante personal. Algo que a ella le gustaba y le hacía gracia, aunque no tuviera el mismo significado que para él. Se trataba de la chapa de *Watchmen*, que a su vez le había regalado Alfredo a él años atrás. Podía parecer una tontería pero, cuando me lo contaba, era lo más parecido que podía haber a un anillo de compromiso.

—¡Gracias, cielo! Me encanta.

Me contó que había dicho ella, sonriendo, y que entonces podría haberla besado. Pero que ella lo miró muy seria y que la verdad salió a borbotones por su boca. Me contó que le había dado un beso en la mejilla y se había ido. Y me contó que, por primera vez en la vida, le habían roto el corazón. «Los tebeos te romperán el corazón», había dicho Jack Kirby. Los tebeos y algunas personas, por supuesto.

En las semanas siguientes, Roberto no pasó por el almacén, como hacía todos los jueves. Alfredo casi lo prefería así. De nuevo, quería hablar con él, pero no sabía cómo. Cuando la pila de tebeos que tenía acumulados fue lo suficientemente grande, fui yo quien quedé con él para dárselos. Aunque el tema de conversación, claro, fue otro.

—¿Sigue Alfredo con Silvia?

—Tío, deja de darle vueltas.

Pero no podía hacer otra cosa. No dejaba de acordarse de lo que le había pasado a La Cosa con la novia de toda la vida, que se la había quitado La Antorcha Humana mientras él estaba, literalmente, en otro planeta.

—Te das cuenta de que no tiene nada que ver, ¿verdad?

—Claro que no. Nosotros no formamos parte de Los 4 Fantásticos.

—No, sí que formamos parte. De nuestros 4 Fantásticos.

—Sí, claro.

—La gran diferencia está, y a ver si te das cuenta de una puñetera vez, en que Alicia Masters era la novia de Ben Grimm. Pero Silvia no es tu novia, ni nada que se le parezca. Y, si eres un poco sincero contigo mismo, te darás cuenta de que no lo iba a ser por mucho que te empeñaras y aunque no estuviera Alfredo por en medio.

—Bueno, quién sabe.

—No, tío. Tú sí que lo sabes.

—Mira, quizás tengas razón. Pero ¿sabes lo que más me jode?

—¿El qué?

—Cuatro putas semanas, macho. Pasaron cuatro putas semanas desde que empezaron a salir. Alfredo no pudo decirme nada. Eso es lo que de verdad me jode.

No supe qué decir. Tenía razón. Pensé que aquello no había quien lo arreglara, que estaba roto para siempre y sin solución posible. Los 4 Fantásticos se habían vuelto a disolver. Aquella tarde aprendí a odiar a Silvia, pero me equivocaba, porque fue ella quien llamó a Roberto, la que le pidió perdón y le rogó que hiciera las paces con Alfredo. No fue fácil y tuvieron que pasar unos cuantos meses, con el fin de curso, la selectividad y todo un verano por delante. Ah, ¿quieres saber qué fue de los exámenes? Justo Manuel y yo aprobamos y conseguimos la nota necesaria para entrar, respectivamente, en Comunicación Audiovisual y Derecho, ambos en la Universidad Complutense... de Madrid. No era Nueva York, pero tampoco Latveria. Mejor que la alternativa de quedarse en casa.

Ambos seguimos quedando con Roberto siempre que podíamos, a la vez que

continuábamos con nuestro jueves de almacén, como llamábamos a las horas extra en la distribuidora del señor Fuentes. Ni Roberto preguntaba por Alfredo o Silvia ni nosotros le decíamos nada. Mejor no sacar el tema. Y todavía teníamos mucho que rajar sobre los tebeos que leíamos.

—¿Tú no decías que Spiderman estaba muerto después de casarse? Pues los dibujos que hace este tal McFarlane son la hostia. No he visto un mejor Spiderman en mi vida.

No sé si se juntó la desolación que tenía encima o que volvía a estar más enganchado que nunca a los cómics, aunque tuviera que leerlos a escondidas y cuando sus padres no estaban en casa. Por un motivo o por otro, o simplemente porque tuvo mala suerte, Roberto suspendió un par en julio. No sólo iría a septiembre, sino que se podía olvidar de la selectividad, lo que lo dejaba fuera de unas cuantas carreras. Él ya estaba barajando otros planes.

—Le he dicho a mi padre que esto de estudiar ya no es lo mío. Que en la universidad no habría llegado muy lejos.

—¿Entonces?

—Bueno, está cabreado, pero creo que lo convenceré para que me preste dinero para poner un negocio.

—¿Un negocio? ¿Qué negocio?

—Todavía estoy dándole vueltas al tema. ¿Debe ser muy difícil llevar un videoclub?

—Ni idea, tío. ¿Nos dejarás las pelis más baratas?

—Y una mierda.

El 1 de septiembre de 1989, no podías quedarte en casa para ver una película que hubieras sacado del videoclub. Tenías que ir al cine. Porque el 1 de septiembre de 1989 se estrenaba *Indiana Jones y la última cruzada*. Justo Manuel, Roberto y yo fuimos por nuestra cuenta, mientras que Silvia y Alfredo lo hicieron por la suya, pero coincidimos en la misma sesión.

—No mires —me dijo Justo— pero ahí tenemos a la parejita...

—Ya, ya sé que están ahí.

Lo sabía porque Silvia me había preguntado a qué sesión iríamos, y ella había sacado a propósito entradas para esa misma hora. Cuando salimos del cine, puede que pareciera un encuentro casual, pero que los cinco acabáramos casi chocándonos por el pasillo respondía al cuidadoso plan que habíamos trazado ella y yo la tarde anterior.

—Da igual que Roberto siga cabreado. Da igual que a Alfredo le dé palo hablar con él. Eso es lo de menos.

—¿Entonces?

La respuesta era evidente, pero ella no los conocía tan bien como los conocía yo.

—Si la película es tan cojonuda como la segunda, si es como mínimo la mitad de buena que la primera, ya tendremos la excusa perfecta para que nos pasemos toda la

noche hablando de ella.

Y funcionó. Roberto tenía prisa por escaquearse y Alfredo esperaba que el suelo se lo tragara allí mismo, pero el resto conseguimos sujetarlos y, cuando vimos que no se liaban a tortazos, el resto fue más sencillo.

—Anda, vamos un rato detrás de la casa de cultura, nos tomamos unas birras y comentamos la peli.

No sabría decirte si Roberto le siguió guardando rencor a Alfredo por mucho tiempo. No sabría asegurarte si Silvia se sentía cómoda si alguna vez se quedaba a solas con él. El caso es que, a las dos semanas, no faltó nadie en la reunión de todos los jueves en el almacén. Había muchas cajas que preparar. Justo Manuel y yo éramos conscientes de que apenas nos quedaban un par de jueves más como aquéllos. El 1 de octubre, nos habríamos marchado a buscar piso a Madrid. Y ya nunca más tendríamos problemas para conseguir todos los tebeos que quisiéramos. De repente, aquello del libre acceso a las viñetas por lo que tanto habíamos luchado no parecía tan importante.

—Bueno, entonces, ¿qué coño hacemos con la librería que íbamos a montar?

Preguntaba Alfredo. Justo Manuel y yo sólo podíamos cruzarnos de brazos. Había sido bonito, mientras duró, pero ya no era nuestra batalla. No podía serlo. Y entonces se me ocurrió.

—Ey, Roberto.

—Dime...

—¿Sigues dándole vueltas a lo del videoclub?

—Lo he estado mirando con mi padre, pero es un jaleo. No sabemos ni a dónde llamar para pedir las películas.

—La pena es que te vayas a meter en un fregado así, de una cosa de la que tampoco tienes mucha idea.

—Ya le pillaré el truco.

—Venga, tío. ¿Por qué no te metes en algo que de verdad te apetezca hacer?

—¿El qué?

—Pues la tienda, joder, la tienda de tebeos.

—¿Yo solo? Eso sí que sería un sindiós.

—No, tú solo no. ¡Alfredo!

—Dime.

—¿Quieres a Roberto como socio capitalista y trabajador infatigable? Me han dicho que sabe organizar un almacén de revistas, coleccionables y tebeos.

—Bueeeeno...

—Roberto, ¿quieres a Alfredo como socio con cuatro duros ahorrados y trabajador infatigable? El señor Fuentes va por ahí diciendo que, el día menos pensado, deja toda la empresa en sus manos. Yo no me lo pensaría mucho.

—Pueees...

Al cabo de un rato de marearlos, dijeron que sí.

Recuerdo mi último mes en casa como el de mayor estrés de mi vida. Vale, tanto Justo Manuel como yo nos largaríamos con viento fresco, pero no podíamos dejar a nuestros colegas con aquel marrón entre manos. Montar una librería especializada en cómics no es nada fácil, ¿sabes? Había veinte mil cosas que hacer y un plazo que cumplir. La tienda tendría que estar abierta el 29 de septiembre. A día de hoy, no sé cómo narices conseguimos llegar a tiempo. Creo que Alfredo pidió algún que otro favor al señor Fuentes, que aunque no le hacía ninguna gracia que su empleado más valioso se largara a montar su propia empresa, me consta que llamó a un par de peces gordos del Ayuntamiento para acelerar los permisos. Y allí acabamos todos pintando paredes, mientras la abuela Teodora nos traía un caldito.

No se les podía haber ocurrido mejor fecha: el 29 de septiembre sería, también, el estreno de *Batman* en toda España. En los meses previos todo el mundo se había convertido en el mayor fan del Hombre Murciélago que hubiera existido jamás. Los mismos tíos que se cachondeaban de nosotros en el instituto por leer tebeos, los mismos que nos llamaban taraos y decían que los cómics eran para críos lucían con orgullo su camiseta negra con el emblema de Batman o llevaban en el coche la banda sonora de Prince a todo trapo. Lo sabían todo sobre el personaje, sobre el Joker o sobre Gotham City. Y claro, no dejaban de soltar paridas.

—Que sí, que te digo yo que hay un tebeo en el que salen Batman, Spiderman y el tío ese de las garras.

—Te digo yo que no.

—Vamos, me lo dirás a mí, que lo he visto.

Con semejante locura a nuestro alrededor, no quedaba otra que llamar a la tienda

## LA BATCUEVA

A lo tonto, con un grafiti enorme de Batman en la fachada que reproducía el dibujo de portada del *Dark Knight* n.º 2, las paredes imitando la roca de una auténtica cueva y un montón de camisetas, pegatinas y el libro oficial de la película puestos a la venta, no fue demasiado difícil llenar el día de la apertura. Roberto se empeñó en pedir treinta ejemplares de la recopilación de *Dark Knight*, que acababa de publicar Zinco. Y lo alucinante es que se vendieron todos. Justo Manuel, que estaba mosca porque un par de cabrones del instituto habían aparecido por allí, pero no para reírse de él, como hacían habitualmente, sino para llevarse dos camisetas, fue el que acabó sacando a relucir la cuestión.

—¿No os molesta un poco esto, como si la gente se hubiera apropiado de algo que antes era nuestro y sólo nuestro?

—¿Qué dices, tío? —le contesté—. Por fin se enteran de que esto mola más que nada en el mundo.

La fiesta de apertura duró hasta las ocho y media, a tiempo para irnos al cine,

donde Silvia estaba la primera de la cola guardándonos el sitio. Y sí, fui yo el que se empeñó en volver a verla nada más salir, en la sesión de madrugada.

Dos días más tarde, Justo Manuel y yo nos fuimos a Madrid.

## 2012

Me prometieron que los años de universidad serían los mejores de mi vida. Mentira. Estuvieron bien, pero no fueron los mejores.

Los mejores años de mi vida fueron los del instituto, y creo que Alfredo, Roberto y Justo Manuel estarían de acuerdo conmigo. Nunca he tenido mejores amigos, nunca me lo he pasado mejor, nunca he sido más feliz, aunque ni siquiera lo supiera. Entérate: nunca he leído mejores tebeos que en aquellos cuatro años. Cualquier época palidece ante los recuerdos de entonces.

—¿Habéis visto la película de *Los Vengadores*? Menuda mierda. Seguro que os ha encantado.

Quien se había unido a nosotros en la mesa del *pub*, quien además había pagado la ronda, quien nos había soltado la provocación de la peli de *Los Vengadores* no era otro que el Cobra. Se había acercado a dar el pésame a la madre de Roberto durante el funeral. Y después nos abrazó a los supervivientes del club. Ver para creer.

—Qué malos erais. ¿Sabéis que a veces os tenía hasta miedo? Cuando pasaba lo de los petardos, estaba convencido de que me quemaríais la tienda.

—Deberíamos habértela quemado.

—Pero no lo hicisteis. Y lo más cachondo es que El Cobra se salvó gracias al pobre Roberto que en paz descanse.

No sabíamos de qué narices estaba hablando. Roberto tenía al Cobra tan atravesado como todos nosotros. Le pedimos que se explicara. Miró a su tercio de cerveza, como quien consulta con un asesor de confianza, se llevó la jarra a la boca y dio un largo trago. Necesitaba mojar el paladar antes de contarnos aquello.

—Fue poco después de que Roberto y tú —señalando a Alfredo— abrierais vuestro chiringuito. Lo del ocultismo y los platillos volantes ya no iba tan bien como antes, la moda se debía estar pasando. Quería volver a llevar tebeos, pero el muy cabrón de Fuentes no quería servírmelos.

—Porque le debías una pasta.

—Da igual, por lo que fuera. El caso es que fui a vuestra tienda, aprovechando un día que tú no estabas.

—¿Y qué si estaba yo o no estaba?

—Joder, sigues siendo igual de botarate que siempre. ¿Es que no te acuerdas de todo lo que te había dicho?

—No lo que me dijiste. Me amenazaste con ir a la policía y hacer que me despidieran.

—Pues eso, ¿cómo iba a pedirte un favor, so lerdo? Porque era eso lo que necesitaba. Un favor. Le dije a Roberto que me sirviera unos cuantos cómics, no demasiados, sólo para reactivar la clientela. Si los vendía, le pagaba el precio de venta al público, con lo que yo no ganaba nada y era como si vosotros los hubierais colocado. Si no los vendía, se los devolvía sin más. Sea como fuera, todos

ganábamos: yo reflató el negocio y vosotros vendíais más de lo previsto. Y no nos haríamos la competencia, porque cada uno estábamos en una punta de la ciudad.

—¿Y aceptó?

—Pues claro. ¿Cómo crees que sobrevivió El Cobra durante diez años más? Vendiendo esa mierda de los superhéroes y luego esa mierda del manga, que es más mierda todavía que la mierda de los superhéroes. Hay que ver en qué mundo de mierda nos movemos.

—Pero al final cerraste la librería.

—Mirad. Hay un momento en que te cansas y ya no puedes más. También os pasará a vosotros.

Puso encima de la mesa un billete de 20 euros, que cubría de sobra lo que habíamos consumido, levantó la jarra y brindó.

—Por Roberto.

Se la terminó de beber y se largó. Nos habíamos quedado de piedra.

—Entonces, ¿Roberto salvó al Cobra? ¿Cómo es posible? —Justo Manuel no entendía nada. Yo tampoco. Pero creo que Silvia y Alfredo sí. Fue él quien lo verbalizó.

—Habíamos hecho las paces, pero era su manera de joderme por... —le costaba decirlo. La miró, y supo que no le molestaría que lo hiciera... lo de Silvia. El que pusiera el dinero y se hiciera mi socio y volviéramos a ser amigos, primero entre comillas y luego de verdad, no quería decir que me hubiera perdonado. Supongo que salvar el culo al Cobra era una manera como otra cualquiera de jorobarme a mí. Y no la dejó pasar.

Alfredo volvió a mirar a Silvia y le apartó un mechón de pelo que tenía sobre la frente. Veinte años después y era como si acabaran de empezar a salir.

—Siempre estuvo colado por ti, bicho. Creo que se llevaba tan bien con los chicos porque los veía un poco como los hijos que podía haber tenido contigo.

Nos quedamos todos sin decir nada. Y nos hubiéramos puesto a llorar allí mismo de no ser porque Justo Manuel dio un golpecito encima de la mesa, que nos provocó un respingo.

—Vale ya de darle vueltas. Vamos a dar un paseo, que llevamos aquí dos horas. ¿Te acuerdas de aquellos especiales de Verano que sacaba Forum? ¿El primero de Spiderman, aquél que te conté que el Doctor Octopus era el malo, salía el Castigador y dibujaba Frank Miller? Te dije que era uno de mis cómics favoritos, pero se me olvidó comentarte que no sólo era por la historia principal, sino también por una segunda historia, que nadie menciona y que servía para rellenar las 64 páginas. Tía May se acordaba de cuando era joven, de cómo era Nueva York en aquel entonces, de cómo no quedaba nada de aquello.

El tebeo me vino a la memoria cuando fuimos por calles que habían cambiado en los veinte años que yo llevaba viviendo en Madrid hasta convertirse en irreconocibles. Llegamos a la zona en la que estaba el almacén del señor Fuentes y

descubrí que en su lugar habían construido un McDonald's, porque la distribuidora se la habían llevado a una nave más grande, en el nuevo polígono industrial que construyeron a las afueras. Pasamos por el primer local donde había estado la Batcueva, antes de que Alfredo y Roberto se lo llevaran a otro más grande, y en el que ahora había un bar de ambiente español, todo muy hortera. «Fíjate, si todavía me acuerdo de dónde estaban las estanterías, pero no acabo de situar la caja registradora», decía Justo. «Estaba ahí», señaló Silvia. Andamos tanto que terminamos delante de donde había estado El Cobra. Paradojas del destino, volvía a haber una peluquería. Nos partimos el culo cuando la vimos. Y acabamos sentados sobre el respaldo de un banco que estaba en el parque de enfrente, mirando al cielo. Alan Moore lo explica mejor que yo: Todo lo que vemos de las estrellas es la luz que nos llega, como fotografías. Pero las estrellas están muertas.

—¿Os vais a apañar vosotros solos con la tienda? —pregunté a Alfredo y Silvia. Creía que él me diría que cualquiera de los chavales les echaría una mano. Pero estaban ya en segundo y tercero de la ESO y tenían tantas ganas de largarse como nosotros a su edad. Quizás más.

—No sé si nos apañaremos. Esto de la crisis es una jodienda. No vendemos como antes.

—Ya.

—Y luego hay capullos como éste —señalando a Justo Manuel— que ya no vienen nunca. Lo compran todo por Internet o se lo descargan directamente.

—Es que te los llevan a casa y no tienes que hacer nada.

—Así de gordo te has puesto, so cabrón.

—¿Gordo yo? ¡Soy todo músculo! ¡¡Músculo que te triturará!!

Lo último, si te acuerdas, era una frase de Kingpin. Ya te digo que se parecía. Pero es que encima se sentía orgulloso de parecerse. Sólo le faltaba el traje blanco. Qué putos frikis seguíamos siendo, de verdad.

—Tampoco estaría mal que tú vinieras alguna vez, tío.

Esta vez me lo decía a mí.

—Es jodido. Hay semanas que curramos de lunes a sábado. Y ahora encima con un crío...

—Pero con el coche te pones aquí en dos horas. Si no vienes es porque no quieres.

—Que sí, que a lo mejor tienes razón. Prometo venir más.

—Y una mierda que prometes venir más. Lo mismo te digo, Justo Manuel. Menudos amigos que estáis hechos.

Los dos miramos al suelo. Hasta que Silvia, con la timidez que esgrime quien teme meterse donde no la llaman, levantó un poco la mano.

—Tengo una idea. ¿Por qué no hacemos una cena fija todos los años? Que sea siempre en la misma fecha. Así todos la podemos reservar y, si tenéis que pedir un día en el curro, pues lo pedís, narices.

No era mala idea, pero ¿qué fecha?

—El 20 de mayo, que es el día del orgullo friki —propuso Justo Manuel.

—Y una mierda —respondió Alfredo—. Lo del orgullo friki es una mierda. No pienso quedar con vosotros ese día.

—7 de septiembre. Fue cuando se inauguró el Cobra —dije. Y me miraron raro. No por la ocurrencia, sino porque me acordara del día concreto en el que había sido eso.

—Si fue cuando abrió el Cobra, no hay mucho que celebrar entonces.

Eso nos llevó al 29 de septiembre, que era el día en que se había estrenado *Batman* y se inauguró la Batcueva. Y alguien mencionó el 27 de abril, que fue el estreno de *Los Vengadores*. Volvíamos a hablar a gritos de lo mucho que nos había gustado la peli cuando Silvia, sin levantar siquiera el tono de voz, dio con la clave.

—30 de abril. Es cuando murió Roberto.

Nos llamamos todos.

—El 30 de abril. Me parece bien.

—Premio. El 30 de abril.

—El 30 de abril entonces, si estamos todos de acuerdo.

Y así fue como Los 4 Fantásticos volvieron a reunirse, después de llevar tanto tiempo separados, como siempre ocurre en los tebeos. Te digo yo que esos cuatro están destinados a formar equipo. O familia, como quieras llamarlo. Acaba siendo lo mismo.

Estaba allí, con unos tíos a los que conocía desde que éramos adolescentes pirados por unos psicópatas en mallas, y pensé que no nos había ido mal, después de todo. Lo mismo Jack Kirby se equivocaba, por mucho que a él los tebeos le hubieran roto el corazón y le hubieran roto la vida. No fue así con nosotros. Ni siquiera con Justo Manuel. Déjame que te cuente la última sobre él. A los cuatro meses del funeral de Roberto, fue un día a casa de Alfredo y le dijo que tenía sesenta mil euros ahorrados, que no sabía qué hacer con ellos y que si los podía invertir en la Batcueva. Alfredo le dijo que adelante, pero que ponía una condición: si quería entrar en la empresa, no sólo debería ser socio capitalista, también trabajar en la tienda, aunque fuera a media jornada, porque era el trato que tenían él y Roberto. Pones dinero, pero también pones músculo laboral. Y Justo aceptó. Es lo bueno de ser funcionario: te deja las tardes libres. Hace un par de semanas, me llama el muy cabrón y me dice que está saliendo con una chavala de allí del pueblo a la que le saca como diez años, que había entrado un buen día a la tienda porque quería comprarse algo de *Batman*, después de ver la última peli, y que había sido amor a primera vista. Lo que son las cosas.

En cuanto a mí... Un buen día decidí que igual que iba a comprar los tebeos al centro de Madrid, podía acercarme hasta la Batcueva, aunque el camino fuera bastante más largo. Lo siento por Ismael, pero él no tiene problemas para conseguir nuevos clientes. De hecho, con esto de las películas, los tiene a paletadas. Ah, y no

me preguntes cómo. Convencí a Sonia de que pusiera a nuestro hijo el nombre que se me había ocurrido a mí. No lo llamamos ni Caleb, ni mucho menos Peter Parker, a ver qué te has creído. El nene se llama Roberto.

No te negaré que todo esto de los tebeos quizás hunda en la ciénaga a algunas personas. Ey, he visto casos de éstos en que los tebeos son una obsesión que centra su existencia, que los paraliza como si fuera más importante el siguiente número de *Los Vengadores* que encontrar un trabajo de verdad o alguien que te quiera. A esa gente los tebeos les llegan a destrozarse la vida, puedes estar seguro, vagando en las montañas de números atrasados, berreando por colecciones espantosas, pero que tienen que tachar de su lista de números que le faltan. Los he conocido. Dan mucha pena, cuando no dan miedo.

Pero, cuando veo lo que los tebeos han significado, lo que significan, para mí y mis colegas, entiendo que no es nuestro caso. Era lo que teníamos, lo que hizo posible que nos conociéramos y llegáramos a ser los mejores amigos del mundo, lo que hizo que nuestra adolescencia no fuera un absoluto infierno, sino un purgatorio del que salir con la cabeza alta y recordar incluso con una nostalgia amable, siempre endulzada por el paso del tiempo. Aquellos años, y sólo ahora es cuando me doy cuenta, hubieran sido muy diferentes, horribles y grises, de no ser porque teníamos una pasión que compartir, porque cada semana teníamos nuevos cómics que llevarnos a casa. En aquellos años, los tebeos nos salvaron la vida.

## Unas palabras finales

Ya sé que suena tópico pero esta novela es algo especial. Tiene algo de experiencia universal, trascendental. Me explico. Yo no he vivido la época que se narra en la novela. Bueno, sí que la viví pero de una manera totalmente diferente. Y es que yo no soy de la Generación Forum, soy de la Generación Vértice. Así que yo no busqué *Extra Superhéroes* ni *Novelas Gráficas*. Y muchos de los referentes televisivos que se comentan me pillaron de mayor así que los viví de otra manera. La peli de Batman de Tim Burton... Bueno sí, eso sí que fue un acontecimiento para mí y para mi generación. Pero más allá de eso, y resumiendo, los referentes y situaciones que aparecen en esta novela me son reconocibles, sí, pero me pillan un poco lejos. Y ¿sabéis qué? No importa. Me he identificado inmediatamente con los personajes, con sus anhelos y con sus experiencias. ¿Qué más da que busques un tebeo de Vértice, uno de Forum o uno de Panini?

Lo que cuenta es la búsqueda. En mi ciudad natal los miércoles por la mañana hacían un mercadillo que entre ropa, churros y hierbas medicinales tenía un par de puestos de cambio de tebeos. Así que cuando teníamos vacaciones íbamos temprano al mercadillo para ser los primeros en ver qué habían traído. Para ir luego a última hora para ver si había llegado nuevo material. Por no hablar de cómo recorríamos las librerías-papelerías, primero del barrio y luego de toda la ciudad, en busca de nuevos tebeos que cambiar. O cuando de pequeños íbamos de vacaciones con nuestros padres y a la primera oportunidad visitábamos los kioscos de la costa a ver qué encontrábamos. Nunca se sabía, podíamos encontrar saldos de Vértice o tebeos originales USA (que no podíamos leer, *of course*). Y no olvidábamos de preguntar a los nuevos vecinos o amigos si les gustaban los cómics. Más que nada para ver si alguno tenía aquel tebeo que te faltaba.

Eran otros tiempos. Tiempos duros para los aficionados a los tebeos. Yo mismo tardé cinco años en completar «*La Guerra Kree-Skrull*». Y encima no la conseguí por orden. Siguiendo con *Los Vengadores* me pasé un montón de tiempo de mi infancia deseando conseguir el tebeo con la primera aparición de Wonder Man (bueno, el Hombre Maravilla, ya me entendéis) sólo para descubrir, muuuuuchos años después que Vértice lo había dejado inédito. ¿Y qué os puedo decir del Capitán Marvel? Seguro que muchos de vosotros leísteis el 14 del volumen 1 que acaba con Thanos convirtiéndose en un dios. Y ¿cuánto tardasteis en leer la continuación? Aaaaaaños. Sí, eran tiempos duros. O quizá no tanto, desarrollábamos paciencia y, sobre todo, amor por los tebeos. Sí, los tebeos eran una cruel amante que no podíamos dejar de amar. Y, sobre todo, los disfrutábamos a rabiar. No sabíamos quién era Neal Adams pero sabíamos que era aquel que dibujaba raro y molaba tanto en *Patrulla-X*. Y no había nada como la Estela Plateada de John Buscema. Kirby era garantía de calidad. Jim Steranko era el que mejor dibujaba a Nick Furia. No nos perdíamos nada de John

Byrne o George Pérez,... Lo curioso es que todos nuestros gustos, nuestras filias y fobias las comentábamos en grupo. Pese a la casi unanimidad de nuestras conclusiones, no sabíamos lo que había «afuera», no teníamos ninguna información de Marvel más allá de los tebeos de Vértice. ¡Qué placer supuso años más tarde descubrir que nuestros gustos no sólo no eran particulares sino que eran universales!

Pero lo más importante de todo fue compartir la emoción de la búsqueda y el placer de la lectura. Todas estas dificultades en conseguir los tebeos que queríamos no podían llevarse en solitario. O al menos, yo tuve la suerte de no hacerlo. Mis amigos de la infancia y yo compartimos aquellos momentos de una manera intensa. Tanto que se crearon lazos sino inquebrantables, muy duraderos. Y esos lazos nos ayudaron a compartir nuestras vidas. Los estudios, los problemas con las chicas, los trabajos, las noches de juerga, todo eso era la continuación natural, y vital, de nuestra relación con los tebeos. Hasta llegar a hoy en que casados y con hijos, ellos siguen siendo mis mejores amigos casi cuarenta años más tarde. Y es que para mí y para mis amigos, los tebeos eran, son, la vida.

Por eso esta novela es especial. Porque, en el fondo, no trata de unas personas en concreto o de unos tebeos particulares o de una época especial. Va más allá. Habla de nuestras vidas. Y, compañeros, no hay nada más grande que eso.

No puedo dejar de acabar estas líneas con una frase de *Los Simpsons* que, como en tantas otras cosas, en este tema dan en la diana. «Toda una vida dedicado a coleccionar cómics, y ahora que se acerca el final solo puedo añadir... ¡qué vida tan plena!».

Alejandro Martínez Viturtia

Director Editorial de Cómics de Panini España y  
Un chico que colecciona tebeos.



JULIÁN MARÍA CLEMENTE. Cáceres 1975, España. Vino de Extremadura, como los conquistadores y los derivados del cerdo, con las maletas llenas de tebeos y una muda de ropa interior. Mientras sobrevivía a los estudios de Periodismo comenzó sus andanzas laborales en diversas radios, prensa escrita y, por último, en el sector televisivo, como redactor en una revista de contenidos, y coordinador de un canal musical.

Publicó *Spider-Man: biografía no autorizada*, libro del que acaba de aparecer su revisión y ampliación: *Spider-Man: bajo la máscara*. No contento con ello, se convirtió en padre de numerosos artículos relacionados con el mundo en que mejor se maneja: los superhéroes y los supervillanos. Una vez alcanzado este estadio publicó *X-Men: el precio de un sueño*.

Actualmente, Julián Clemente sigue aporreando el teclado sin piedad, emocionándose con las aventuras de sus héroes favoritos, y sueña con un futuro en el que leer cómics sea algo tan habitual como ir a comprar el pan o ver el telediario. Algunos de sus amigos sospechamos que duerme abrazado a un peluche de Spider-Man.



HELIO MIRA. Albacete, 1973. Guionista de cine y TV. Ha escrito películas como *No somos nadie* (Jordi Mollá, 2002) y capítulos en series de TV como *QUART* o *RIS*. Es profesor de guión en escuelas como C10 y articulista en revistas de cine y cómic como *Dolmen*. Ha colaborado como realizador en el programa *Muchachada Nui* de la 2. Vive en el centro de Madrid rodeado de libros y cómics, en compañía de una belleza etrusca.